ÁUSIAS MARCH.

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

D. VÍCTOR BALAGUER.

PRECIO: 8 REALES.

BARCELONA.
LIBRERÍA NACIONAL Y ESTRANJERA, DE SALVADOR MANERO,
Rambla de Sta. Mónica, frente á Correos.
1858.

ÁUSIAS MARCH.

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

D. VÍCTOR BALAGUER.

Representado por primera vez
en el teatro del Circo de Barcelona la noche del 18 de diciembre
de 1858 á beneficio de D.ª Cándida Dardalla.

BARCELONA.
LIBRERÍA NACIONAL Y ESTRANJERA, DE SALVADOR MANERO,
Rambla de Sta. Mónica, frente á Correos.
1858.

Los corresponsales de la librería de D. Salvador Manero son los encargados del cobro de derechos de representacion en todos los puntos con arreglo á la siguiente

TARIFA.

Teatro dé 1.ª clase	. . . .	200 reales.
» 2.ª »	. . . .	120 »
» 3.ª »	. . . .	80 »
» 4.ª »	. . . .	40 »

Tambien quedan autorizados los mismos corresponsales para percibir los derechos de propiedad, á tenor de la misma tarifa, en las representaciones de los dramas siguientes:

D. Juan de Serrallonga, del mismo autor.

Fueros y Desafueros, por D. Francisco Morera.

NOTA.—En los puntos que no hubiese corresponsal, se concederá el permiso á vuelta de correo, al que lo solicite acompañando su importe en libranzas sobre Tesorería.

DISTRIBUCION.

PERSONAJES.	ACTORES.
Doña Brianda de Vaca . . .	*D.ª Cándida Dardalla.*
Doña Juana Enriquez, esposa del rey de Aragon D. Juan II	*D.ª Josefa Rizo.*
Felipe (de catorce años de edad)	*D.ª Pepita Alba.*
Ausias March..	*D. Ceferino Guerra.*
Hugo, conde de Pallás.. . . .	*D. Florencio Quintana.*
Pedro Destorrents, conceller *en cap* de Barcelona.	*D. Juan García.*
Antonio Nogueras, pronotario del rey de Aragon. . . .	*D. Benito Pardiñas.*
Enrique de Escobar, capitan de estradiotas.	*D. Francisco Pardo.*
Galceran de Requesens. . .	*D. Salvador Agues.*
Brant, adalid de almogaváres.	*D. José María Dardalla.*
Romadá, hombre del pueblo. .	*D. José Guerrero.*
Gabriel, panadero.	*D. Mariano Rosell.*
El Bedel de Santa María del Mar.	*D. Damian Casals.*

Un capitan de guardias
Dos concelleres de Barcelona } que no hablan.

Caballeros.—Cortesanos.—Damas.—Soldados.—Hombres y mujeres del pueblo.

La época el siglo XV. De 1458 á 1461.

El primer acto en el castillo de Monzon: los demás en Barcelona.

Las indicaciones que se hacen de izquierda y derecha deben entenderse por las del actor.

Lo que va marcado con estrellitas puede suprimirse, si el director de escena lo cree oportuno.

TÍTULOS DE LOS ACTOS.

Acto primero : — **LA REINA.**
Acto segundo : — **EL SOMATEN.**
Acto tercero : — **LA ANTORCHA.**
Acto cuarto : — **LA CAPELARDENTE.**



La decoracion del segundo acto es debida al pincel de D. Juan Ballester: la del cuarto acto, con la capelardente del príncipe de Viana, es de D. Francisco Plá.

La cancion que figura cantar Ausias March en la segunda escena del acto primero, está puesta en música por Don Nicolás Manent.

El autor de este drama ofrece un público testimonio de gratitud á los actores que han tomado parte en el desempeño de esta obra, pero debe hacer particular mencion de la Sra. Rizo y de los Sres. Pardiñas y Guerrero. Estos actores han desempeñado papeles ingratos, que no les correspondian, por un obsequio al autor, y para darle á este una muestra de amistad y deferencia. El autor en cambio se apresura á pagarles, si es que pagarse pueda este obsequio, dándoles públicamente las gracias.

HOMENATGE Á ÁUSIAS MARCH.

Déixam ¡ay! respirar de tas sparsas
lo dols perfum de amor. Ma fantasía
sobre de ellas volteja cada dia
com una papallona sobre flors.
Llegint tos versos , catalá Petrarca ,
lo incens respiro de cent flors hermosas....
Tas trovas amorosas
¡qué dolsas són , ó rey dels trovadors!

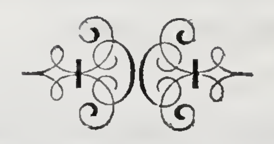
Ja may ningú sabrá pintar com pintas
la passió del amor y sòn martiri :
tos versos sòn la febre del deliri ,
y sòn tos cants lo análisis del cor.
¡ Qué bè parlan tos cants, richs en imatges,
al ánima que bat de amor inquieta !
Ton llibre , dols poeta ,
es lo tendre breviari del amor.

Un jorn de estiu en que lo sol vestia
ab sa daurada llum camps y verdura ,
d' uns salsers abrigat per la espessura
á mon plaher jo estaba fantasiant ,
y lo vent escoltaba entrel' ramatge ,
y escoltaba los coros armoniosos
dels aucellets graciosos ,
de branca en branca lleugerets saltant.

De prompte, un cant, hermós com llum del alba,
y dols com del Olimpo l' ambrosía ,
fèu sentir entre tots sa melodía :
era lo cant melós del rossinyol.
Los aucellets, retuts per la hermosura
d' aquell cant armoniós, d' acort callaren ,
y atents tots escoltaren
dels llochs ombrils á lo cantor tot sol.

Axís cuant cantas tú, tots los poetas
t' escoltan , encorvats sobre sas liras ,
que á tots ab tos cantars atraus y admiras ,
puig ets lo rossinyol dels trovadors.
Seductors són tos cants d' amor y gloria ,
hermosas són tas puras melodías.......
Ton llibre de poesías
es un serrall de pensaments de amor.

Victor Balaguer.



Á LOS SEÑORES

D. MIGUEL DE ELÍAS Y D. LUIS CUTCHET.

Mis queridos y buenos amigos : á entrambos os dedico este drama, porque quiero, por medio de un testimonio público, unir vuestros nombres al mio, como estais ya unidos á mí corazon por el lazo de la mas pura y sincera amistad.

Y á entrambos os lo dedico :

á tí, Luis, porque en nuestras luchas políticas, cobijados entrambos bajo los pliegues de una misma bandera, y sintiendo arder en nuestro corazon el fuego mismo de un comun deseo, me has sostenido, apoyado y defendido siempre, con esa proverbial lealtad montañesa que forma tu carácter :

á tí, Miguel, porque en mis horas de infortunio, en mis momentos de amargura, en mis eternos dias de prueba y de duelo, te he encontrado siempre cariñoso á mi lado, ofreciéndome en la copa de la amistad el oro puro de tu lealtad y de tu cariño.

Sea este drama para vosotros un nuevo vínculo de fraternidad que enlace nuestros corazones, como será para el público, no lo dudo, un nuevo ejemplo del amor entrañable y entusiasta que yo profeso á mi pais.

Barcelona 14 *de noviembre de* 1858.

V. B.

RESEÑA HISTÓRICA.

Escritores mas ó menos palaciegos han acusado ruidosamente á los catalanes de rebeldes. Les encontraremos en realidad rebeldes, pero rebeldes al despotismo, es decir, tenaces en la defensa de las leyes.

LUIS CUTCHET.

En aclaracion de mi drama, en justificacion de algunos de sus pasajes, en vindicacion de Cataluña, y en justo obsequio á aquella parte del público poco familiarizada con la história, me considero obligado á hacer preceder mi obra de una breve reseña histórica.

Apresúrome, lo primero de todo, á consignar que solo dedicaré algunos párrafos á lo que es, y ha sido, trabajo de volúmenes.

Mi reseña será, pues, trazada á grandes rasgos. Diré solo lo preciso para justificar el objeto que pone la pluma en mis manos.

A mediados del siglo XV ocupaba con gloria el trono de Aragon D. Alfonso—IV en Cataluña y V en Aragon—ape-

llidado por unos el *sabio* y por otros el *magnánimo*. Este rey fué el que conquistó la ciudad y reino de Nápoles, quedando tan afecto á su conquista que, con harto descontento de aragoneses y catalanes, quiso en adelante habitar la tierra que fuera teatro de sus triunfos, trasladándose á las orillas del Sorrento y dejando la lugartenencia del reino de Aragon á su esposa D.ª Maria, primero, y despues á su hermano Don Juan, infante de Aragon, señor de Lara y duque de Peñafiel y Montblanch, el cual habia casado en primeras nupcias con D.ª Blanca, hija mayor y sucesora de Cárlos *el noble*, rey de Navarra, y en segundas, con Doña Juana Enriquez, hija de un almirante de Castilla.

La reina D.ª Blanca, propietaria del reino de Navarra, y de la que el infante de Aragon, D. Juan, no era sino el rey consorte, murió en 1441, habiendo tenido de su matrimonio tres hijos: D. Cárlos, príncipe de Viana, D.ª Blanca y D.ª Leonor. Cárlos contaba ya mas de veinte años cuando murió su madre, que en su testamento le dejó heredero universal en los estados de Navarra y Nemours, rogándole, empero, no tomase el título de rey hasta la muerte de su padre Don Juan. De acuerdo con los deseos y disposicion testamentaria de su madre, D. Cárlos en sus despachos se titulaba solo príncipe de Viana, primogénito, heredero y lugarteniente por su padre.

A los tres años del fallecimiento de la reina D.ª Blanca, D. Juan de Navarra casó con D.ª Juana Enriquez, hija del almirante de Castilla D. Fadrique Enriquez, de la que dicen los historiadores que era *jóven*, *dotada de singulares prendas*, *pero astuta*, *sagaz*, *artificiosa y altiva*.

«Facilmente cautivó D.ª Juana, dice un escritor, el corazon de su esposo, y tomó sobre él un ascendiente funesto. Con su ambicion y desordenado afan por intervenir en el gobierno, mas que fuese atropellando todas las consideraciones, presto dió á conocer que no era sangre real la que corria por sus venas; y en los negocios concernientes á don Cárlos de Viana, en la arrogancia, desafecto y dureza con

que trató á este príncipe, harto á las claras mostró tambien que era madrastra.»

Desde sus segundas nupcias observó el rey una conducta distinta con su hijo, y en este matrimonio hay que buscar el orígen de los males que llovieron sobre Navarra y despues sobre Aragon.

D. Juan envió á su esposa á Navarra con título de gobernadora, en compañía del príncipe, bajo un sútil pretesto y esta fué la señal del rompimiento entre padre é hijo.

La ilegalidad del nombramiénto de D.ª Juana y la arrogancia y desmedido orgullo de esta, exasperaron los ánimos de los navarros, celosos de sus fueros. El príncipe, cediendo al influjo de sus irritados consejeros, recordó á su padre los derechos que, por herencia y á tenor de las leyes fundamentales, le asistian para entrar en la soberanía del reino, á lo cual añadieron los navarros que era inconveniente que se les enviase á una mujer estraña para mandarles, haciendo esta injuria al verdadero y legítimo heredero.

D. Juan desoyó estas súplicas y protestas, y los navarros, llenos de cólera y brio, acudieron á las armas, rompiéndose las hostilidades entre los partidarios del príncipe de Viana, mandados por este, y los de D. Juan, mandados por él mismo. La suerte de las armas fué contraria al príncipe, el cual quedó prisionero de su padre, siendo puesto luego en libertad á instancias de las cortes de Aragon, y pasando por fin á Italia para ponerse bajo el amparo de su tio, hermano de su padre, el rey D. Alfonso V.

D. Juan, cediendo á los malos consejos de su esposa, mandó instruir un proceso á sus hijos el príncipe de Viana y D.ª Blanca por contumaces y rebeldes, pero hubo de suspenderle cuando su hermano el rey D. Alfonso le requirió formalmente para que pusiese en sus manos la querella que tenia con su hijo, amenazándole, de no ser asi, con privarle de la lugartenencia de los estados aragoneses, que confiado le habia.

En el ínterin, el príncipe llegó á Nápoles siendo acogido con gran cariño por D. Alfonso, el cual hubiera sin duda acabado por pacificar el reino de Navarra uniendo al hijo con el padre, si, desgraciadamente, Dios no hubiese cortado el hilo de su vida el 27 de junio de 1458.

El príncipe quedó pues sin protector, espuesto de nuevo al rencor de su padre y á las iras de su madrastra.

El trono de Aragon, de Sicilia y Cerdeña pasó entonces á D. Juan, que habia tenido en su segundo matrimonio con D.ª Juana Enriquez un hijo llamado Fernando.

El príncipe de Viana, verdadero rey de Navarra, debia ser tambien el verdadero heredero del trono de Aragon, pero D.ª Juana, cuya ambicion desatentada se aumentó con el cebo de aquel nuevo cetro, quiso atropellar todos los fueros divinos y humanos á fin de que el legítimo heredero no gozase aquel bien que ella destinára ya para su hijo Fernando.

Todos los historiadores están de acuerdo en decir que despues de la muerte de su tio, el príncipe de Viana hubiera podido alzarse con el reino de Nápoles, para lo cual le brindaban con calurosas instancias los nobles de aquel reino, pero, magnánimo y grande de corazon, rechazó esta halagüeña oferta, y pasó á Sicilia.

En este punto tuvo que sostener otra lucha entre los nobles impulsos de su corazon y los deseos de aquellos magnates. Tambien allí le ofrecieron el trono y le hicieron vivas y repetidas instancias para coronarle rey de Sicilia. Tambien allí se negó.

En lo único que se ocupó fué en hacer todo lo imaginable por medio de consejeros y cartas para inclinar á la benevolencia el ánimo de su padre, que era ya rey de Aragon, y manifestar por conducto de las cortes que otra cosa no ansiaba que ver al autor de sus dias, postrarse á sus pies y obedecerle.

D. Juan, que veia con disgusto á su hijo en Sicilia, que sabia cuanta era en aquel pais su popularidad, y que te-

mia que se alzase con el reino, aparentó mostrarse muy satisfecho con los mensajes, cartas y embajadas de Cárlos, y le dijo que pasase á Mallorca á esperar el fin de la concordia.

Obedeció el príncipe, abandonó Sicilia, y se fué á Mallorca, cuya isla, al fin y al cabo, no fué para él otra cosa que una verdadera prision, con mas ó menos apariencias de libertad. El príncipe, sin embargo, pasó por todo y vino en todo lo que su padre quiso. Consintió en entregar á su padre toda la parte de Navarra, ocupada por sus parciales, inclusa la plaza de Pamplona, y consintió en no entrar en Navarra y en Sicilia, para no dar lugar á manifestaciones de entusiasmo en ambos reinos. En cambio, el rey le volvia su gracia, amor y bendicion, le dejaba en posesion del principado de Viana y le permitia residir en cualquiera parte de su reino, escepto en los dos puntos indicados.

Firmada en Barcelona la concordia el 26 de enero de 1460 por los dependientes y embajadores de una y otra parte, el príncipe se embarcó en Mallorca y vínose á Barcelona, en ocasion en que su padre se hallaba en Navarra.

Cárlos de Viana fué recibido poco menos que en triunfo por los barceloneses, que miraban en él al heredero y sucesor del trono, aun cuando no estuviese jurado. Esto irritó al rey. Indignóse cuando supo los festejos que se le hicieran en Barcelona, y quejóse amargamente de que el príncipe hubiese salido de Palma sin su permiso.

Oficialmente hizo saber el rey su desagrado á la ciudad de Barcelona, y ordenó que solo se tratase á D. Cárlos como infante que no fuese primogénito.

«Esto era ya, de parte del rey, dice un juicioso escritor, y sobre todo despues de la concordia, mostrarse abiertamente en oposicion con las prácticas y usos mas vitales de la monarquía.»

Reuniéronse en esto cortes de aragoneses en Fraga, y lo primero que pidieron al rey fué que se jurase á D. Cárlos como príncipe de Gerona, primogénito y sucesor del trono

de Aragon. El rey, imbuido por su esposa, que tenia destinado este puesto para su hijo Fernando, se negó á esta demanda.

Reuniéronse cortes de catalanes en Lérida é hicieron la misma peticion, siendo negada del mismo modo por Don Juan.

Era realmente ponerse en abierta pugna con el pais.

En esto, la reina D.ª Juana, llorosa y desesperada, se presentó á su esposo y le dió á entender que el príncipe de Viana conspiraba contra él habiendo entrado en tratos secretos con Castilla para desposeerle del reino. Fácilmente dió D. Juan crédito á esta torpe calumnia, reconocida como tal por los historiadores todos, y convencido, ó aparentando convencerse de la traicion de su hijo, le envió á decir que pasára á Lérida á avistarse con él.

El príncipe, cuya conciencia estaba perfectamente tranquila, abandonó Barcelona y pasó á Lérida donde se hallaba su padre con motivo de las mencionadas cortes.

Llegó D. Cárlos, y aquel padre, instrumento de una mujer de malvadas y aviesas miras, le mandó reducir á prision.

Sucedió esto el 2 de diciembre de 1460.

El reino todo se alarmó con la inesperada nueva del encarcelamiento del príncipe.

Los representantes del pais por un lado, las ciudades por otro, los prelados, los barones, los síndicos, las municipalidades, todo el mundo acudió al rey en favor de D. Cárlos, pero el rey no quiso doblegarse ni á representaciones, ni á instancias, ni á súplicas, ni á ofertas y dádivas (1).

El disgusto fué general en todos los estados de la corona de Aragon. En todas partes se aguardaba que una provin-

(1) Los diputados catalanes llegaron hasta á pedir que les fuere entregado el príncipe, obligándose á guardarle como si la corte general fuese su carcelero, y prometiendo satisfacer al rey por esta gracia la crecida suma de cien mil florines ó sea 2.043,697 rs.

cia, que una ciudad, que un pueblo, diese la voz de alarma para seguir todos el movimiento.

No se hizo esperar.

Dióla Cataluña, que, en esto de salir en defensa de la justicia y de la razon, ha sido en todos tiempos la primera.

Barcelona nombró una comision compuesta de un crecido número de personas respetables, para que en nombre de Cataluña fuese á pedir al rey la libertad del príncipe. Don Juan recibió mal y de mala manera la embajada, y despidió con iracunda y orgullosa respuesta á los mensajeros.

Negarse á aquella justa demanda de los pueblos, era aplicar la mecha á una mina de pólvora.

Cataluña se levantó como un solo hombre, y el rey hubo de escapar de Lérida á uña de caballo, para evitar el furor del pueblo.

El pais entero se puso en armas, y al ver Don Juan el conflicto, y al verse amenazado de cerca, y al oir el grito de reprobacion y de anatema que levantó el Principado, temió las consecuencias y cedió. Mandó, pues, poner en libertad al príncipe, que estaba en el castillo de Morella, y, para poner en buen lugar á la reina, aparentó dársela á ruegos de esta. La misma reina, para bienquistarse con los catalanes, llevó su hipocresía hasta el estremo de ir á buscar á D. Cárlos á Morella á fin de acompañarlo á Barcelona, pero la Diputacion de Cataluña y el Consejo de Ciento enviaron á decirla que no se atreviese á presentarse en la capital, si no queria provocar las justas iras del pueblo.

D. Cárlos llegó pues solo á Barcelona, en donde entró el 14 de marzo de 1461, siendo recibido con el entusiasmo que fácilmente se puede presumir.

El príncipe prestó en la capital del Principado el juramento como primogénito del reino, siendo desde aquel momento reconocido por heredero del trono, y comenzando desde aquel acto á titularse *Cárlos, hijo primogénito, legí-*

timo sucesor del reino de Navarra y *gobernador general de Aragon.*

La revolucion catalana, que representaba la ley, la razon, la justicia y la buena causa, habia triunfado.

Desgraciadamente, su triunfo fué corto.

A los pocos meses, D. Cárlos exhalaba su último suspiro, el 23 de setiembre de 1461, en la sala mayor del palacio real de Barcelona, causando su muerte inconsolable pena al reino todo, pero en particular á los catalanes, de quienes era entrañablemente querido.

Por la opinion pública, y despues por historiadores muy graves, se atribuyó su muerte á un veneno, recayendo las sospechas en la reina D.ª Juana.

La verdadera revolucion puede decirse que empezó con la muerte del príncipe. Cataluña, justamente indignada por nuevos manejos del rey y nuevas intrigas de la reina, que no vacilaron en conculcar las veneradas y venerandas libertades del Principado, se levantó contra el rey; y el 9 de junio de 1462, D. Juan II fué proclamado por pregones públicos enemigo de la república, advirtiéndose que desde aquel instante debia ser tenido por persona privada y enemiga de la patria. Igual declaracion pública se hizo con respecto á D.ª Juana Enriquez.

Todo lo que entonces sucedió, sin embargo, no es de este lugar, y para ello puede acudirse á la historia.

La accion de este drama comienza en julio de 1458 y termina en setiembre de 1461, con la muerte del príncipe de Viana y el levantamiento de Cataluña: todos los acontecimientos que abrazan este período y que forman, digámoslo asi, el fondo del cuadro, acaban de ser, si bien que someramente, esplicados. Lo restante no hace á mi propósito. Añadiré solo que algunos pasajes de mi drama quedan esplicados con mas detalles en las notas aclaratorias é históricas que he continuado al final.

A ellas remito á los lectores.

ACTO PRIMERO.

12 DE JULIO DE 1458.

Una galería en el castillo de Monzon con dos puertas laterales. La de la derecha comunica con las habitaciones inferiores del castillo; la de la izquierda con los aposentos ocupados por la reina. Una mesa cubierta de terciopelo con el escudo de armas de Aragon, y un sillon junto á ella.

ESCENA I.

BRANT, echado de bruces sobre la baranda de la galería, está contemplando el paisaje que se despliega á su vista. D. ENRIQUE DE ESCOBAR está leyendo un pliego. En seguida D. ANTONIO NOGUERAS, que entra por la derecha.

ESCOBAR. (*Interrumpiendo la lectura*).
Si esto que reza el papel
es—y no hay duda—verdad,
por largo tiempo las armas
en reposo dormirán.
(*Viendo asomar á Nogueras*)
Ah! venid acá, Nogueras.
Pues de Tudela llegais

y habeis visto al rey, podeis
satisfacer mi ansiedad.
¿Qué me dice este papel?

NOGUERAS. Vos lo sabreis, Escobar.

ESCOBAR. Dice que á los prisioneros
se ha dado la libertad,
que ya de Cárlos de Viana
no tiene quejas D. Juan,
que el proceso que contra él
mandára el rey levantar,
el rey mismo ha revocado....

NOGUERAS. Pues dice el papel verdad.

ESCOBAR. Si es cierto lo que decis,
esto es la paz.

NOGUERAS. Sí, la paz.

ESCOBAR. Malhaya! y yo que esperaba....

NOGUERAS. ¿Qué esperabais, capitan?

ESCOBAR. Vos lo habeis dicho; esto mismo.
De capitan alcanzar
el empleo.

NOGUERAS. Pues entonces
satisfecho estareis ya.
Lo que la guerra no os dió,
os lo habrá dado la paz.

ESCOBAR. Qué decís?

NOGUERAS. (*Sacando un pliego de su escarcela y dándoselo.*)
Hé aquí el despacho.
Os nombra el rey capitan
de estradiotas.

ESCOBAR. A mí!

NOGUERAS. A vos.
Y gobernador á mas
de este castillo, interin
su Alteza la reina está.

ESCOBAR. (*Que ha leido rápidamente el despacho.*)
A la reina se lo debo.



Podeis conmigo contar
ella y vos siempre, Nogueras.

NOGUERAS. Contaremos, Escobar.
Con la paz, ya de las tropas
no hay tanta necesidad,
y como de este castillo
buena guarda sabreis dar,
podremos hoy despedir
los almogaváres que hay.

ESCOBAR. (*Señalándole á Brant que continua asomado á la galería.*)
Allí teneis su adalid.

NOGUERAS. ¿Y cómo se llama?

ESCOBAR. Brant.

NOGUERAS. Rudo á fe mia es el nombre.

ESCOBAR. Es un nombre catalan.

NOGUERAS. (*Llamándole.*) Adalid!

BRANT. (*Volviéndose con indiferencia.*) Qué se os ofrece?

ESCOBAR. Acercaos y escuchad.

(*Brant se acerca á los dos personajes.*)

NOGUERAS. La guerra acabó en Navarra.
Su cariño y su amistad
al príncipe de Viana
el rey ha devuelto ya.
En esta guerra pasada
los almogaváres han
prestado grandes servicios,
y el rey lo agradece, mas
como ya no es necesaria,
podeis desde hoy licenciar
vuestra partida, adalid.
Escobar se encargará
de pagaros los atrasos.

BRANT. Y qué mas?

NOGUERAS. ¡Cómo que mas!

BRANT. Así se despide al perro

que ya no sirve.

NOGUERAS. Pensais?

BRANT. Os voy á contar un cuento,
señor consejero real.
Escuchad. Cuentan que habia
en mi patria un gran señor
y era su placer mayor
fastidiarse todo el dia.
Una mañana, al mirar
desde su ventana un cerro,
dijo: —«si tuviese un perro,
podria darme á cazar.»
Y en efecto, con ahinco
su anhelo satisfacieron,
y un perrazo le trajeron
que bien valía por cinco.
Ya al perro teniendo allí,
un dia al bosque salió,
y dormido se encontró
junto á un tronco un jabalí.
Prepara al punto la horquilla
para acabar con la fiera,
pero el caballo se altera
y lo lanza de la silla.
Despertóse el jabalí
y arrojóse al caballero...
Era el instante postrero
de este, á no encontrarse allí
el perro, el perro leal,
que á la fiera se tiró
y rendida la postró,
rematándola el puñal.
Volvió el señor, de su hogar
á ocupar la antigua plaza,
y el peligro al recordar,
se dijo sin vacilar:

—«Ni mas perros ni mas caza.»
Y como en aquel instante
el perro se le arrimó,
del puntillon que le dió
se lo quitó de delante.
Esta es la historia cabal.
¿Os parece si la aplico,
señor consejero real?..

NOGUERAS. Lo que es yo no me la esplico.

BRANT. Pues se me figura á mí.
que está bien clara, y no yerro,
el rey es señor aquí
el príncipe el jabalí
y el almogavár el perro

ESCOBAR. Cuidad no seais insolente.

BRANT. Soy lo que soy.

ESCOBAR. A mi ver....

NOGUERAS. (*Interponiéndose.*) Se concluyó.
(*A Brant.*)
Buena gente
sois, mas ya no hay que hacer.

BRANT. El señor de que os hablé
le dijo esto mismo al perro:
Id, y le dió un puntapié.

ESCOBAR. Callad la lengua.

BRANT. (*Así mismo*) A que cierro
con él y le hago tragar
sus palabras.

NOGUERAS. Vamos! vamos!
(*Mirando hácia la izquierda.*)
Viene una dama. Salgamos.
(*A Escobar.*)
Id sus cuentas á arreglar.
(*Vanse por la izquierda.*)

ESCENA II.

D.ª BRIANDA que sale de los aposentos de la reina leyendo un libro.

«Amor, amor, un traje me he cortado
de tu paño, y el alma me he vestido,
mas si al vestir muy ancho lo he encontrado,
muy estrecho despues me ha parecido.»
(*Dejando de leer.*)
Amorosas cantilenas
de Ausias March el trovador,
¡qué bien espresais las penas
de un alma herida de amor!
Amor! Yo lo tuve un dia,
y entonces, niña inocente,
abrasó el rubor mi frente
y huyó de mí la alegria.
Sin el cariño de un padre,
sin que haya nunca mi amor
inflamádose al calor
del regazo de una madre,
pobre huérfana olvidada,
voy por el mundo vagando,
como flor que desgajada
de su tronco, va rodando
sin saber donde ha de ir.
Si un pobre ser no existiera
que me condena á vivir,
¡qué dulce para mí fuera,
señor Dios mio, el morir!
(Suena dentro la voz de Ausias March que entona el siguiente canto, acompañándose de la lira.)

AUSIAS MARCH. *(Cantando dentro.)*

Unos ojos ví
con tanto poder,
que daba, señor,
mirarlos, placer,
sentirlos, dolor.
Ay! ay de mí!
Esclavo de remensa
yo soy en mi castillo:
de su mirada al brillo
se enciende mi pasion.
Sus ojos son mis hierros,
y el desprenderse es vano,
que tengo el cuerpo sano
y enfermo el corazon.
Ay! ay de mí!
que unos ojos ví!

BRIANDA. ¿Quién será ese trovador?
¿Quién al pié de esas almenas
sombrías y ennegrecidas
viene á suspirar sus quejas,
y los ecos adormidos
de este castillo de guerra
viene á despertar, galan,
con amorosas endechas?
Su camino ha equivocado
ese trovador.

(Viendo á la reina que se presenta en la puerta de sus habitaciones con unos papeles en la mano.)

La reina!

ESCENA III.

D.ª BRIANDA. LA REINA.

REINA. Brianda!

BRIANDA. Señora?
REINA. Decid,
¿qué cantos, Brianda, son esos
que así han venido á turbar
á mi Fernando en su sueño?
BRIANDA. Algun trovador será
que se anuncia con sus versos.
REINA. Id, y decidle á mis guardias
que de aquí le arrojen presto.
No es posada mi castillo
de vagabundos copleros.
BRIANDA. *(Ap.)* Siempre orgullosa!
REINA. Y de paso
decidle á mi consejero
Nogueras, que venga pronto.
Despejad!

(D.ª Brianda se inclina y se va por la derecha.)

ESCENA IV.

LA REINA.

(Se acerca á la mesa y arroja con ira sobre ella los papeles que tiene en la mano.)

Malditos pliegos!
De cólera y de dolor
habeis sido mensajeros!
La paz! la paz! Revocados
del príncipe los procesos!
¿Cómo ha consentido el rey?
Que estoy soñando yo creo!

ESCENA V.

NOGUERAS. LA REINA.

NOGUERAS. *(Desde el dintel de la puerta derecha.)* Señora!
REINA. Acercaos, señor protonotario del rey. La reina está muy descontenta de vos. Acercaos!
NOGUERAS. *(Adelantándose.)* Señora!...
REINA. ¿Os envié hace quince dias al rey mi esposo para que á vuestro regreso de Tudela fuerais portador de esos papeles en que se me indica estar acordada la paz?... La paz! ¿No sabíais por ventura que yo, la reina, queria la guerra, la guerra á todo trance, la guerra sin cuartel?
NOGUERAS. Si V. A. me permite.....
REINA. No os permito nada, Nogueras.
*¿A quién, sino á mí, debeis la posicion y
*el rango que ocupais en la córte? ¡Y porque yo,
*de lugar tan bajo, os he elevado á tan alto pues-
*to?... Cuando yo no era mas que hija de un al-
*mirante de Castilla, os presentásteis á mí y me
*dijísteis:—«Tengo ambicion, señora.»—Qué es
*lo que yo os contesté entonces?—«Voy á ser
*reina, os dije, os haré el primer hombre de mi
*córte, pero necesito que seais mio en cuerpo y
*alma, necesito que me obedezcais ciegamente
*como obedece al timon la nave, como obedece
*el pensamiento á la voluntad, como obedece la
*ballesta al arco que la dispara. Os comprome-
*tísteis á ello y quedó sellado nuestro pacto. ¿Os
*acordais?
NOGUERAS. *Me acuerdo.
REINA. *Pues bien, Nogueras, sois un traidor
*á nuestro pacto. Al enviaros al rey mi esposo os

*dije: Quiero la guerra! Y que es lo que vos me *traeis? La paz.*

NOGUERAS. Señora....

REINA. O sois un traidor ó sois un torpe. Elegid. Sentaos allí, Nogueras, y como mi secretario que sois aun, dadme cuenta de los despachos que vos mismo me habeis traido. *Cuando hayais acaba- *do su lectura os diré si sois un traidor ó un tor- *pe y os diré tambien si es de mi agrado que *continueis desempeñando junto á mi persona *el empleo honroso para el cual os elegí.*

(Nogueras se sienta en un taburete junto á la mesa y coje los papeles esperando que la reina le de órden de empezar. La reina se pasea con bastante inquietud y preocupacion por la escena.)

REINA. Podeis empezar. La reina espera.

NOGUERAS. (*Cogiendo los pliegos y papeles á medida que da cuenta de ellos.*) Este es el estracto del proceso que el esposo de V. A., mi noble señor y rey de Navarra D. Juan, habia mandado levantar contra sus hijos el príncipe de Viana y D.ª Blanca por contumaces y rebeldes.

REINA. Proceso que se hubiera llevado á cabo, si en lugar de enviaros á vos hubiese ido yo misma á juntarme con mi esposo. Continuad.

NOGUERAS. (*Cogiendo otro papel.*) Copia del mensaje enviado por el rey D. Alfonso V de Aragon á mi señor el rey de Navarra requiriéndole que pusiese entre sus manos la querella que tenia con su hijo, y amenazándole, de no hacerlo así, con privarle de la lugartenencia general de los estados aragoneses y dar favor y ayuda de gentes al príncipe de Viana contra él.

REINA. Amenazas ridículas que D. Alfonso no hubiera llevado á cabo. El rey mi esposo es al fin su hermano.

NOGUERAS. Me atreveré á hacer observar á V. A. que vuestro entenado el príncipe de Viana se halla actualmente en Nápoles junto á D. Alfonso y puede influir mucho en su ánimo.

REINA. El príncipe de Viana mi entenado es un traidor y un rebelde. *Y por fin, si D. Alfonso *hubiese accedido á ayudar con gentes á Cárlos *de Viana contra su padre, aquí estaba yo para *volver á vestirme la armadura y acaudillar de *nuevo las tropas del rey, como lo hice en el cerco *de Aibar.* Proseguid.

NOGUERAS. (*Cogiendo otro papel.*) Copia del auto revocando el proceso contra el príncipe de Viana y D.ª Blanca, con la reserva de que pueda abrirse de nuevo, si dentro un término señalado no da su sentencia el rey D. Alfonso.

REINA. (*Deteniéndose en medio de su paseo y volviéndose á Nogueras.*) Ah! no habia yo reparado en esa cláusula. ¿Sois vos quien le habeis aconsejado al rey que la pusiera?

NOGUERAS. Sí señora.

REINA. (*Acercándose á la mesa.*) A ver, esplicaos. ¿Qué idea habeis tenido en ello? Esa cláusula es el resultado de un plan.

NOGUERAS. En efecto, señora.

REINA. Comunicadme ese plan. Sin misterios, sin rodeos.

NOGUERAS. (*Mirando á todas partes para asegurarse de que nadie les escucha y bajando un poco la voz, mientras que la reina movida por su interés se ha ido acercando á él.*) He creido que el rey de Navarra no debia romper con D. Alfonso. D. Alfonso es rey de Aragon y no tiene hijos legítimos. Vuestro esposo el rey de Navarra es su hermano y en su ausencia lugarteniente de los estados aragoneses, como en su muerte su heredero en el trono de estos

estados. El rey de Navarra, en su segundo matrimonio con V. A., ha tenido un hijo.....

REINA. Mi Fernando, mi ángel.

NOGUERAS. ¿Cree V. A. que no sentaria bien un dia á la frente de ese ángel la corona unida de Aragon y Navarra?

REINA. Esto es un bello sueño, Nogueras.

NOGUERAS. Sueños hay que parecen verdades.

REINA. Hay de por medio el príncipe de Viana, el hijo habido por mi esposo en su primer matrimonio.

NOGUERAS. En política, señora, cuando uno se propone un objeto, no hay nada de por medio.

REINA. ¿Y los obstáculos?

NOGUERAS. Si son débiles se separan, si son fuertes se destruyen.

REINA. ¿Y los hombres?

NOGUERAS. Los hombres son mortales.

REINA. El rey D. Alfonso tiene aun largos años de vida y....

NOGUERAS. Si uno de estos dias, señora, oís que un cuerno de caza, repitiendo por dos veces el toque de halali, turba el silencio sepulcral que reina en los bosques vecinos á este castillo, puede V. A. doblarse de hinojos y rezar por el alma del rey de Aragon, que habrá ido á reunirse con sus antepasados.

REINA. ¿Cómo?

NOGUERAS. Desde este castillo de Monzon hasta la orilla del mar tengo apostados mensajeros que asi que divisen la galera con el pabellon enlutado que nos ha de traer la funesta nueva, puesto que segun mis noticias D. Alfonso está moribundo, me la comunicarán casi instantáneamente por medio de almenaras convenidas y ciertos toques de caza.

REINA. Quedará siempre el príncipe de Viana.

NOGUERAS. (*Con marcada intencion.*) El príncipe de Viana es de constitucion débil y enfermiza y el mejor dia pueden abrirse para él las puertas de la eternidad.

REINA. En este caso....

NOGUERAS. En este caso V. A. seria la madre del heredero legítimo de los reinos de Aragon y de Navarra.

REINA. (*Pensativa.*) Ah!

NOGUERAS. ¿Y ahora que ya todo está comunicado, me hará V. A. la honra de decirme que es lo que soy entre traidor y torpe?

REINA. Sois.... sois un hombre admirable, Nogueras. (*Le da á besar su mano.*)

NOGUERAS. Gracias, señora.

REINA. Hemos concluido por hoy, ¿no es verdad?

NOGUERAS. Todavía no, sí V. A. me permite hablarla de un grave asunto doméstico.

REINA. Decid.

NOGUERAS. Entre las damas de honor de V. A. hay una que se llama D.ª Brianda.

REINA. De esta galería ha salido pocos momentos antes que vos entrárais, para....

NOGUERAS. Para ir á dar en nombre de V. A. la órden de arrojar á la puerta á un trovador que con sus cantos se ha atrevido á turbar el sueño del príncipe, órden que yo he pedido que se suspendiera.

REINA. ¿Porqué?

NOGUERAS. Porque el trovador cuyos cantos ha oido V. A. es Ausias March.

REINA. Ausias March!

NOGUERAS. Sí, Ausias March el consejero, el privado, el valido, el hombre de confianza del principe de Viana, Ausias March que llega de Sicilia portador de una carta del príncipe para el rey, que

ha venido á este castillo creyendo que el rey estaba aquí, y que es preciso que de aquí no salga sin que nos hayamos enterado del contenido de su mensaje.

REINA. ¿Pero como hacerlo?

NOGUERAS. Os lo diré. Volvamos á D.ª Brianda.

REINA. Picais mi curiosidad. ¿Qué teneis que decir de mi dama?

NOGUERAS. No me pregunte V. A. como lo he sabido, porque yo lo se todo, pero debo participaros que D.ª Brianda.... (*Volviéndose para mirar hácia la derecha.*) Alguien viene... Es Ausias March, señora. Si V. A. me permite que la acompañe á otra habitacion, le comunicaré lo que iba á decirla.

REINA. Vamos.

(*Se van por la izquierda.*)

ESCENA VI.

AUSIAS MARCH.

Ella está aquí. Mi corazon lo siente!
La devoran de mi alma las miradas,
y me lo dicen de ese suave ambiente
las brisas perfumadas
al venir á estrellarse enamoradas
del trovador en la abrasada frente.

ESCENA VII.

BRANT. AUSIAS MARCH.

Brant entra por la derecha y se adelanta resueltamente, casi de una manera brusca.)

BRANT. Me conoceis?

AUSIAS. No por cierto.
BRANT. Soy el almogavár Brant.
Soy quien fuera ya hombre muerto
á no ser vos, capitan.
AUSIAS. Os engañais.
BRANT. No me engaño.
La vida vos me salvasteis,
y aun cuando ya os olvidásteis,
tampoco lo encuentro estraño,
que, pensándolo con calma,
fácilmente ¡por mi vida!
sus hechos nobles olvida
quien tiene de noble el alma.
AUSIAS. Me poneis en confusion
y acertar, á fe, no puedo....
BRANT. Fue en la batalla de Olmedo.
Vos seguíais el pendon
contra el cual yo combatia:
vos al príncipe ayudabais
y al rey D. Juan yo seguia.
Bien, ¡vive Cristo! peleabais!
Aun se me figura veros
por la llanura cruzando,
vuestros tajos asombrando
á todos los caballeros.
Ginete en fiero bridon,
no os cansabais de pelear,
haciendo, al veros, temblar
del mas bravo el corazon.
En miraros asombrado,
á los vuestros no advertí,
y al repararlo, me ví,
por todas partes cercado.
Apenas pude pelear,
que era el número crecido,
y allí me iban á matar,

que no me hubiera rendido,
cuando os acercásteis vos
diciéndole á vuestra gente:
—«Ea! atrás! es un valiente;
respetadle ¡ira de Dios!»

AUSIAS. Ahora lo recuerdo, sí,
Vos erais el hombre aquel.

BRANT. Yo, que desde entonces, fiel,
vuestra imágen guardo aquí.
¿Quereis quedaros conmigo?
Aceptadme, y de contado
me ofrezco á ser vuestro criado
vuestro escudero y amigo.

AUSIAS. Ya no servís á D. Juan?

BRANT. Ya nó, que me ha despedido
como á un perro que ha servido
y á quien se le quita el pan.

AUSIAS. Yo soy del rey de Aragon.

BRANT. Yo con vos le serviré.
Ya antes le servi, y á fé
que le amo de corazon.
Tomadme. Seré de vos
como es de la lanza el hierro,
como del amo es el perro,
como la mar es de Dios.

(*En este momento se presenta D.ª Brianda en la puerta de la derecha y Ausias March al verla lanza un grito ahogado.*)

ESCENA VIII.

BRIANDA. AUSIAS MARCH. BRANT (que se retira enseguida.)

AUSIAS. Ah!

BRANT. Qué es?

AUSIAS. (*Con su mirada fija en D.ª Brianda.*)
Dejadnos. (*Ap.*) D.ª Brianda! Es ella!

BRIANDA. Bien venga el trovador á este castillo.
Bien venido, Ausias March.
(*Brant se va por la derecha.*)
AUSIAS. (*Aparte.*) ¡Oh, Dios, qué bella!
De su mirada me asesina el brillo.
BRIANDA. (*Yéndose á sentar junto á la mesa*).
¡Cómo!...¿callais?....¿Las dichas, los honores
han hecho que tal vez enmudeciera
el rey de los modernos trovadores?
AUSIAS. (*Ap.*) ¡Cállate, corazon!
BRIANDA. ¡Pérdida fuera!
¿ó es que de mí no os acordais?
AUSIAS. Señora,
¿pensais que pueda al que una vez le es dado
ver del sol la luz clara, irradiadora,
olvidarla jamas?... Si me he callado,
es que hay momentos en que un hombre no halla
los medios de espresar sus sentimientos,
y en estos ¡ay! tan rápidos momentos,
hablan los ojos si la boca calla.
BRIANDA. De un trovador palabras lisonjeras
que os agradezco á fé. Y decid, ¿qué ha sido
de vos en tanto tiempo?... ¿Dó habeis ido?
AUSIAS. El deber me llamaba á mis banderas.
Yo soy leal al príncipe de Viana.
BRIANDA. Sí, ya lo sé.
(*Como queriendo cambiar la conversacion.*)
Recuerdo que me hablaron
no sé qué de un amor, y esta mañana
lo recordé al leeros. Me contaron
de un amor que guardabais muy secreto.
AUSIAS. No oculto el fuego que mi pecho inflama.
Amo, es verdad. Mi príncipe y mi dama
mi corazon se parten por completo.
BRIANDA. ¿Vive en la corte la que amais?
AUSIAS. En ella

tiene la corte su mayor tesoro.

BRIANDA. ¿Es noble?

AUSIAS. Como vos; como vos bella.

BRIANDA. ¿Y corresponde á vuestro amor?

AUSIAS. Lo ignoro.

BRIANDA. ¿Al objeto que el alma vuestra adora
los juramentos del amor no os ligan?

AUSIAS. Es que el amor que abrigo yo, señora,
no es el amor que los demás abrigan.
Esa pasion que nuestro pecho inflama,
hacerla quiso Dios de tal manera,
que en el pecho de un niño es una llama,
y en el pecho de un hombre es una hoguera.
Y esa hoguera que muchos, —hombres vanos
desnudos de pudor y sentimiento,—
en aventar se gozan con sus manos,
y su ceniza en esparcir al viento,
yo la guardo cual flor de puro aroma,
siquier le sea al corazon funesta,
como se cuenta que guardaba Roma
la llama sacra en el altar de Vesta.
La que mi pecho cautivó, no sabe
que es el delirio de mi mente loca:
guarda mi pecho de este amor la llave,
que subir no dejé nunca á mi boca.
Me contento en amarla desde lejos,
como de lejos se ama á Dios. No en vano
mi pecho siente ese calor lejano,
que del sol tambien queman los reflejos.
Señora, no amo yo para que me amen:
por mí amo solo y para mí, gozoso:
qué necio ó loco los demás me llamen.
Yo, en amor, de mí mismo estoy celoso.
De un amor satisfecho, al alma mia
no le seducen las mentidas galas...
Quiso Icaro subir al sol un dia,

y el sol, señora, le abrasó las alas.
BRIANDA. Teneis el alma por demás sensible,
mas, si mejor razon no podeis darme,
encuentro vuestro amor incomprensible.
AUSIAS. Incomprensible, nó. Voy á esplicarme.
Yo en amar obedezco á un síno ardiente,
innato en mí, como obedece el rio
al impulso que arrastra su corriente.
¡ Amor estraño y singular el mio!
Yo tengo amor, así, naturalmente,
como el sol tiene luz y resplandores,
como tiene el verjel verdura y galas,
como aroma y color tienen las flores,
y el pez escamas, y las aves alas.
Hallo á la hermosa que mi pecho adora,
la tengo junto á mí, la veo y toco,
y decirla jamás podré : — « ¡Señora,
tened ¡ ay! compasion de un pobre loco!»
El amar como yo amo es desatino:
quisiera yo decírselo, y no puedo...
me lo callo... y entonces me asesino....
se lo voy á decir, y... tengo miedo.
BRIANDA. (*Levantándose repentinamente.*)
No hablemos más de amor.
AUSIAS. (*Aparte.*) ¡Cielos!... ¡El dia
en que nací fué un dia maldecido!
BRIANDA. ¿Y á Monzon, Ausias March, qué os ha traido?
AUSIAS. (*Haciendo un esfuerzo para hablar.*)
Al rey D. Juan hallar aquí creia.
BRIANDA. ¿Venís pues de muy lejos, caballero?
AUSIAS. De Nápoles.
BRIANDA. (*Con interés.*) ¡De Nápoles!... ¿Me es dado,
si del príncipe sois un mensajero,
preguntaros?
AUSIAS. El príncipe me ha enviado.

BRIANDA. (*Aparte*).
Él es, no hay duda: él es el que me envía.
(*Alto.*) ¿Traeisle un pliego al rey?
AUSIAS. Traigo un mensaje.
BRIANDA. ¿Para el rey?
AUSIAS. Para el rey.
BRIANDA. (*Con misterio y cada vez con mayor interés.*)
Decid, ¿no os guia
otro asunto secreto en este viaje?
AUSIAS. (*Aparte, fijando en ella su ardiente mirada.*)
¡Dios mio! (*Alto*) Nó.
BRIANDA. Pues sé que hay una dama
que del príncipe espera al mensajero.
AUSIAS. (*Aparte*).
¡Lo sabe!
BRIANDA. (*Tímidamente.*) Es la mujer que Carlos ama.
AUSIAS. ¿Y esa dama, señora......
BRIANDA. (*En voz baja pero resueltamente.*) Caballero,
que franco el labio la verdad me diga.
Si del príncipe un sello os enseñara...
AUSIAS. ¿Vos?
BRIANDA. (*Viendo fija en ella la mirada escudriñadora de Ausias March.*)
Sí, pero en nombre de una amiga.
AUSIAS. (*Lentamente y dejando caer las palabras como si le abrasaran los labios.*)
Á la dama que el sello me mostrara,
envuelto en una trenza de cabello
un pliego le daria.
BRIANDA. (*Sacando de su pecho un sello que cuelga de una cadenita de oro.*)
Dadme el pliego, Ausias March. Mirad el sello.
AUSIAS. (*Retrocediendo y aparte.*)
¡La querida del príncipe, Dios mio!
(*Saca maquinalmente el pliego de su escarcela, y se lo da.*)
BRIANDA. (*Tomando el pliego con delirio y besándolo amo-*

rosamente.)

¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! ¡Ay, este momento
vale, Ausias March, un siglo de pasion!

(*Se precipita fuera de la escena.*)

AUSIAS. (*Inmóvil y mirándola partir.*)
¡Pluguiese á Dios matar mi pensamiento
y arrancarme del pecho el corazon!

ESCENA IX.

AUSIAS MARCH.

Hay palabras que matan como un dardo,
hay ideas que hieren y destrozan,
como hay horas de vértigo y locura
que horas amargas son, desgarradoras.
En un momento tal, el alma sufre,
se quiebra de dolor como las olas
al romperse, gimiendo plañideras,
en la insensible y puntiaguda roca,
y al ver muerta su fe, roto su encanto,
rotas al ver sus ilusiones todas,
perdidas las más caras esperanzas
que acarició la mente soñadora,
al verse sin amores, sin creencias,
aislada, pobre, abandonada, sola,
se lamenta, se agita, se atormenta,
se abisma en el dolor, y sufre, y llora,
y sus lágrimas son de sangre pura
que caen una á una, gota á gota.
Si los que así padecen están locos,
yo estoy loco, Señor. ¡Misericordia!

(*Se va por el fondo de la galería.*)

ESCENA X.

D.ª BRIANDA, EL CONDE DE PALLÁS.

(*Entran en escena por la derecha.*)

BRIANDA. ¡Feliz comienza para mí este dia!
Compadeciendo mi dolor, el cielo
me devuelve en vos, conde, mi consuelo,
y un mensaje, muy grato al alma mia,
por Ausias March el príncipe me envia.

PALLÁS. ¿Ausias March está aquí?

BRIANDA. Llegó há un instante
de Carlos mensajero.

PALLÁS. ¿Nueva feliz yo espero
que el trovador os trajo del amante?

BRIANDA. La vida, no un mensaje, me ha traido.

PALLÁS. Pues hoy la cruda suerte
quiere que yo, que vuestro apoyo he sido,
venga tal vez, señora,
vuestra bella ilusion á herir de muerte.

BRIANDA. (*Alarmada.*)
¡Ah! ¡mi Felipe!... ¡mi hijo!

PALLÁS. No es por cierto
del hijo en quien vuestra terneza adora,
de quien pretendo hablar.

BRIANDA. Decid. No acierto...

PALLÁS. Quince años, ¿no es verdad? há ya que unidos
al príncipe y á vos y á mí nos tiene
un secreto fatal. No hay en la tierra,
más que nosotros tres, de ese secreto
que en sus entrañas nuestro pecho encierra,
quien posea la llave.

BRIANDA. Así es.

PALLÁS. Pues bien, señora;

otro hay ahora que el secreto sabe.
BRIANDA. ¿Qué decis?
PALLÁS. Hay un hombre que atesora
más hiel en sus entrañas que no cabe
en el pecho feroz de feroz hiena.
Inícuo y cruel el sér de que se trata,
se goza en dar dolor; verle da pena;
su sonrisa envenena;
su voz lastima; su mirada mata.
Y ese monstruo feroz que llaman hombre,
quizá en la corte es en poder primero.
Bastante os digo sin decir su nombre.
BRIANDA. ¡Nogueras!
PALLÁS. De la reina el consejero,
Nogueras, sí, señora.
BRIANDA. ¿Y sabe?
PALLÁS. Todo. Él sabe que el de Viana
en vos se fija pues que en vos adora.
Él ha inquirido, artero, osado, astuto,
que de ese amor para afirmar los lazos,
quiso Dios bendecirlos en el fruto
que hoy estrechais amante en vuestros brazos.
Dando pasto á sus iras con la nueva,
su lengua de reptil dirá afanosa
que de Carlos de Viana sois manceba.
BRIANDA. Y mentirá su lengua venenosa.
Ya no soy su manceba: soy su esposa.
PALLÁS. *(Aterrado.)* ¡Dios!
BRIANDA. Ausias March ha sido el mensajero
de este cambio feliz. Del Padre Santo,
el príncipe que viera mi quebranto,
á los piés se ha arrojado.
La razon atendiendo,
nuestro amor el pontífice ha aprobado,
y al príncipe ha entregado
su bula, nuestro enlace bendiciendo.

(*Sacando de su escarcela el pliego que le ha entregado As. March.*)

Miradla.

PALLÁS. (*Ap.*) ¡Dios piadoso!

(*Alto.*) De ese pliego el aviso misterioso
quizá Ausias March adivinó, señora...

BRIANDA. El príncipe en secreto lo ha guardado,
y hasta de él, su valido, lo ha ocultado.
Ya de Nogueras injuriarme ahora
la lengua de escorpion puede en buen hora;
ya puedo con orgullo alzar mi frente,
y proclamarme puedo esposa y madre;
tiene un esposo mi cariño ardiente,
y mi Felipe, conde, tiene un padre.
Que venga á mí esa corte de almas viles
que el cieno ocultan tras doradas galas,
y arrastran su miseria de reptiles
por el fango de regias antesalas;
que venga á mí esa reina que, orgullosa,
de su poder en el alcázar necio
se revuelve cual sierpe cautelosa,
y, arrojando á su rostro mi desprecio,
«Soy, les diré, del príncipe la esposa.»

PALLÁS. (*Solemnemente.*)
Y al decirlo, señora, en vuestro oído
resonará una voz débil, doliente,
lamento entristecido
que un pueblo entero os lanzará á la frente.
El ¡ay! será que arrojará la patria
condenada, señora, á nuevas penas;
el ¡ay! será que lanzarán los hijos
á sus padres al ver entre cadenas;
el ¡ay! será que lance dolorida
la juventud guerrera,
al ver que de una causa ya perdida,
destrozada, abatida,
se arrastra por el polvo la bandera.

BRIANDA. Conde, conde, palabras son de muerte
las que decís.

PALLÁS. Palabras son fatales,
pero son la verdad. Oid, señora.
Del príncipe de Viana los parciales
abrigan la esperanza
de que á Isabel, princesa de Castilla,
se vea unido Cárlos
por santo nudo de amorosa alianza.

BRIANDA. ¡Cielo santo!

PALLÁS. La reina, el rey se oponen,
que este enlace seria
la alianza con el trono castellano
que el triunfo á nuestra causa le daria.
Si saben que de Carlos sois la esposa,
entre los nuestros cunde el descontento,
triunfa esa reina fiera y orgullosa,
y en su feroz intento,
á los nuestros, que, solos y aislados,
serán jefes de causa sin soldados,
hará morder el freno de su yugo,
y el látigo alzará de sus fierezas,
y una tras otra entregará al verdugo
de la flor de Navarra las cabezas.

BRIANDA. ¡Ah!

PALLÁS. ¿Os horroriza, no es verdad, la idea?

BRIANDA. Decid; por mi cariño yo os lo pido:
¿qué debo hacer?

PALLÁS. Quince años habeis sido
mártir de amor. Séd mártir de la patria.
Que nadie sepa ese secreto horrible,
y renunciad del príncipe á la mano.

BRIANDA. ¡Un destino terrible
se ensaña contra mí cruel é inhumano!
¿He de matar yo misma
mi ventura, mi dicha, mi reposo,

el amor entrañable de mi esposo ,
la honra de mi nombre y del de mi hijo?

PALLÁS. Esto exige la patria en su agonía.
Obedecedla pues.

BRIANDA. Pero hoy soy madre .
¿Qué le diré á mi hijo cuando un dia
el nombre me pregunte de su padre?

PALLÁS. Le diréis que del hombre
en los hechos , señora, y en la espada
grabado está su verdadero nombre ,
que el honor es el padre del soldado,
y la madre su patria , que no es dado
engrendrar solo reyes á las madres ,
que nobles nacen , cuando nacen , todos ,
y que , de todos modos,
quien tiene honor y patria tiene padres.

BRIANDA (*Con acento desgarrador.*)
¡Ah! ¡no puedo!.. ¡no puedo!

PALLÁS. (*Haciendo ademan de marcharse.*) Adios , señora.

BRIANDA. ¿Adónde vais?

PALLÁS. A perecer con ellos ,
á que entre ellos me encuentre cuando, airado,
vaya el verdugo á reclamar sus cuellos.

BRIANDA. ¡Esto es horrible!

PALLÁS. Horrible ciertamente
es mirar de una causa la bandera
por el lodo arrastrada infamemente ,
horrible es ver , señora , lo que veo
yo, que penetro en el arcano oscuro
del porvenir , y sus horrores leo.
Insaciable la reina en su fiereza ,
cadalsos alzará por todas partes ,
y haciendo patrimonio á la nobleza
del hacha del verdugo ,á centenares
ha de contar las víctimas su orgullo
cuando la sangre haga correr á mares.

Los huérfanos, los padres y las viudas,
pisando de sus deudos los despojos,
en sus justos enojos,
las manos en tropel al cielo alzadas,
venganza pedirán, venganza horrible,
—¡dia de horror y de desgracias dia!—
¡y al príncipe y á vos será terrible
oirles maldecir en su agonía!

BRIANDA. Oh! no será, nó, nó!.. Guardad el pliego.
(*Le da la bula del papa.*)

PALLÁS. ¿Guardaréis el secreto?

BRIANDA. Ni la muerte
robármelo podrá. Cumplí mi suerte.
Que la patria á su vez cumpla consigo!

PALLÁS. Mujer, en tu sublime desconsuelo!
yo, en nombre de la patria, te bendigo.
Ya la patria y la causa están salvadas.
Te bendigo, mujer. Dios en el cielo
palmas tiene á los mártires guardadas!

(*Brianda se ha dejado caer de hinojos ante el conde de Pallás. Este la levanta, y dice mirando hácia la izquierda:*)

PALLÁS. Llega gente. Venid.
(*Se la lleva por la puerta de la derecha.*)

ESCENA XI.

LA REINA, NOGUERAS, AUSIAS MARCH. (Por la izquierda.)

REINA. (*Dirigiéndose á Ausias March, que entra tras ella en la actitud del más profundo respeto.*)...¿Vanos
han de ser hasta mis ruegos?

AUSIAS. Su Alteza comprenderá...

REINA. ¿Me dais, Ausias March, los pliegos?

AUSIAS. Señora, son para el rey,

y á él solo entregarlos debo.

REINA. Mas yo soy el rey aquí:
dadme el mensaje.

AUSIAS. No puedo.

REINA. (*Con ira mal comprimida.*)
¡Ah! ¿no podeis? Pues, entonces
voy á enseñaros bien luego
como, no estando aquí el rey,
sé cumplir por él, y creo,
que pues del príncipe sois,
favorito y consejero,
sabréis darle buena cuenta
de que nos, en nuestro reino,
cuando ejercemos justicia,
la ejercemos por completo.

AUSIAS. (*Ap.*) ¿Qué pretende hacer?

REINA. (*A Nogueras.*) Nogueras,
que entre mi corte al momento.

(*Nogueras se va, y vuelve á entrar con la corte.*)

ESCENA X.

Dichos, EL CONDE DE PALLÁS, BRIANDA, GALCERAN DE REQUESENS, D. ENRIQUE DE ESCOBAR, Nobles, caballeros y damas.

(*La reina se ha sentado junto á la mesa. Los personajes se colocan en la siguiente situacion. En el centro la reina; detrás de la mesa á la izquierda las damas, entre ellas Brianda; Ausias March en el proscenio á la izquierda; un grupo de nobles, entre ellos el conde de Pallás, en el proscenio á la derecha; en el fondo otros nobles con D. Felipe de Escobar; junto á la reina, detrás de su silla, Nogueras.*)

REINA. Acercaos, caballeros.
Señor conde de Pallás,

huélgome mucho de veros.
(*á otro noble.*)
Noble D. Guillen de Bas,
buenos dias.
(*á otro.*)
Juan de Sens,
siempre el rey os ha querido.
(*á Requesens.*)
Y seais vos muy bien venido,
Galceran de Requesens.

REQUESENS. (*Inclinándose.*)
Nos honra á fe vuestra Alteza
con palabras tan cabales.

REINA. Señores, palabras tales
se merece mi nobleza.
Aquí mi afecto os llamó,
mis caballeros y amigos,
pues quiero que seais testigos
de que hago justicia yo.
Un dia, há tiempo, me hablaron
de una jóven noble y bella,
pero á quien, por mala estrella,
pobre sus padres dejaron.
A la huérfana, señores,
en mi corte recogí:
riqueza y gloria le dí,
le dí títulos y honores.
Pura la creí, inocente,
mas, ¡ay de mí! que ignoraba
que en mi seno alimentaba
á una traidora serpiente.
Tiene la historia que ver,
y mucho os va á divertir.

PALLÁS. (*Ap.*) ¡Dios mio! ¿qué va á decir
esa malvada mujer?

REINA. (*Continuando.*) La que acogí con anhelo,

creyendo limpia su fama,
es D.ª Brianda mi dama.

BRIANDA. *(Arrojando un grito de dolor.)*
¡Dios mio!

AUSIAS. *(Aparte.)* ¡Poder del cielo!

REINA. *(Continuando tranquilamente.)*
Y D.ª Brianda, es la nueva
que he sabido esta mañana,
es del príncipe de Viana
la querida, la manceba.

BRIANDA. *(Doblegándose bajo el peso de su dolor.)*
¡Señora!

REINA. Su confusion
bien claro lo deja ver.

AUSIAS. *(Con reconcentrado dolor, aparte.)*
¡Mujer es esa mujer
que no tiene corazon!

BRIANDA. *(Tímida y confusamente como no acertando á comprender lo que le sucede.)*
¡Señora, soy inocente!

REINA. Mal lo demostrais por Dios.
Si sois inocente vos,
¿por qué pues bajais la frente?

BRIANDA. *(Levantando erguida la frente y dando un paso hácia la reina.)*
¡Señora!

(Viendo al conde de Pallás, que mirándola fijamente adelanta uno ó dos pasos, retrocede y oculta su cabeza entre las manos, lanzando un grito ahogado.)

Ah!

REINA. *(Cruelmente y con ironía.)* Sé por mi vida,
á qué he de atenerme yo.
Pues Cárlos su amor os da,
sois su esposa ó su querida.
Escoged.

BRIANDA. *(Turbada.)* ¡Señora!... yo...

REINA. Decidlo á todos aquí.
¿Sois su esposa?.. decid.
(D.ª Brianda levanta los ojos, y encuentra fija en ella la mirada llena de angustia del conde de Pallás.)
BRIANDA. Nó.
REINA. Pues sois su manceba....
BRIANDA. Sí.
(Murmullo entre los cortesanos.)
REQUESENS. *Adelantándose y diciendo tímidamente á la reina)*
¡Señora, tened piedad!
REINA. Tenerla de ella no quiero.
No es mi corte semillero
de mancebas.
(A D.ª Brianda.) ¡Apartad!
BRIANDA. ¡Ah!
REINA. Y pues escitó mi enojo
con su conducta obcecada,
la arrojo de mi morada,
y de mi corte la arrojo.
Del rey en ausencia, es ley
que entienda yo en este caso.
Atrás, todos. ¡Abrid paso
á la justicia del rey!
NOGUERAS. *(Hipócritamente á la reina.)*
Acaso fuera razon.
darle, señora, un consuelo.
BRIANDA. *(Casi de rodillas en medio de la escena y con una espresion de indecible angustia.)*
¡Ay! ¡mi madre desde el cielo
contemplará mi baldon!
REINA. *(Contestando á Nogueras.)*
Espacio fáltame ahora
para escucharos con calma.
AUSIAS. *(No pudiendo contenerse por más tiempo y dando un paso hácia la reina.)*
¡Por Jesucristo, señora,

que eso es ya no tener alma!

REINA. ¡D. Ausias!

AUSIAS. (*Con orgullo.*) ¡Señora!

REINA. ¡Atrás!

(*A D.ª Brianda.*)

¡Ay del que os proteja aquí!

AUSIAS. Pues entonces, ¡ay de mí!

PALLÁS. *Adelantándose hasta colocarse al lado de Doña Brianda.*)

Y ¡ay del conde de Pallás!

REINA. (*A Pallás.*) ¿Y vos tambien?

PALLÁS. Tambien yo.

REINA. (*Con horrible sarcasmo.*)

¡Que sea, conde, en buen hora!

PALLÁS. Siempre al huérfano, señora,
el de Pallás amparó.

(*A D.ª Brianda.*)

Venid, Brianda. Proteger
yo sabré vuestra inocencia,
y dejad á esa mujer
á solas con su poder
y á solas con su insolencia.

REINA. Catalan mal domeñado,
que soy reina recordad.

PALLÁS. Y vos señora, pensad
que soy noble y soy honrado.
Cuando la espuela calcé,
y espada supe empuñar,
de Dios sobre el sacro altar,
al empuñarla, juré
que en mí el huérfano hallaria,
sino un padre, un protector.
Para hombre de mi valía
no protegerla seria
más que mengua, deshonor.
A los huérfanos jamás

faltaré, nunca, en mi vida,
que soy de la raza unida
de Cardona y de Pallás.
Y lo que digo, por Dios,
que mi espada lo sostiene,
contra uno, contra dos,
y contra más si conviene.
Ahí va en prenda mi guante;
y si se extraña cualquiera
que de una reina delante
hable yo de esta manera,
tengo, á fe, poder bastante,
que el que en este pecho esconde
un altar para la ley,
si entre los reyes es conde,
entre los condes es rey.
(*Vase con Brianda.*

ESCENA XIII.

Todos, menos el CONDE y BRIANDA.

ESCOBAR. (*Como en ademan de adelantarse hácia la puerta.*)
¡Señora!
REINA. (*Con sarcasmo.*) Dejadle ir.
Es de Brianda el protector.
Señores, podeis partir.
(*A la seña de la reina se va la corte, quedándose solo Nogueras, Escobar y Requesens. La reina se dirige á Ausias March.*)
Y en cuanto á vos, trovador,
id al príncipe á decir
lo que hoy habeis presenciado.
Decidle que á su querida

de mi palacio he arrojado.

AUSIAS. Se lo diré por mi vida,
y os juro que guardará
de vos Carlos tal memoria,
que su venganza en la historia
con sangre se escribirá.

REINA. ¿Me insultais?

AUSIAS. Fuera baldon
insultaros. Y en razon
dejadme que os hable ahora,
pues por mi boca, señora,
os hablará la nacion.
Lo que jamás os dijeron
vuestros cortesanos ruines,
lo que ellos por malos fines
os velaron ú os mintieron,
yo os lo diré...

REQUESENS. ¿E insultar
os permitís?...

AUSIAS. Vuestras leyes
sé que os fuerzan á los reyes
las verdades á ocultar.

ESCOBAR. ¡Trovador!

REINA. (*Conteniendo por medio de un gesto á los cortesanos, y volviéndose en seguida con orgullo á Ausias.*)
Podeis hablar.

AUSIAS. Y os hablaré francamente,
y yo os juro por mi fe
que sin embozo os diré
todo lo que el pecho siente.
Y si hallais que en realidad
nunca así os habló un amigo,
es que la verdad os digo,
y es muy dura la verdad.
Por vos Navarra en mal hora
bandera de guerra ha alzado,

y hoy por vos gime, señora,
el príncipe desterrado.
¡Espectáculo sangriento
el que hoy ofrece esta tierra!
Desórden, rapiña, guerra,
luchas, desdichas sin cuento.
Apaga el hambre los bríos,
la gente muere en las calles,
y los campos y los valles
inunda la sangre á rios.
Todo es tristeza y horror,
y, tras de duelos prolijos,
fecundiza, en su dolor,
con la sangre de sus hijos
sus frutos el labrador.
Vos sois al reino fatal;
vos á un príncipe adorado,
por ambicion infernal
le habeis, señora, robado
el cariño de su padre,
su cariño, sí. ¡Por Dios,
que á la mala reina en vos
va unida la mala madre!

REINA. ¡Don Ausias!

AUSIAS. Quizá algun dia
todo el pueblo vuestro nombre
maldecirá, y no os asombre
señora, mi profecía.
Hostigada, perseguida,
de todas partes huiréis,
y en todas partes seréis
por el pueblo maldecida;
y cómo hoy de vuestra ley
disteis ejemplo en un caso,
gritando, —«¡Atrás! ¡abrid paso
á la justicia del rey!»

tal vez al pueblo mañana ,
pues que le robais su bien ,
convoquen de la campana
los toques del somaten ,
y grite de ira no escaso
al tiempo de pasar vos ,
—«¡ Todos atrás ! ¡ Abrid paso
á la justicia de Dios !»

(*Movimiento de los cortesanos , que tratan de arrojarse sobre Ausias March.*)

REINA. ¡Oh! ¡ prendedme á ese traidor !

AUSIAS (*Espada en mano y manteniendo á raya á los que se arrojan sobre él.*) ¡ Atrás , canalla !

ESCOBAR. ¡ Ay de ti !

AUSIAS. Sagrado he de ser aquí,
pues que soy embajador.

ESCOBAR. ¿Canalla dijiste?

AUSIAS. Sí.
Canalla os llamé, y es ley
que en vosotros razon halla:
no sois del pueblo canalla ,
mas sois canalla del rey.

REINA. ¡Oh ! ¡prendedle !

AUSIAS. Es por demás.
De embajador tengo el fuero.
¡Paso abrid !

(*Se abre paso con su espada, y se precipita fuera de la escena.*)

REINA (*Desesperada á Escobar.*) ¡ Lo mando y quiero!
¡Escobar , prendedle !

ESCENA XIV.

DICHOS, BRANT.

BRANT. (*Atravesando su azcona en la puerta.*)
¡ Atras!

REINA. ¿Quién con osada intencion
así se opone á mis leyes?
BRANT. Quien no obedece á más reyes
que á los reyes de Aragon.
REINA. Soy la reina.
BRANT. Nó en verdad,
que despedido me habeis.
Seréislo cuando os llameis
reina de Aragon.
REINA. Llamad,
capitan, á los soldados,
que acudan á mi persona.
BRANT. No seais en gritar osados,
que os hará callar mi azcona.
(*Se oye una trompa de caza tocando el halalí.*)
NOGUERAS. ¡El halalí!
REINA. Corazon,
me engañas ¡ay!
NOGUERAS. ¡Nó por cierto!
(*Suena el segundo toque de halalí.*)
REINA. Colmé mi ambicion.
(*Á Brant.*)
¡Paso! ¡Don Alfonso ha muerto!
¡Soy la reina de Aragon!
(*Brant deja caer el arma confundido. La reina atraviesa el umbral con altivez, seguida de su capitan y consejeros.*)



ACTO SEGUNDO.

DOMINGO 3 DE DICIEMBRE DE 1460.

La plaza de Santa María en Barcelona.—A la izquierda del actor la fachada de la iglesia.—Una calle á cada lado del edificio.—En el fondo otra calle, la de las Platerías, de la cual se ve gran parte.—A la derecha casas, una de ellas con ventanas y puerta practicables.

ESCENA PRIMERA.

Son las cuatro de la mañana, y está nevando. La noche está oscura, y un farol que cuelga delante de la puerta principal de la iglesia, solo sirve para hacer más distintas las tinieblas. BRANT está tendido en el suelo con la cabeza apoyada en la primera grada del templo, como si durmiese. En lo alto de las gradas, acurrucada junto al portal, se ve á D.ª BRIANDA, inclinada sobre su hijo FELIPE, que apoya la cabeza en las rodillas de su madre, y al cual ésta cubre con su manto como para protegerle de la nieve, que cae en abundancia. Luego de haberse levantado el telon se oye la campana de la iglesia, y en seguida, rechinando sobre sus goznes, se abre la puerta, apareciendo en el umbral *el bedel de Santa María*, que dice los primeros versos elevando un poco la voz, y se retira inmediatamente, dejando abierta la puerta, sin reparar en ninguno de los personajes que están en la escena.

BEDEL. Son las cuatro. Abierto el templo

teneis á vuestras plegarias.
La festividad del dia
ya saludan las campanas.
Fieles, el bronce os convida
para la oracion del alba.

(*Vuelve á entrar en el templo. D.ª Brianda levanta lentamente la cabeza así que ha dejado de oirse la voz del bedel. Brant continúa inmóbil como si durmiera.*)

BRIANDA. ¡Felipe!
FELIPE. (*Débilmente*). ¡Madre!
BRIANDA. Hijo mio,
pues ya podemos entrar,
vamos al templo á rezar.
FELIPE. ¡Madre, estoy muerto de frio!
BRIANDA. (*Ap.*) ¡Ay! (*Alto.*) Vén; pidámosle á Dios
que nos otorgue un consuelo.
FELIPE. ¡Ay madre! no tiene el cielo
piedad de mí ni de vos.
RRIANDA. (*Dando á su voz un lijero tono de reprension.*)
¡Hijo!
FELIPE. Sordo á nuestro mal,
mientras ha estado nevando,
nos ha visto tiritando
de esta iglesia en el portal.
BRIANDA. Hijo, maldices á Dios.
¡Oh! ¡no le escucheis, Dios mio!
FELIPE. Muera yo de hambre y de frio,
¡pero vos, mi madre, vos!
Os he oído sin sosiego
toda la noche llorar.
BRIANDA. Dios puso en mi llanto fuego
para mi frio calmar.
Bendigo pues este llanto.
FELIPE. (*Sollozando y abrazando á su madre.*)
¡Madre!
BRIANDA. (*Estrechándole entre sus brazos.*)

¡Hijo! (*Ap.*) ¡Ay! ¡ compasion
tened de mí , cielo santo !
¡Ó acabad con mi quebranto ,
ó arrancadme el corazon!

FELIPE. (*Levantándose y ayudando á levantar á su madre.*)
Teneis razon , madre , sí ;
venid : á Dios rezaré.
Por vos yo le pediré.

BRIANDA. ¡Yo le pediré por ti!
(*Entran en la iglesia.*)

ESCENA II.

BRANT, NOGUERAS. En seguida REQUESENS.

(*Nogueras llega por la calle que hay en primer término á la izquierda , envuelto en su capa , y atraviesa el teatro , acercándose á la casa de la derecha , á cuya puerta practicable da tres golpes con intervalos iguales. Abrese en seguida la puerta , y aparece Galceran de Requesens. Nogueras, retrocediendo algunos pasos, se asegura de que no hay nadie en la plaza , pues no repara en Brant, que continúa haciéndose el dormido.*)

REQUE. Gracias á Dios que habeis venido. La reina está impaciente, y se desespera.

NOGUE. Hasta ahora no ha entrado en su casa el conde de Pallás.

REQUE. ¡Hasta ahora! ¿Pues dónde ha pasado la noche?

NOGUE. En el Consejo de Ciento.

REQUE. ¿Hay pues novedad?

NOGUE. Y grave. Todo se sabe ya.

REQUE. ¿Cómo?

NOGUE. ¿No oisteis á las doce de la noche sonar la campana convocando á Consejo de Ciento?

REQUE. Nó por cierto.

REINA. (*Desde el umbral de la casa.*) ¡Requesens!

REQUE. ¡La reina!

NOGUE. (*Inclinándose profundamente.*) Señora....

(*La nieve cae en menos abundancia, y acaba por cesar del todo.*)

ESCENA III.

LA REINA, REQUESENS, NOGUERAS, BRANT, que continúa inmóbil en su puesto.

REINA. ¿Qué le deciais á nuestro gobernador, Nogueras?

NOGUE. Le decia, señora, que ya ha llegado á Barcelona la noticia de la prision del príncipe de Viana. Así es que, mientras esta parte baja de la ciudad permanece tranquila y silenciosa, envuelta en las sombras de la noche, la parte alta está llena de rumores, de gentes que cruzan, de antorchas que brillan, de ruído de armas y de gritos de venganza.

REINA. ¡Ah! ¿nuestra ciudad de Barcelona se impacienta?

NOGUE. Yo creo que hace más, pues que se subleva. *Me parece, señora, que antes de apuntar el *dia será proclamado el somaten por calles y pla- *zas, y los gritos de *via fora* irán á arrancar de *sus lechos á los vecinos.

REINA. *Esto será una exaltacion pasajera. La nieve que *cae enfriará los ánimos. Nogueras, yo conozco *al pueblo. Es un perro que gruñe y muestra *los dientes, pero que se apresura á lamer los *piés del amo en cuanto ve que su mano empu- *ña un látigo. ¿Qué más ocurre?

NOGUE. *El Consejo de Ciento ha estado reunido toda la *noche, y los concelleres se hallan ahora en con-

*ferencia con la diputacion. Ha sido llamado el *conde de Pallás, y se le ha pedido que tomara *el mando del ejército.*

REINA. ¡Cómo! ¿Se atreverian á hacer armas contra su rey?

NOGUE. La cosa es más grave de lo que parece á V. A. Los catalanes se atreverán á todo. La prision delpríncipe de Viana les ha irritado, y..... si V. A. me permitiera hacerle una observacion.....

REINA. Os lo permito.

NOGUE. A ser yo que V. A. no permaneceria por más tiempo en Barcelona. Si llegara á saberse que la reina está aquí, la reina á quien ellos acusan de causadora de todos sus males y á quien achacan la prision del príncipe, capaces serian de apoderarse de ella y guardarla en rehenes mientras no les fuere devuelto su Carlos de Viana.

REINA. ¡Se atreverian á tanto!

REQUE. Tiene razon Nogueras, señora. V. A. no se halla en seguridad mientras permanezca en Barcelona.

REINA. Desafío á ese pueblo insolente á que se atreva contra su reina. Además, nadie, sino vosotros dos, sabe que yo esté aquí.

REQUE. Pero va á saberlo el conde de Pallás, puesto que V. A. quiere dispensarle la honra de ir á su casa.

REINA. El conde será de los nuestros.

REQUE. *Sin embargo, Nogueras dice que se le ha *ofrecido el mando del ejército catalan.

REINA. *Tales ofertas he de hacerle yo al conde de Pa- *llás, que no vacilará en defender la causa de *su rey. Por lo demás, señor gobernador, ¿qué *decís á esto?.... Ya lo oís: el Consejo de Ciento *se reune á altas horas de la noche, los conce-

*lleres están en conferencia con los diputados, *se trata de armar al pueblo, proclamar un *somaten, levantar un ejército, rebelarse contra *el rey, y vos, vos gobernador general del *Principado, no sabeis de ello ni una palabra. *¿Cómo se comprende esto?

REQUE. *Se comprende muy fácilmente, señora y reina *mia. Las libertades y constituciones de Cata- *luña.....

REINA. *Ya el rey y yo estamos cansados de oir hablar *de esas constituciones y de esas libertades. No *parece sino que en este país los reyes no sean *reyes. ¡Miserables constituciones que coartan *la libertad del rey, y le hacen vasallo de sus *vasallos! ¡Libertades inícuas que hacen al *pueblo omnímodo y superior al trono! Ya *vendrá dia en que acabaremos de una vez con *esos fueros, y congregaremos al pueblo para *que vea como el verdugo enciende en la plaza *una hoguera con todos esos papelotes, y es- *parce al viento sus cenizas..... Nó, no estoy *muy contenta de vos, Galceran de Requesens... *(*Volviéndose hácia Nogueras.*) Ni de vos tam- *poco, señor protonotario del rey.

NOGUE. *¡Señora!.....

REINA. Merced á una casualidad he sabido la llegada de Ausias March á Barcelona.

NOGUE. ¿Ausias March se halla aquí?

REINA. Aquí se halla, á pesar de haber sido desterrado por el rey, de todos los estados de Aragon, y aquí se hallan tambien doña Brianda de Vaca y su hijo Felipe.

NOGUE. ¡Cielos!

REINA. ¡Y vos no sabeis nada! ¿De qué sirve entonces derramar á manos llenas el oro para tener agentes y emisarios? Sí, aquí se hallan doña

Brianda y su hijo, de regreso de Sicilia, adon de ya sabeis que fueron creyendo encontra allí al príncipe de Viana. Sé que han regresad sin haber podido dar con él, pues ya el princip se hallaba en Mallorca, y, aun más, sé que es tán en Barcelona, sin recursos, por haber sid robados en su viaje por un corsario berberisco El que ayer al anochecer les vió desembarca en el puerto, me ha dicho que, por las traza su situacion debe de ser muy apurada. Fácil e será buscarlos, pues se habrán acogido á algu convento. Encontrádmelos, y entonces..... y sabeis lo que tenemos resuelto.

NOGUE. Pierda cuidado V. A.

REINA. Yo con el gobernador voy á ver al conde d Pallás para atraerle á nuestro partido. Nogueras os espero en esa casa antes de una hora.

(*Nogueras saluda, y se va por la calle de la Platería. Requesen y la reina se van por la calle izquierda del primer término Brant se levanta, y les sigue.*)

ESCENA IV.

AUSIAS MARCH.

(*Llega lentamente por la calle izquierda del segundo término*

¡La paz!.. ¡siempre la paz!.. ¡La paz do quiera
Quiero morir, y el cielo en mi camino
de maldicion me opone una barrera.....
¡Señor! ¡Señor! ¡qué cruel es mi destino!
Yo á una mujer amé jóven y bella,
como solo una vez se ama en la vida,
y vos quisisteis que encontrase en ella
del príncipe de Viana á la querida.

Del príncipe, ¡Señor!.... del que yo he amado
como amar un guerrero nunca pudo,
de aquel de cuya causa soy soldado,
de aquel de cuyo pecho soy escudo.
Y en tanto que yo sufro, y callo, y lloro,
de mi lealtad, Señor, preso en los lazos,
ella ahora mismo le dirá, «Te adoro»,
palpitando de amor entre sus brazos.
¿Qué puedo ya esperar ¡ay! en la tierra
donde mi corazon violento estalla?
La muerte, sí.... ¡Señor, dadme la guerra
y yo la iré á buscar en la batalla!

ESCENA V.

AUSIAS MARCH. BRANT.

Brant llega por el sitio mismo por donde se habia marchado pocos momentos antes.

BRANT. (*Entre sí.*) Son ellos, sí.
AUSIAS. ¡Brant!
BRANT. ¡Señor!
AUSIAS. ¡He dado por fin contigo!
Brant, no encuentro un solo amigo
en esta ciudad. Traidor
á la causa es Requesens,
en Lérida esta Beaumont,
se halla ausente Marimon,
y el conceller Destorrents
en el Consejo ocupado
no ha podido recibirme.
¡Ira de Dios! ¡se ha empeñado
la desgracia en perseguirme!
Ya de esperar desespero.
¿A qué vinimos aquí?

¿ Te queda á ti algun dinero ?

BRANT. Señor , ni un maravedí.

AUSIAS. ¡ Pobre , sin hogar , sin pan ,
con mi hacienda confiscada ,
proscrito , solo mi espada
me han dejado !

BRANT. ¡ Capitan !

AUSIAS. A Sicilia tornaremos,
que fuera aquí desatino
quedarse , y por el camino
pidiendo limosna iremos.

BRANT. ¿ Pero nada habeis sabido ?

AUSIAS. Que la paz se firmó ya ;
que el rey en Lérida está ;
y que el príncipe ha partido
para reunirse con él.
Es cosa ya decidida ,
Brant ; la causa está perdida.
¡Por Dios, que es síno cruel
el que esta causa desgarra !
Noble y santo es el pendon ,
y sucumbe en Aragon ,
como sucumbió en Navarra.
De sus lazos infernales
las redes logró tender
la reina. ¡De esa mujer
las intrigas son fatales!

BRANT. Mas , pues que sois , capitan,
del príncipe consejero ,
vámonos con él.

AUSIAS. No quiero.

BRANT. Pero ¿ por qué nó ?

AUSIAS. Primero
porque estoy proscrito , Brant ,
y después porque no quiero.

BRANT. Mas no entiendo la razon.

AUSIAS. Es un misterio profundo
que debe ignorar el mundo...
Misterio del corazon.
Disponte pues á partir.
Iremos donde haya guerra.
Ahora mismo de esta tierra,
Brant, nos importa salir.
Y sin embargo.... no sé.....
de la concordia á pesar,
me ha parecido notar
cierta agitacion..... si á fe,
he oído ciertos rumores
por la noche, movimiento
he notado y descontento
del pueblo, gritos, clamores....
La ciudad se agita ansiosa.

BRANT. Sí, capitan, algo pasa.
(*Señalándole la casa de la cual ha salido la reina.*)
¿Veis esa casa?... Esa casa
me parece sospechosa.
¡Por el apóstol san Pablo!
ó que soy loco he de inferir,
ó de ella he visto salir,
capitan....

AUSIAS. ¿A quién?

BRANT. Al diablo.

AUSIAS. ¡Brant!

BRANT. O, por decir mejor,
á la reina, y por mi fe
que de ella al diablo no sé
cuál es el más pecador.

AUSIAS. (*Atónito y pensativo.*)
¡A la reina!

BRANT. Y con Nogueras,
disfrazada y cautelosa.

AUSIAS. Misterio tiene la cosa,

Brant, si me hablaste de veras.

BRANT. De veras, señor, os hablo,
y de fijo que algo pasa....
Algo pasa, pues que en casa
se nos ha colado el diablo.

(*Se acercan á examinar la casa, y hablan en voz baja.*)

ESCENA VI.

Dichos, D.ª BRIANDA, FELIPE.

(*D.ª Brianda sale del templo sosteniendo á su hijo, cuya debilidad apenas le permite moverse. Los dos empiezan á bajar las gradas, sin ser notados por los otros dos personajes, que continúan examinando la casa y hablando en voz baja.*)

FELIPE. (*Débilmente.*)
¡Tengo hambre, madre!

BRIANDA. ¡Dios santo!
Señor Dios, ¿qué puedo hacer?
¡Soy débil y soy mujer!
¿Qué he de hacer en mi quebranto?
¡Si en vez de hambre el alma mia
fuese sed lo que tuviera,
yo su sed apagaria....
mi sangre á beber le diera!

FELIPE. (*Más débilmente y dejándose caer en la primera grada de la iglesia.*)
¡Madre, tengo hambre... me muero!

BRIANDA. (*Arrojándose desesperada hácia él.*)
¡Felipe!
(*Alzando la cabeza y manos al cielo.*)
¡Señor! ¿y vos
contemplais esto?... ¡Qué espero!

(*Paseando por la escena una delirante mirada.*)

Allí hay gente.

(*Al ver á los dos personajes que están junto á la casa vueltas las espaldas, lanza un grito como si una idea luminosa acabara de herir su mente.*)

¡Ah!

(*Recuesta á su hijo sobre la grada, se cubre con el manto, y, acercándose á Ausias March, que prosigue dándole las espaldas, le tiende una mano trémula, y le dice:*)

Caballero,
¡una limosna por Dios!

AUSIAS. (*Volviéndose repentinamente.*)
¡Esa voz!

BRIANDA. (*Reconociéndole.*) ¡D. Ausias! ¡Ah!

AUSIAS. (*Anhelante.*)
¿Quién sois?.. ¿quién? Por compasion!..
Mas... ¡ay! no lo digais ya.
¡Me lo ha dicho el corazon!
¡D.ª Brianda! ¡Vos!...

BRIANDA. (*Apartando el manto.*) Yo soy.

AUSIAS. ¡Vos! ¡D.ª Brianda! ¡Dios mio!

BRIANDA. Yo, que por el mundo voy,
muriendo de hambre y de frio.
En la situacion que veis
á Barcelona he llegado....
¡Si vierais lo que he llorado!
Mas... vos no permitiréis,
nó, que mi razon se altere...
¡Calmad mi materno afan!...
¡Dadle á mi hijo, que se muere,
¡ay! un pedazo de pan!

AUSIAS. Vuestro hijo... ¡Su hijo!

BRIANDA. (*Señalando la grada donde está tendido.*)
Allí.

BRANT. (*Corriendo hácia Felipe y levantando su cabeza.*)
¡Pobrecito! ¡si está helado!

FELIPE. ¡Madre!

BRIANDA. (*Corriendo hácia él y tomándole en brazos.*)
¡Hijo mio adorado!

BRANT. (*Entre si.*) ¿Qué va á decirse de mí
si les dejo en ese estado?
¡Oh! ¡no será ciertamente!
(*Vase corriendo por el fondo.*)

AUSIAS. (*Entre si sin reparar en la ida de Brant.*)
¡Y sin recursos me veo!
¡Que me vuelvo loco creo
pues arde en volcan mi frente!
¡Ella!... ¡su hijo!... ¡Maldicion!
Dios ha querido poner
hoy á prueba mi razon.
¡Sufre y calla, corazon!
El honor es tu deber.
¡Misericordia de Dios!

BRIANDA. (*Con voz llorosa, teniendo á su hijo recostado en su falda.*)
Limosna, buen caballero!

AUSIAS. (*Desesperado.*) No puedo dárosla, pero
puedo pedirla por vos.
Aguardad, y por mi nombre
yo os juro...
(*Mirando hácia la primera calle de la izquierda.*)
Precisamente
por allí se acerca gente.

ESCENA VII.

D.ª BRIANDA Y FELIPE en las gradas del templo. AUSIAS MARCH en medio de la escena. LA REINA, del brazo de GALCERAN DE REQUESENS, que llegan por la izquierda, disponiéndose á atravesar el teatro. La reina va cubierta con un manto, y Requesens embozado en su capa.

REQUESENS. Señora, allí veo á un hombre.

AUSIAS. (*Adelantándose y tendiendo el sombrero.*)
¡ Para una madre que llora,
si compasion hay en vos ,
una limosna , señora ,
por el santo amor de Dios !

REINA. (*Aparte.*) ¡Ausias March !
(*Mirando á todos lados y viendo á D.ª Brianda y á Felipe.*)
¡Y ellos tambien!

REQUESENS. (*Apartando con la mano el sombrero que les tiende Ausias , para pasar.*)
Perdone por Dios , amigo.

AUSIAS. (*Insistiendo.*) ¡ Señora !

REINA. (*Con altivez y pasando de largo.*)
¡ Atrás el mendigo!

(*Requesens y la reina prosiguen su camino , y entran en la casa.*)

ESCENA VIII.

AUSIAS MARCH, D.ª BRIANDA , FELIPE.

AUSIAS. (*Con los ojos fijos en ellos.*)
¡ Atrás el mendigo!.. ¡ Bien
por ese consuelo!..
(*Como si le ocurriera de repente una idea.*)
Mas ,
ahora lo recuerdo , sí ;
he oido decir que aquí
se halla el conde de Pallás.
(*A D.ª Brianda.*) Señora , venid conmigo....
venid ; ¡ nos hemos salvado !

BRIANDA. ¿Qué decis?

AUSIAS. He recordado
que aquí teneis un amigo ,
el de Pallás.

BRIANDA. *(Con ansiedad.)* ¿Dónde está?
AUSIAS. Le hallaré.
BRIANDA. *(Alzando sus manos al cielo.)* ¡Gracias, señor!
(Ayudando á su hijo á levantarse.)
¡Vén, hijo mio, mi amor!
¡Nos hemos salvado ya!

(Se van por la segunda calle de la izquierda. En el instante en que estos salen de la escena, aparece por el fondo Nogueras, que se dirige á la casa, pero, antes de llegar á ella, la reina le sale al encuentro.)

ESCENA IX.

LA REINA. NOGUERAS. Después REQUESENS.

REINA. *(A Noguerass, señalándole á D.ª Brianda y á los demás que se alejan.)*
Nogueras, vedles allí;
seguidles y.... ¡ya sabeis!
NOGUERAS. Voy, pero antes permitidme
que alguna noticia os dé.
Se va á proclamar, señora,
dentro poco el somaten.
Con el conde de Pallás
no podeis contar.
REINA. Lo sé.
NOGUERAS. Y es preciso que salgais
de Barcelona tambien.
REINA. Voy á partir en seguida.
En Lérida me hallaréis;
pero, por Cristo, Nogueras,
que todo acabado esté.
NOGUERAS. Perded cuidado, señora.
REINA. ¡Corred tras ellos, corred!

(Nogueras se inclina, y se va en seguimiento de ellos.)

¡Requesens!

(*Aparece Requesens saliendo de la casa.*)

REQUESENS. Señora....

REINA. Vamos;
me arrojan de aquí esta vez,
mas ¡ay, ¡ay de Barcelona,
cuando vuelva, Requesens!

(*Se van por la calle del primer término.*)

ESCENA X.

Se oyen dentro confusos murmullos y gritos. BRANT sale corriendo con un pan en la mano. A poco rato llegan persiguiéndole GABRIEL, ROMADÁ y hombres del pueblo. Ha amanecido ya.

GABRIEL. (*Dentro.*)
¡Al ladron! ¡al ladron! ¡corred, vecinos!

BRANT. (*Mirando á todas partes.*)
¡Ira de Dios! ¡no están, y me persiguen!
¿Dónde habrán ido pues?

GABRIEL. (*Acudiendo con los demás, armados unos con palos, otros con espadas, otros con utensilios para labores domésticas, etc.*)
Ya le tenemos.
Miradle allí. ¡Bribon! tú me has robado.

(*Brant, blandiendo su azcona, mantiene á raya á los que le persiguen.*)

ROMADÁ. Devuelve de buen grado
ese pan, ó si no te llevaremos
del conceller *en cap* á la presencia.

BRANT. Ni me dejo llevar, ni os lo devuelvo.

ALGUNOS. ¡Ladron!

GABRIEL. ¡Infame!

(*Los hombres del pueblo amenazan á Brant. En este momento se presenta Pedro Destorrents. Viste de conceller, con la gramalla encarnada.*)

ESCENA XI.

Dichos, PEDRO DESTORRENTS.

DESTOR. ¿Qué es lo que aquí pasa?
(*Todos se apartan y le saludan respetuosamente.*)
ROMADÁ. ¡El conceller *en cap*!
GABRIEL. Entró en mi casa.
ese hombre, y me ha robado.
DESTOR. ¿Y ha sido el robo?
GABRIEL. Un pan.
DESTOR. (*Á Brant.*) ¿Es cierto?
BRANT. Cierto.
DESTOR. ¿Y por qué en ello fuiste tan osado?
BRANT. Porque vi que sin pan y sin consuelo
una madre y un hijo se morian,
y de su hambre en el dolor, al cielo
sus súplicas en vano dirigian.
DESTOR. Mas en ello has faltado,
y es la falta muy grave,
pues que eres catalan y eres soldado.
La extension toda de tu falta mide.
Un pedazo de pan nadie lo niega:
se concede con gusto al que lo pide,
pero es culpable siempre el que lo roba.
¿Por qué no lo pedias?
BRANT. No lo quise.
Yo no pido limosna, ni la quiero.
DESTOR. ¡Orgullo maldecido!
Por él has delinquido.
BRANT. ¡Delinquido!
DESTOR. Una falta cometiste,
y toda falta lleva su castigo.
Así pues, considera lo que hiciste,

que quiero seas juez para contigo.

BRANT. ¡Yo!

DESTOR. Tú mismo. Medita
el que tu cometiste osado agravio,
y de la misma ley en desagravio
sé tu juez, mas sé recto y justiciero.

BRANT. Pues quereis que yo dicte mi sentencia,
voy á dictarla, y escuchad primero.
Quince años yo tenia
cuando de amor y de entusiasmo henchido
abracé de mi patria las banderas,
y, vuelto el rumbo hácia las costas moras,
al mar me di, embarcado en las galeras
que en los itálos mares vencedoras
de Aragon tremolaron las señeras.
En los Gelves y en Trípoli brillaron
victoriosas las armas catalanas,
y allí, un puñado de hombres á lo sumo,
disipamos las turbas musulmanas,
como disipa el huracan el humo.
Conquistadas las costas de los moros,
ganados sus tesoros,
roto su poderío,
«Venid, nos dijo el rey, almogaváres,
las barras de Aragon con nuevo brio
en triunfo á pasear por otros mares.»
Y á Italia nos partimos,
y con él combatimos,
y en Salerno, en Arpadio, en Terracina,
de Calabria la rica en la ribera,
de Nápoles la bella y la altanera
en la torre más alta y orgullosa,
clavamos ¡vive Cristo! victoriosa
del Aragon la federal bandera.
En Nápoles yo fuí quien arbolada
la bandera dejó en Santa Sofía,

y, ved mi sien, de honrosa cuchillada
la cicatriz ostento todavía.
Mi historia es esta pues, y esta es mi vida.
Veinte batallas tengo, y cada herida
que hay en mi cuerpo, al catalan recuerda
un título de gloria,
que escrita llevo en cada herida mia
una página bella de su historia.
Y pues que hoy una falta he cometido,
y es preciso purgarla como bueno,
y he de ser juez yo mismo, me condeno
por lo que por mi patria he padecido,
por mi sangre vertida,
á ser en lo que resta de mi vida
á espensas de mi patria mantenido.
(*Murmullos entre el pueblo.*)

DESTOR. ¡ Silencio ! Por mi nombre,
que razon tiene ese hombre.
Quien siendo buen patricio y buen soldado
en el campo á su patria ha defendido,
pues por ella su sangre ha derramado
merece ser por ella mantenido.
(*A Gabriel.*)
Yo abonaré lo que él os ha quitado.
(*A todos.*)
Iros podeis.
(*Empiezan á irse por el fondo.*)
(*A Brant.*)
Y vos, esta mañana,
cuando escucheis sonora la campana
llamando á somaten, id sin cuidado
del Consejo al palacio, y, yo os lo fio,
volveréis de la patria á ser soldado.
(*Destorrents se va por el fondo; Brant por la calle izquierda del primer término.*)

ESCENA XII.

EL CONDE DE PALLÁS, AUSIAS MARCH.

(*Vienen por la segunda calle de la izquierda.*)

PALLÁS. Este es el sitio en que esperarles debo.
Venid, y gracias doy á la fortuna,
que ha permitido que de nuevo sea
el protector de esa infeliz criatura.

AUSIAS. ¡Pobre mujer! su estado me da pena,
que son horribles las desdichas suyas.
Vos sabeis que á Sicilia partió osada,
del príncipe de Viana yendo en busca,
cuando ya las riberas de Mallorca
daban asilo al príncipe. Confusa
al verse sola en tierra tan lejana,
sin recursos, sumida en la amargura,
pues que un buque corsario en su camino
le robó su caudal y su fortuna,
aquí quiso volver, y una galera
la trajo por limosna á Cataluña.

PALLÁS. Mas vos tambien habreis sufrido mucho.

AUSIAS. Dos años há que ingrata la fortuna
se complace en lanzar sobre mi frente
las más negras desdichas una á una.
Des que don Juan y esa mujer malvada
el noble trono de Aragon ocupan,
vagando voy por estranjero suelo,
desterrado y proscrito. Mi amargura
me trajo aquí por fin, do hallar creia
á Carlos con el rey cual siempre en lucha,
mas hanme dicho que firmó un tratado,
que la paz con el rey es ya segura,

y nuevamente veo que mi estrella
de mi vida en el cielo ya se ofusca.

PALLÁS. Mas ya no partiréis, pues que en mi casa
hallaréis á la par paz y ventura.

AUSIAS. ¿Olvidais que está á precio mi cabeza,
y que do quiera y por do quier me buscan?

PALLÁS. Es que vos no sabeis que ya el tratado
el rey ha roto, y comenzó la lucha:
es que vos no sabeis que Barcelona
hoy sus cadenas romperá sañuda.
Al príncipe su padre ha preso en Lérida,
cediendo de la reina á las astucias;
mas, á la voz del somaten de guerra,
hoy se alzará orgullosa Cataluña.
Hoy al lucir del sol el primer rayo,
la voz de bronce vibrará robusta,
é irá de campanario en campanario
á despertar la saña y la bravura
del pueblo catalan, que de la patria
al llamamiento no fué sordo nunca.

AUSIAS. ¿Qué decís?

PALLÁS. La verdad. Hoy de esta tierra
concluyen el dolor, la desventura.
Con vos cuento, Ausias March.

AUSIAS. Siempre, don Hugo.
¡Oh tierra de lealtad, oh Cataluña,
clásico suelo de honradez probada,
de libertad y patriotismo cuna,
mientras un soplo tenga yo de vida,
nunca mi brazo te hará falta, nunca!
Pues hoy me llamas con tu voz de guerra,
yo vestiré, soldado, la armadura,
yo volaré al combate, que mi vida
desque he nacido, madre patria, es tuya,
y quiera Dios la muerte de los héroes
gloriosa dar al que en su afan la busca,

y darme entre tus bravos defensores,
ó patria mia, honrosa sepultura.

PALLÁS. ¡Antes morir que consentir que sea
la misma patria de sus fueros tumba!

AUSIAS. ¡Antes morir que contemplar hollada
la santa libertad de Cataluña!

(*Se oye dentro el rumor del pueblo que se acerca.*)

ESCENA XIII.

EL CONDE DE PALLÁS, AUSIAS MARCH. En seguida DESTORRENTS con otros dos concelleres. GABRIEL, ROMADÁ, BRANT. Hombres y mujeres del pueblo.

PALLÁS. Ya están aquí.

AUSIAS. ¿Qué indican esas voces?

PALLÁS. Que á proclamar el somaten se acercan.

(*Empieza á llenarse la escena de hombres y de mujeres del pueblo, que vienen todos por la calle del fondo. Detrás del pueblo aparecen los dos trompeteros del Consejo, y en seguida dos maceros con trajes negros y encarnados y con las mazas altas, precediendo al conceller* en cap, *Pedro Destorrents, que va seguido de otros dos concelleres uniformemente vestidos como él, uno de los cuales lleva arrollada la bandera de San Jorje. Al lado de los concelleres van seis hombres, llevando grandes manojos de matas ó yerbas encendidas; vienen luego varios caballeros y ciudadanos honrados de Barcelona, y cierran la comitiva otros hombres del pueblo. Pedro Destorrents se coloca en el centro del teatro, y á sus lados se agrupan los dos concelleres, el conde de Pallás, Ausias March, los caballeros y los ciudadanos. Brant, que ha entrado por la izquierda, se acerca á su señor. El pueblo está esparcido por la escena. Los seis hombres que llevan matas encendidas se colocan en el fondo. Suenan las trompetas antes de hablar el conceller.*

DESTOR. *(Con solemnidad.)*
Ahora oid, de Barcelona el pueblo,
lo que la patria por mi voz ordena.
La ley del *Prínceps namque* venerada
al pueblo catalan aquí congrega.
Rompiendo el rey la fe de la concordia,
al príncipe de Viana ha preso en Lérida,
de la santa moral, de la justicia,
de los *usajes* de este pueblo en mengua,
y á nuestros buenos leales diputados
les ha dado orgulloso esta respuesta:
«Decidle al pueblo que del rey la ira,
de muerte y de exterminio es mensajera.»
El Consejo de Ciento, al saber esto,
ya por más tiempo su virtud no enfrena:
de la ciudad las puertas se han cerrado,
fuerte presidio queda puesto en ellas,
armar á toda prisa se ha ordenado
para botar al mar veinte galeras,
y ha resuelto, por fin, que proclamada
la consuetud del *Princeps namque* sea.
¡Que lo anuncien trompetas y campanas!
¡Tremole de San Jorje la bandera!
¡y al grito repetido de ¡*via fora*!
ármese el pueblo en somaten de guerra!
¡*Via fora, somaten!*

(Los seis hombres citados agitan sus manojos de yerbas encendidas, suenan las trompetas, se oyen las campanas de la ciudad, que tocan á somaten, y el pueblo repite los gritos de Via fora somaten *dados por el conceller. Grande animacion y movimiento en la escena. Al decir sus últimas palabras Destorrents, ha tomado en sus manos la bandera, y la tremola con brio.)*

AUSIAS. *(Acercándose á Destorrents.)*
Dadme, Don Pedro,
si quereis, á guardar esa bandera.

Que la patria á mi brazo la confíe,
y allí do más se ensañe la pelea,
allí donde la lucha y el combate
más empeñados y sangrientos sean,
allí yo os juro, sí, que victoriosa
de Cataluña arbolaré la enseña.

DESTOR. Ved que al par que de honor es de muerte
legado, casi siempre, esa bandera.
Ved que si la aceptais, ante el Consejo
solo podeis volver de dos maneras,
y en nombre de la patria os lo prevengo:
con ella vencedor, muerto sin ella.

AUSIAS. Sagrado ardor mi corazon inflama,
y el juramento de guardarla os presta.
De San Jorje, patron de Cataluña,
dadme á guardar, don Pedro, la señera,
y os juro que he de hacer que victoriosa
entrambos campos á la par la vean,
cuando al rey y á los suyos Cataluña
rugidora enviará su voz de guerra.

(*Toma la bandera de manos del conceller, y la tremola.*)

Catalanes aquí; bajo esos pliegues
los pechos nobles su valor ostentan.
Quien muere por la patria, muere honrado,
y al que sucumbe en la marcial contienda,
del cielo de los mártires se le abren
de par en par las diamantinas puertas.
Frutos recoge de virtud y gloria
quien de amor patrio la semilla siembra.
Seguid todos mi ejemplo, catalanes.
Pues me dan á guardar esta bandera,
ya solo he de volver á Barcelona
con ella vencedor, muerto sin ella.
¡Via fora, somaten!

EL PUEBLO. *¡Via fora!*

(*Óyese dentro un grito desgarrador.*)

ESCENA XIV.

Dichos, D.ª BRIANDA, que entra en la escena dando muestras de la mayor desesperacion y angustia.

BRIANDA. (*Dentro todavía.*) ¡ Ausilio !
DESTOR. ¿ Qué voz es esa ?
PALLÁS. ¡ Doña Brianda !
AUSIAS. ¡ Cielo !
PALLÁS. (*Adelantándose hácia ella.*)
¡ Señora !
BRIANDA. ¡Me han robado
á mi hijo , á mi Felipe , á mi consuelo !
AUSIAS. ¡ Justicia eterna ! ¿Y quién ?
BRIANDA. No sé... la reina...
Nogueras... ellos... ¡ qué sé yo !... el infierno.
AUSIAS. ¡ La reina ! ¡ Dios eterno !
BRANT. ¡La reina! El diablo aquí la ha conducido.
(*Entra precipitadamente en la casa.*)
DESTOR. ¡La reina , dice !
PALLÁS. Sí , que á Barcelona
un secreto designio la ha traído.
DESTOR. ¿ Y está aquí ?
BRANT. (*Saliendo de la casa.*)
Ya no está. La reina ha sido.
AUSIAS. ¡Brant!
BRANT. ¡Descuidad! Yo correré tras ella,
(*Dirigiéndose á doña Brianda.*)
y el hijo os volveré que habeis perdido.
(*Se va precipitadamente.*)
BRIANDA. ¡Viles ! me le han quitado,
¡y aquí vosotros os estais con calma!
Mi tesoro , mi dicha me han robado ,

¡ y asi permaneceis !... ¡No teneis alma !

(*El conde de Pallás habla en secreto con Destorrents, y éste da algunas órdenes reservadas á varios hombres, que se alejan.)*

¡ Y vosotros sois quienes de la patria
pensais romper los opresores lazos!
Esposos sois tal vez , tal vez sois padres ,
¡ y permitís que de sus mismos brazos
les arranquen los hijos á las madres !

AUSIAS. ¡ Señora , por piedad!

BRIANDA. ¡Soy la venganza!
Dejad que al pueblo yo á mi vez convoque,
dejad que al pueblo , desolada madre,
como patriota y madre yo le invoque.
(*Dirigiéndose al pueblo.*)
Débil mujer yo soy , mas al combate
yo sabré conduciros , no os asombre ,
que de orgullo tambien mi pecho late
cuando se invoca de la patria el nombre.
¡ Tienen preso á mi Cárlos , á mi amante ,
y aun á mi hijo se llevan prisionero !
Nada á enfrenarme, nó , será bastante...
¡Rayo será de muerte mi mirada !...
¡Un arnés , un caballo y una espada,
y en tigre vais á ver como el cordero
se trueca , pero en tigre carnicero !
¡Catalanes , á mí ! ¡causa es de entrambos
la causa de la patria ! Esposa y madre,
á vosotros me enlaza el mismo síno.
Yo de la gloria os mostraré el camino
al invocar de mi hijo la memoria ,
y el mismo sol alumbrará , de fijo ,
á los hombres que luchan por su gloria,
y á la madre que lucha por su hijo.
Catalanes , del príncipe de Viana
es hijo el hijo que á mi amor robaron.

(*Gran movimiento y extrema agitacion en el pueblo al oir que*

se trata de un hijo del príncipe. Otros se acercan á doña Brianda, como arrastrados por un movimiento maquinal de simpatia.)

¡Volemos al combate! La campana
nos llama ya á la lid. Corramos luego,
devorando el ardor que el pecho encierra;
de nuestro paso al huracan de fuego,
que tiemble estremeciéndose la tierra.
¡*Via fora somaten*! ¡Venganza y guerra!

(*Todos se arrojan en pos de doña Brianda, que se va por el fondo blandiendo una espada que ha tomado al que estaba más cerca.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

12 DE MARZO DE 1461.

Salon en el palacio de Barcelona. En el fondo un balcon. A la izquierda una puerta, que es la de la cámara del príncipe. A la derecha dos puertas, siendo la que está en primer término, la de la cámara de doña Brianda. Es de noche, y hay luces sobre las mesas. Por el balcon, abierto de par en par, se ven las casas de Barcelona iluminadas en señal de regocijo. Junto á la puerta de la izquierda un gran retrato de cuerpo entero de Pedro *el Grande*, el cual oculta una puerta secreta.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE PALLÁS, DESTORRENTS. Nobles, caballeros, ciudadanos, concelleres, pajes y ballesteros. NOGUERAS se pasea por el fondo, permaneciendo indiferente á todo.

(El conde de Pallás esta en pié en el balcon, figurando que habla al pueblo reunido en la plaza. Detrás de él, hay dos pajes, de los cuales el uno está con el casco del conde en

la mano, y el otro con una antorcha.)

PALLÁS. Pueblo, nobles, ciudadanos,
pues ya por fin llegó el dia,
y aquí al príncipe tenemos,
formémosle una familia
en cambio de la que aleve
su cruel madrasta le quita.
¡Viva Carlos primogénito
de Aragon y de Sicilia!

PUEBLO (*Dentro.*) ¡Viva!

PALLÁS. (*Al paje que tiene la antorcha.*)
Paje, que esa antorcha
delante del balcon fija
esta noche permanezca.
Véala el pueblo encendida,
y aprenda á juzgar por ella
que, si pura su luz brilla,
la fe del patrio entusiasmo
se halla en vuestros pechos viva.

El paje pone la antorcha en un ámbleo de hierro que hay delante del balcon.

PALLÁS. (*Dirigiéndose á Destorrents.*)
¡Bien por nuestra Barcelona!
¡Bien por el pueblo valiente
que no en vano, y justamente,
de noble y libre blasona!
Vedle cual muestra su gozo
en los templos con plegarias,
y en las calles su alborozo
con festivas luminarias.

DESTOR. ¿Y la reina?

PALLÁS. Se ha quedado
en Villafranca, y pardiez
que lo que es por esta vez
de buena, á fe, se ha librado.
Queria de todos modos

con el príncipe venir ,
mas supímoslo impedir,
pues nos opusimos todos.
Y obramos así en su bien :
si viene , por mala estrella ,
se levanta un somaten ,
y jamás se oye hablar de ella.
(*Reparando de repente en Nogueras.*)
Mas, decid... ¡O yo estoy loco ,
ó aquel es Nogueras!

DESTOR. Sí.

PALLÁS. ¿Y á qué viene ese hombre aquí?

DESTOR. Ha llegado, hace muy poco,
de la corte mensajero ,
y al príncipe quiere hablar.

PALLÁS. Me da mucho que pensar
ver aquí á ese consejero.
Es hombre de mala ley ,
y á no ser embajador ,
yo os aseguro....

ESCENA II.

Dichos y AUSIAS MARCH, que sale de las habitaciones del príncipe (*puerta de la izquierda.*)

AUSIAS. ¡El señor
protonario del rey!

NOGUERAS. (*Adelantándose.*) Yo soy.

AUSIAS. (*Sin mirarle y con desden.*) El príncipe espera.

NOGUERAS. Voy.

(*Nogueras entra en la cámara, y Ausias March se dirige á los que están en la escena.*)

AUSIAS. El príncipe , señores ,
á sus leales defensores

ver hoy de nuevo quisiera,
mas se encuentra fatigado
y la noche está avanzada,
y el final de su jornada
viene á robarle ese enviado.
Os ruega pues mi señor
que le sirvais perdonar,
y pues fiado en vuestro amor
hoy podrá al fin descansar,
mañana mismo en persona
irá al Consejo de Ciento
á demostrar su contento
á la noble Barcelona.

DESTOR. Que venga pues, y mañana,
pues nos dispensa este honor,
toda Barcelona ufana
dará muestras de su amor
por el príncipe de Viana.

(Se van todos, menos Pallás, por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA III.

El conde de PALLÁS, AUSIAS MARCH.

PALLÁS. ¿Y con el príncipe á solas
dejais á ese hombre, don Ausias?

AUSIAS. Así el príncipe lo quiso.

PALLÁS. Es que ese hombre no me agrada.
Es un traidor y un malvado,
y de Judas tiene cara.
¿Sabe el príncipe que á su hijo
le han robado?

AUSIAS. Á doña Brianda
aun no ha visto, y nada sabe.

Cuando llegó esta mañana
por ellos me preguntó;
yo le oculté su desgracia,
mas es fuerza prevenirle
cuando Nogueras se vaya,
pues preguntará de nuevo
por su Felipe y su Brianda.

PALLÁS. ¿Y nada sabeis del hijo?
AUSIAS. Nada.
PALLÁS. ¿Y de Brant?
AUSIAS. Menos. Nada
de mi fiel almogavár
en tres meses.
PALLÁS. ¡Cosa rara!
Quizá gime prisionero
de la reina entre las garras.
AUSIAS. Antes creo que le han muerto,
mas, si es así, mi venganza
perseguirá á su asesino,
aunque oculto en las entrañas
de la tierra se me esconda.
PALLÁS. ¿Quereis creerme, don Ausias?
AUSIAS. Decid.
PALLÁS. Me ocurre una idea.
Pues la reina, cosa es clara,
fué la que robó á Felipe,
ha de saber dónde se halla
el jóven, de ese Nogueras
el alma vil, condenada.
Apoderémonos pues
de Nogueras cuando salga,
y, ó nos dice la verdad
y sin ambages nos habla,
ó en rehenes le guardamos.
AUSIAS. Es embajador.
PALLÁS. ¡Bobada!

Para hombres como Nogueras
no hay ley ni fuero que valgan.
Atended. Yo con mis gentes
iré á situarme en la plaza,
mientras vos esperaréis
á que salga de esa cámara.
Le hablaréis, y, si confiesa,
hallará salida franca,
pero si niega, el Señor
en mis apuros me valga,
como á dormir va esta noche
en la cueva de mi casa.

AUSIAS. ¿Mas cómo os avisaré?

PALLÁS. Es verdad. No me acordaba.....
(*Reflexionando.*) Mas.... ya tengo el medio, sí.
Ese balcon da á la plaza....
Si esa antorcha que hay en él
sigue encendida, se salva,
pero si al salir Nogueras
veo su luz apagada,
me apodero de él.

AUSIAS. Me place.

PALLÁS. Que no lo olvideis, don Ausias.
Si muere la luz, le prendo;
si brilla la luz, se salva.

(*Se va por la segunda puerta de la derecha á tiempo que doña Brianda sale de su habitacion.*)

ESCENA IV.

DOÑA BRIANDA, AUSIAS MARCH.

BRIANDA. ¡Ausias March!

AUSIAS. ¡Doña Brianda!....—¡Siempre triste!

¡ siempre esa faz llorosa !
¡ siempre el dolor grabando en vuestro rostro
su huella venenosa !

BRIANDA. ¿ Sabeis de mi Felipe ?

AUSIAS. Nada.

BRIANDA. ¡ Nada !
¡ y preguntais si lloro !
y una madre , que el hijo le han robado ,
de su dicha tesoro ,
quereis que con semblante resignado
les mienta á todos calma,
cuando el dolor, que el pecho ha envenenado,
le va á pedazos arrancando el alma ?....

AUSIAS. Duéleme á fe , señora ,
el hallaros tan triste y afligida.

BRIANDA. Llorar y padecer , esta es mi vida.
Vine al mundo entre duelos y quebranto
desdichas á sembrar y sinsabores,
y, rica con la herencia de mi llanto ,
recojo una cosecha de dolores.
A fuerza de llorar , hinchados , rojos ,
llanto mis ojos niegan á mis males ,
y al verse secos ya mis lágrimales,
la sangre brota entonces de mis ojos....
¡Feliz vos , trovador , á quien las penas
no destruyen la dicha ni el reposo!

AUSIAS. (*Con sarcástica y profunda amargura.*)
Teneis razon , á fe.... ¡ Soy muy dichoso !
¡ Qué importa que el dolor esté conmigo,
y sea , en mis pesares siempre eterno,
mi mismo pensamiento mi enemigo ,
mi propio corazon mi mismo infierno !....
¡ Soy muy feliz !.... Un dia yo adoraba
á un ángel de belleza y de ternura ,
y le amaba , señora , sí , le amaba,
como ama el cielo en una noche pura

ver tachonada su extension de estrellas,
que diz que del Eterno son las huellas,
como ama el monte su quietud sombría,
y el pájaro su nido en la alameda,
y el bosque el aura leda
que le aduerme con plácida armonía,
y sus sauces el rio,
y las flores sus gotas de rocío.
En secreto mi pecho lacerado
ansiaba aquel tesoro,
aun cuando de su boca un «Yo te adoro»
no hubiera, á fe, trocado
por el harem de un opulento moro.
El clarin de la patria y de la guerra
lejos llevóme un dia,
mas do quiera su imágen me seguia.
Su recuerdo de amor era mi encanto,
mi vida de su vida dependia....
La amaba ¡ay de mí! tanto,
que llevaba la imájen de mi bella
en el pecho grabada,
cual el cielo en su azul guarda la estrella
por una eternidad allí incrustada!
Volví por fin, y cuando, enloquecido,
de amor y dicha el corazon henchido,
agotada la fuente de mis males,
iba á sus piés á deponer el alma
como un vaso de esencias virginales,
supe que, para infierno de mi vida,
su pecho como flor de la mañana
se habia abierto al sol de otros amores,
para caer, sin opresores lazos,
de otro hombre, sí, señora,
palpitante de amor entre los brazos.
Desde entonces mi vida es un tormento,
y en vano es que afanoso,

cansado de sufrir, busque un momento
de tregua, de quietud y de reposo.
Cual Tántalo en suplicio, maldecida
así yo veo trascurrir mi vida....
¡Juzgad, señora, si he de ser dichoso!...

BRIANDA. ¡Callad! ¡callad!... ¿Qué son vuestros dolores,
Ausias March, comparados con los mios?...
¿Qué montan los arroyos bullidores
junto á los turbios, caudalosos rios?....
Cruza el mundo una huérfana, sin tino,
cual flor que el viento entre sus alas lleva,
y un príncipe, que la halla en su camino,
la recoge al pasar para manceba.
Despreciada de todos, de la corte
la arrojan como yerba corrompida,
¡y va, con su hijo en brazos,
de casa en casa á mendigar su vida!
Y por fin, cuando saben que tan solo
por su hijo, que es su amor, respira y vive,
cuando la ven que, desolada y loca,
para guardar al hijo, que es su vida,
toda su sangre le parece poca,
¡se lo arrancan ¡infames! de sus brazos,
su corazon llevándose á pedazos!....
¡Esto es sufrir!.... ¡esto es penar!....

AUSIAS. ¡Señora!...

BRIANDA. (*Cada vez con más reconcentrada desesperacion.*)
¡Esto es dolor, pero dolor eterno!
¡esto es llevar consigo
el llanto por amigo,
la pena por infierno!...
(*En un arranque de dolor.*)
¡Dejadme pues! Partid... Yo soy la ola
que se arrastra impetuosa en torbellino.
Dejadme pues correr... ¡es mi destino!
Dejadme pues llorar... ¡quiero estar sola!

(*Ausias March, profundamente conmovido, no atreviéndose á turbar aquel éxtasis de dolor, se aleja por la izquierda, entrando en la cámara del príncipe.*)

ESCENA V.

Doña BRIANDA.

¡Sola, sí, con la fiebre que me abrasa!
¡sola, sí, con el llanto que me quema...!
¡sola con mi dolor insano, ardiente,
que envuelto en su anatema
arrojar quiso Dios sobre mi frente!

(*Percibe doña Brianda un lijero ruido, se vuelve, y ve girar el retrato del rey don Pedro, descubriendo la puerta de un pasadizo secreto.*)

ESCENA VI.

Doña BRIANDA, LA REINA.

BRIANDA. (*Sorprendida.*) ¿Quién es?
(*Viendo aparecer á la reina, y retrocediendo.*)
¡Eternidad de Dios!... ¡La reina!

REINA. (*Adelantándose con orgullo.*)
La reina, sí.

BRIANDA. Señora,
¿y os atreveis?....
(*Animándose por grados, y arrojándose hácia ella.*)
¡Misericordia! El cielo
os arroja á mi paso.
Mi hijo!.. Dónde está?.. Qué es de él?.. Decidlo,
decidlo por piedad, si os ha quedado

un resto solo de alma !...
¡ Vos me le habeis robado !...
¡Le quiero! ¿me entendeis?.. ¡á mi hijo quiero!..
Devolvédmelo pues, ó, enfurecida,
pues que pisar osais estos lugares,
yo misma, por mi vida,
os entrego á las iras populares.

REINA. ¡Silencio !

BRIANDA. (*Fuera de sí.*) Gritaré !...

REINA. (*Con imperio.*) ¡Silencio, digo !
¡Si dentro de un instante, desgraciada,
los mios no me ven, del hijo vuestro
rodará la cabeza ensangrentada !
Si en volver tardo, terminó su vida.

BRIANDA. (*En cuyo espíritu obran estas palabras una reaccion completa.*)
¡Ah ! nó, nó... ya lo veis... ¡me callo !... Pero
mirad por Dios que aquí no estais segura...
Llegasteis en mal hora...
¡Pueden venir... prenderos !...
¡Por Jesucristo que os volvais, señora !

REINA. (*Sonriéndose.*)
¡Segura estoy... y desechad temores!...
De este palacio los robustos muros
me ofrecen por secretos corredores
caminos subterráneos y seguros.
No temais.

BRIANDA. ¡ Es que... ved, vos lo dijisteis...
mi Felipe es rehen de vuestra vida !

REINA. Me volveré en seguida.

BRIANDA. ¡Por Dios que no tardeis !... ¡por Dios lo pido!

REINA. Pero antes os diré á lo que he venido,
pues que vine por vos.

BRIANDA. ¡Por mí !

REINA. ¡ Escuchadme !

BRIANDA. (*Mirando con angustia á todas partes.*)

¡Séd breve por piedad! ¡Compadeceos
de mi angustia, señora, y de mi llanto!

REINA. Oidme pues.

(*Bajando con misterio la voz, prosigue con acento muy seguro y tranquilo, como si se tratase de una cosa que no puede ofrecer ni asomo siquiera de duda.*)

El príncipe de Viana
es motivo de duelo y de quebranto
para el país, y, mientras viva ese hombre,
la dicha del país es cosa vana,
el público reposo es solo un nombre.
En un mar de desgracias y de horrores
la patria está sumida,
y vos sois la elegida
para acabar sus penas y dolores.

BRIANDA. (*Sorprendida.*)
¡Yo!

REINA. Vos.

(*Bajando aun más la voz, y con mayor misterio, al mismo tiempo que saca de su escarcela un pomo.*)

Mirad. Aquí os doy el veneno.

(*Movimiento de asombro por parte de doña Brianda. La reina prosigue sin inmutarse y con la misma tranquilidad que antes.*) Es activo, seguro... ¡No hay cuidado!
Muera esta noche el príncipe de Viana,
y un país desgraciado
su dicha y suerte os deberá mañana.

BRIANDA. ¡Señora!

REINA. ¿Lo entendeis?...

BRIANDA. ¡Y á mí, á una madre,
me pedís que la muerte dé inhumana
de mi Felipe al adorado padre?...

REINA. No hay tiempo que perder. Un solo instante
que en regresar yo tarde, al hijo vuestro
puede serle fatal.

BRIANDA. (*Con angustia.*) ¡Ah!

REINA. Oid. Una hora
os doy de tiempo. Decidíos pronto.
(*Poniendo el pomo sobre la mesa.*)
Aquí os dejo el veneno. ¿Ois?
BRIANDA. ¡Señora!...
REINA. Y atended bien. La vida de vuestro hijo
de vuestra decision depende ahora.
BRIANDA. ¡Eterno Dios!
REINA. Está sobre su cuello
la segur del verdugo levantada.
¿Quereis el hijo?... Pues que muera Carlos.
BRIANDA. (*No pudiéndose ya reprimir por más tiempo.*)
¡Reina infame, madrastra descastada,
vos no temeis á Dios!
REINA. (*Con horrible sonrisa.*)
No temo nada.
O el príncipe, ó Felipe. O el veneno
hoy del príncipe corta la existencia,
ó el alma de ese sér que al mundo disteis
envío yo de Dios á la presencia.
BRIANDA. (*Levantando sus manos al cielo.*)
¿Y á esa hiena, Dios mio, hicisteis madre?
REINA. (*Señalando la antorcha que arde delante del balcon.*)
¿Veis esa luz?... Miradla bien. En ella
del hijo vuestro están la muerte y vida.
De lo que aquí vuestro ánimo decida,
será ella la señal. Si dentro un hora
sigue esa luz brillando irradiadora,
indicará que el príncipe agoniza,
y el hijo vuestro vivirá, señora;
mas si antes esa luz veo apagada,
será que vos quereis que Carlos viva,
y morirá Felipe.
BRIANDA. ¡Desdichada,
desdichada de mí!.... ¡Pero es infame,
es vil lo que exigís!

REINA. Yo nada exijo.
Elegid vos.
BRIANDA. ¡Envenenar al príncipe!
REINA. (*Dando algunos pasos para retirarse.*)
¡Matad la antorcha, y morirá vuestro hijo!
BRIANDA. ¡Cortar de mi Felipe yo los dias!
¡Yo! ¡yo, su madre misma,
cuando diera mi sangre por salvarlos!
REINA. (*Desde la puerta secreta.*)
¡Dejadla pues arder, y muera Carlos!
(*Entra rápidamente en el pasadizo, y la puerta se cierra tras ella, volviendo el retrato á su antiguo sitio.*)

ESCENA VII.

Doña BRIANDA.

(*Contemplando el lugar por donde ha desaparecido la reina.*)
Para mi mal á esa mujer malvada
abortaron las Furias del averno...
¡Oh, reina infame! ¡madre despiadada,
maldita seais en nombre del Eterno!
(*Bajando al proscenio.*)
¡Horror! ¡horror!.. ¡Los tigres carniceros
deben ser mas humanos, menos fieros
que esa inicua mujer aborrecida,
entre odios y venganzas educada,
para fruto del mal solo nacida,
y por hienas sin duda amamantada!....
(*En el paroxismo de su dolor.*)
¡O enveneno yo al príncipe mi amante,
ó matarán á mi hijo!.... Dios del cielo
Dios de inmensa bondad, ¿cómo esos rayos
que en la preñada nube tu ira encierra,

envueltos en tu cólera no bajan
de tales monstruos á purgar la tierra?...
(*Su vista se fija en el pomo que está sobre la mesa y lo coge con desesperacion.*)
Este veneno.... ¡horror!.... Este veneno
para matar á Carlos me lo dieron.. .
¡Matarle yo!.... ¡yo misma!... ¡Miserables,
que capaz de ese crímen me creyeron!
(*Arroja el pomo lejos de sí y clava una mirada en la antorcha*).
¡Oh! que viva esa luz. ¡Haced, Dios mio,
que la luz de esa antorcha sea eterna!....
Esa luz es mi vida....—
Y si, al saber mañana
que vive aun el príncipe de Viana,
á mi hijo....
(*Interrumpiéndose bruscamente con un principio de delirio.*)
¡Cielo santo!
esa antorcha se apaga.... ¡Yo deliro!
A través de mi llanto
un resplandor de sangre en torno miro....
Si eres bueno, Señor, un rayo envía
para mí. Mátame. ¡Mi alma te invoca!....
Arde mi sien.... mi mente se extravía....
¡Yo necesito orar!.... ¡Me vuelvo loca!....
(*Vase precipitadamente por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VIII.

NOGUERAS, AUSIAS MARCH.

(*Salen de la habitacion del príncipe.*)

AUSIAS. Antes de partir, señor
protonotario del rey,
quisiera yo que una audiencia

me otorgaseis á mi vez.

NOGUERAS. Dispuesto estoy á escucharos.
¿En qué os puedo complacer?

AUSIAS. Seré breve. ¿Recordais
si estuvisteis otra vez
en Barcelona?

NOGUERAS. No acierto....

AUSIAS. Pensad.....

NOGUERAS. Nó.

AUSIAS. Pensadlo bien.

NOGUERAS. Que no me acuerdo, os repito.

AUSIAS. Estais trascordado. Fué
una noche, noche horrible,
en que á una pobre mujer
robáronle un hijo gentes
que quizá vos conoceis.

NOGUERAS. (*Con calma completa.*)
No entiendo lo que decís.

AUSIAS. Pensad bien....

NOGUERAS. Ya lo pensé.

AUSIAS. Hablemos claros, Nogueras.

NOGUERAS. Esto quiero yo tambien.

AUSIAS. A doña Brianda de Vaca,
supongo sabeis quién es,
vos le robasteis el hijo....

NOGUERAS. (*Fingiendo sorpresa.*)
¡Yo!

AUSIAS. Vos.

NOGUERAS. ¡Don Ausias!

AUSIAS. Lo sé.
Y me importa averiguar,
Nogueras, qué ha sido de él.

NOGUERAS. ¿Y por un ladron de niños
me tomais á mí?

AUSIAS. Sí á fe.

NOGUERAS. Estraño...

AUSIAS. Y á mi me estraña
que tan rehacio os mostreis
cuando veis que en este asunto
sé cuanto puedo saber.
La reina os mandó robarle,
lo sé bien, no lo negueis.
NOGUERAS. ¿Puedo serviros, decid,
en otro asunto?
AUSIAS. ¿Por qué?
NOGUERAS. Porque no hay más que hablar de este.
AUSIAS. Con que ¿no puedo saber?....
NOGUERAS. Ignoro de que me hablais.
AUSIAS. ¿Con que nada?...
NOGUERAS Nada.
AUSIAS. Bien.
Si algo os sucede, Nogueras,
á vos os lo deberéis.
NOGUERAS. ¿Teneis algo que mandarme?
AUSIAS. Gracias.
NOGUERAS. (*Disponiéndose á salir.*) El Señor os dé
la dicha y paz que os deseo.
AUSIAS. Y á vos lo que hais menester.

(*Nogueras se va por la segunda puerta de la izquierda. Así que ha salido, Ausias March se dirige al balcon, arranca la antorcha, y la tira al suelo, apagándola.*)

AUSIAS. Tú lo quisiste, Nogueras.
¡Cúmplase el destino pues!

ESCENA IX.

DOÑA BRIANDA, AUSIAS MARCH.

(*Doña Brianda sale de su habitacion, pálida, débil, sin fuerzas, y se queda en el umbral, apoyándase en el respaldo de un*

sillon. Ausias March la contempla compasivamente.)

BRIANDA. ¡Ay! la oracion no es bálsamo del alma
para aquel corazon que sufre y llora!
¡Yo he rezado, Señor, y sin embargo
el sufrimiento y el dolor me ahogan!

AUSIAS. (*Entre sí.*)
¡Doña Brianda! ¡Dios mio, cuánto sufre
esa pobre mujer!

BRIANDA. (*Notando que falta la antorcha que habia delante del balcon y despidiendo un grito horrible.*) ¡Misericordia!
¡La antorcha!.... ¡Cielos!

Recorre la escena con una mirada delirante y se arroja hácia el balcon.)

AUSIAS. (*A quien no ha visto aun doña Brianda.*)
¿Qué es lo que pasa?

BRIANDA. (*Recorriendo delirante la escena.*)
¡La luz!... ¡la antorcha!...

AUSIAS. ¡Cielos! ¿está loca?
(*Adelantándose.*)
Señora, oid....

BRIANDA. (*Mirándole de hito en hito.*)
¡La luz!... ¡la luz!... Don Ausias,
decid, decid, ¿quién apagó esa antorcha?....

AUSIAS. (*Asombrado.*)
Yo la apagué, mas....

BRIANDA. (*Retrocediendo horrorizada.*)
¡Vos!.... ¡Bondad divina!
¿Fuisteis vos?....

AUSIAS. ¡Doña Brianda!

BRIANDA. ¡Vos!

AUSIAS. ¡Señora!

BRIANDA. ¡Apartad! ¡Os detesto.... y os maldigo!

AUSIAS. (*Aterrado.*) ¡Dios mio!

BRIANDA. (*Fuera de sí.*) Sí... mi corazon os odia.
¡Habeis muerto á mi hijo!

AUSIAS. ¡Yo!....

BRIANDA. ¡Que el cielo
sobre vos lance el rayo de su cólera!
¡Huid de mí!

AUSIAS. (*Con desesperacion.*) ¡Señora!

FELIPE. (*Dentro.*) ¡Madre mia!

(*Doña, Brianda, á quien el lejano grito de su hijo sorprende en el acceso más vivo de su dolor y en el instante en que iba á proseguir sus imprecaciones contra Ausias March, se queda inmóvil, en la misma actitud, no acertando á comprender lo que le pasa. Reina un momento de solemne silencio.*)

BRIANDA. ¡Es ilusion!.... ¡Dios mio! ¿estaré loca

ESCENA X.

DOÑA BRIANDA, AUSIAS MARCH, BRANT y FELIPE por la segunda puerta de la derecha.

(*Doña Brianda, al ver á Felipe, le coge en sus brazos con todo el frenesí y toda la expansion del cariño maternal.*)

FELIPE. ¡Madre!

BRIANDA. ¡Hijo mio!

BRANT. ¡No ha sido
sin pena, cuerpo de Dios!
(*A Ausias.*)
¿Cumplí?

AUSIAS. Cumpliste lealmente.
¡Gracias, Brant! (*Tendiéndole la mano.*

BRIANDA. (*Cayendo de rodillas con su hijo en brazos.*)
¡Gracias, Señor!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

25 DE SETIEMBRE DE 1641.

Salon en el palacio real de Barcelona. En el fondo se halla la capelardente en que está depositado el cadáver del príncipe de Viana. Una gran cortina de terciopelo negro con franjas de oro encubre á los espectadores la capelardente. Todos los muebles que hay en la escena están cubiertos de luto, y tapices negros cuelgan ante las puertas. En primer término, á la derecha, una gran ventana gótica. Junto á ella una puerta, y otras dos á la izquierda. En el fondo seis antorchas encendidas, colocadas en otros tantos trípodes de hierro. Luces sobre la mesa. Al levantarse el telon acaban de dar las doce de la noche.

ESCENA PRIMERA.

BRANT, de centinela de honor, paseándose por el fondo del salon, con su azcona terciada.

BRANT. Otra vez la causa perdida. El príncipe ha

muerto, y la reina triunfa. ¿Es posible que no haya justicia en el cielo?... ¡Pobre don Carlos! (*Se enjuga una lágrima.*) ¡Oh! no rayará el alba sin que hayamos vengado su muerte. Sí, Dios es justo, y nos permitirá ejercer sangrientas represalias.

ESCENA II.

BRANT, ROMADÁ por la primera puerta de la izquierda.

BRANT. ¿Quién es?

ROMADÁ. Soy yo: Romadá.

BRANT. ¡Gracias á Dios que has llegado!

ROMADÁ. ¿Me esperabais ya?

BRANT. Con impaciencia. ¿Qué tenemos?

ROMADÁ. Todo sigue en el mismo estado. No hay novedad.

BRANT. ¿Pero teneis todavia cercada la casa de don Galceran de Requesens?

ROMADÁ. Y con los pájaros dentro. No hay cuidado: no se escaparán.

BRANT. ¿Nadie ha salido de ella?

ROMADÁ. Nadie. Sin duda cuando Gabriel les vió y conoció, entraban en la casa para entregarse al descanso. Ya veréis como no me equivoco: solo saldrán á la madrugada, á la hora en que se abren las puertas de la ciudad.

BRANT. ¿Todos nuestros amigos están ya apostados?

ROMADÁ. Todos, señor Brant: os respondo con mi cabeza de que no se nos escaparán esta vez. A pesar, de que mejor hubiera sido seguir mi consejo.

BRANT. ¿Cuál?

ROMADÁ. El de allanar la casa, ó á lo menos el de pegarle

fuego y achicharrar á todos los que hay dentro.

BRANT. ¿Estás en ti, Romadá?... Es la casa de un ciudadano de Barcelona.

ROMADÁ. Pero es la casa de un traidor, y da asilo á dos traidores.

BRANT. Esto nó, nunca. El pueblo catalan no debe apelar al allanamiento ni al incendio, y menos aun cuando se trata de una causa justa.

ROMADÁ. Sin embargo...

BRANT. Desecha esas ideas. Nos vengaremos cuando les tengamos en la calle, en nuestro terreno. Allí es donde son nuestros.

ROMADÁ. En fin... sea como vos querais, pero yo creo que hubiera sido mejor seguir mi consejo. Oid. ¿Es allí donde tienen el cadáver del príncipe de Viana? (*Señalando la capelardente.*)

BRANT. Sí.

ROMADÁ. ¿Le habreis visto, supongo, pues que estais de centinela de honor?

BRANT. Si.

ROMADÁ. ¡Si pudieseis dejármelo ver, Brant!...

BRANT. No puede ser.

ROMADÁ. Me contentaria con tocar solo su féretro. Dicen que ha muerto en olor de santidad.

BRANT. No puede ser, te repito, Romadá. La consigna manda. Y ahora, vete: van á venir cuanto antes á relevarme. Así que esté libre, iré á reunirme con vosotros, y tendrá lugar la justicia del pueblo.

ROMADÁ. No tardeis.

BRANT. Nó. Álguien viene. Vete.

(*Romadá se va por donde ha entrado.*)

ESCENA III.

BRANT, AUSIAS MARCH por la puerta de la derecha.

AUSIAS. ¡Brant!
BRANT. ¡Señor!
AUSIAS. Vengo á relevarte. Puedes irte cuando quieras.
BRANT. ¿Me será permitido salir de palacio para no volver en toda la noche, señor?
AUSIAS. ¿A dónde tienes que ir?
BRANT. A cazar.
AUSIAS. ¡Brant!
BRANT. A cazar, señor. Tengo tendida una red, y espero hacer buena presa.
AUSIAS. ¿Qué proyectos son los tuyos?
BRANT. Tres meses tuve que lidiar, bien lo sabeis, para apoderarme del hijo de doña Brianda y del desdichado príncipe de Viana. Pasé estos tres meses rondando en torno de la torre donde le tenian prisionero, sufriendo hambre, sufriendo sed, sufriendo frio, durmiendo sobre la nieve y alimentándome de lo que Dios me deparaba en aquel desierto. Hice entonces un juramento, señor. Juré que si Dios ponia alguna vez á dos personas en mi camino, á nadie más que á mi brazo encomendaria la venganza que debia tomar de ellas.
AUSIAS. ¿Y bien?
BRANT. ¡Y bien! Dios ha satisfecho mis deseos, y voy á cumplir mi juramento.
AUSIAS. ¿Qué personas son esas, Brant?
BRANT. Es mi secreto, señor.

AUSIAS. (*Después de una breve pausa.*) ¡Vete pues, y que Dios te guie!

BRANT. Él quede con vos.

(*Vase por la puerta primera de la izquierda.*)

ESCENA IV.

AUSIAS MARCH.

(*Permanece meditabundo un instante. En seguida se encamina hácia el fondo, y dice, dirigiéndose á la capelardente:*)

¡Duerme en paz, mártir del odio de una madrastra y del error de un padre! Tu fiel trovador, tu leal capitan, el que por ti, príncipe mio, convirtió su corazon en una tumba, viene hoy á velar tu sueño eterno en el lecho de muerte, como veló tu lijero insomnio al pié de tu tienda en el campo de batalla y fatigoso letargo en el destierro! ¡Duerme en paz, Carlos de Viana, príncipe ilustre y desventurado, cuya espada era una triunfante bandera y cuyo nombre era una santa causa!

ESCENA V.

AUSIAS MARCH, DESTORRENTS.

(*Destorrents sale por la primera puerta de la izquierda.*)

DESTOR. ¡Capitan!

AUSIAS. ¿Sois vos, Destorrents?...

DESTOR. Barcelona está cada vez más agitada. Cuarenta horas hace apenas que ha exhalado su último

suspiro el malogrado príncipe, cuya muerte lloramos todos, y ya los parciales de la reina se mueven y bullen, propalando que el príncipe don Fernando debe ser nombrado lugarteniente y gobernador general del Principado, siendo así que es menor de catorce años, por cuyo motivo le está vedado ejercer la jurisdiccion civil y criminal.

AUSIAS. ¿Pero esto qué les importa al rey y á la reina? ¿No sabeis por ventura que el camino que ellos siguen con más gusto es el que mas les aparta del de la ley?

DESTOR. El pueblo se irrita con estas voces, don Ausias: en Barcelona debe de hallarse á estas horas algun agente de la reina encargado especialmente de solevantar los ánimos.

AUSIAS. Quizá la misma reina en persona.

DESTOR. ¡Como! ¿Se atreveria?....

AUSIAS. ¿Ella? ¿Pues cuando ha dejado de entrar y salir de la ciudad, segun mejor le ha convenido?.... No en Barcelona, sino en este palacio se halla tal vez en este momento. Quizás ahora mismo nos está viendo y escuchando.

DESTOR. ¡Don Ausias!

AUSIAS. No os quede duda, conceller. Las entradas y salidas de Barcelona, lo mismo que las de este palacio, le son conocidas y familiares. Tiene las llaves de puertas secretas, y conoce la entrada de ignorados pasadizos que guian á las cámaras principales de este palacio. Cuenta á más en Barcelona, particularmente entre los nobles, con numerosos amigos, con leales partidarios que protejen todos sus manejos.

DESTOR. Es una mujer astuta.

AUSIAS. Es una mujer infernal. Se ha propuesto asegurar el trono de Aragon y Navarra á su hijo Fer-

nando, y no hay dique que no sea capaz de vencer para conseguir su fin. * Dos obstáculos *principales se oponian á ello: el príncipe de *Viana y las libertades de Cataluña....El pri- *mero allí está ya (*señalando la capelardente*), *detrás de aquella cortina negra, envuelto en *una mortaja y tendido en un féretro. En cuanto *al segundo, en cuanto á las libertades de Ca- *taluña, esa mujer orgullosa tratará de espar- *cirlas al viento como un soplo de huracan, en *un dia tempestuoso de otoño, desparrama por *el aire el puñado de hojas secas que encuentra *en su camino.

DESTOR. *¡No será así, vive Dios! Todo el entusiasmo *patrio que nutren los corazones de los cata- *lanes leales, se alzará contra esa mujer odiosa, *y sobre ella caerán á un tiempo las iras y el *anatema de la patria.

AUSIAS. *Dios quiera que asi sea. Por el pronto, ya lo *veis, agentes secretos tratan de sembrar la dis- *cordia entre los ciudadanos de Barcelona. De *seguro que está aquí la misma reina, y de se- *guro tambien que se halla aquí Nogueras, que *es el alma condenada de esa mujer.

DESTOR. *Si en efecto se hallan aqui, deben pedirle á Dios *que no sean descubiertos. En el estado en que *se hallan los ánimos, ni la reina ni Nogueras *podrian obtener clemencia si el pueblo llegaba *á apoderarse de ellos. Nosotros mismos, el *Con- *sejo de Ciento*, seria impotente para reprimir las *iras populares, y nuestra causa se veria man- *chada por una horrible justicia del pueblo que *haria estremecer á la historia* A la reina y á Nogueras se les acusa públicamente de haber administrado yerbas al príncipe de Viana. Ninguna duda le queda al pueblo de que el

príncipe ha muerto envenenado, y hé aquí porque veis á las gentes precipitarse en masa á las puertas de este palacio, pidiendo ver y besar el féretro del que todos llaman mártir y santo.

AUSIAS. Y creo que el pueblo tiene razon, como lo creeis vos mismo, Destorrents. Yo se más aun : sé que la reina estuvo un dia en este palacio , donde entró secretamente por uno de los ignorados pasadizos de que os hablaba , y quiso obligar á una persona muy allegada al príncipe á administrarle á éste un veneno. No pudiendo conseguirlo entonces , ella ó Nogueras se habrán procurado relaciones con algun servidor infame como ellos, y le habrán sobornado para que diera muerte al desventurado don Carlos.

DESTOR. Si antes de morir á lo menos hubiese el príncipe legitimado al hijo que ha tenido en doña Brianda....

AUSIAS. ¡Doña Brianda! ¡Hé aquí otra pobre mártir!..

DESTOR. Entonces tendríamos una bandera , tendríamos una causa.

AUSIAS. ¿Por ventura no tenemos una y otra en las sacrosantas libertades de este país que un monarca ciego y una reina malvada tratan de conculcar ? ¿ Qué mejor causa que esta cuando tenemos ya en pié un ejército con el conde de Pallás al frente para sostenerla?

DESTOR. Es verdad.

AUSIAS. Aquí viene el conde. Veamos si sus ideas fraternizan con las nuestras.

ESCENA VI.

Dichos y EL CONDE DE PALLÁS por la puerta de la derecha.

DESTOR. Salud , conde.

PALLÁS. ¡Destorrents! ¡Don Ausias!...
Bien hallados, mis nobles compañeros.
Difícil situacion es hoy la nuestra:
por esto os quise hablar aquí en secreto...
(*Después de haberse asegurado de que no hay nadie en el salon.*)
Responded. ¿Con el príncipe de Viana
las esperanzas de la patria han muerto?..
AUSIAS. Nó.
DESTOR. Nó.
PALLÁS. ¿Valor os queda?
DESTOR. Siempre laten
llenos de fe los catalanes pechos.
Si al príncipe de Viana esos malvados
la muerte dieron con letal veneno,
no la han dado á la causa noble y santa
que siempre fué la norma de este pueblo.
Siempre, sí, por sus santas libertades
el catalan combatirá soberbio.
PALLÁS. Pláceme que así hableis. Pláceme oiros.
De esa reina malvada los manejos
así se estrellarán al pié del muro
que labrarnos sabrán nuestros aceros.
Confiemos pues en Dios y en la justicia
que dan á nuestra causa dos objetos:
libertar al país de los tiranos,
y al príncipe vengar.
DESTOR. Le vengaremos.
PALLÁS. ¡Que no muera la causa!
AUSIAS. Nunca mueren
las causas nobles en los nobles pueblos.
PALLÁS. ¿Así pues, Destorrents, con Barcelona
podemos contar todos?
DESTOR. Desde luego.
(*Don Ausias se acerca á la ventana, y la abre de par en par.*
AUSIAS. Acercaos aquí. Venid, don Hugo.
¿De la luna á los pálidos reflejos

no veis alzarse una ciudad soberbia
que dibuja las torres de sus templos,
del mar sumiso que sus plantas baña,
en el cristal de su plateado espejo?...
Vedla, don Hugo, bien. Es Barcelona...
la que arrullan, dormida en sus recuerdos,
las trompas de la fama con sus sones,
las brisas de la gloria con sus besos.
Esa es pues la ciudad que de los mares
siempre ha empuñado victoriosa el cetro;
esa es pues la ciudad que, ébria de orgullo,
ha visto entrar triunfantes en su puerto
á los Laurias, los Lanzas, los Moncadas,
que al entrar vencedores, tras sus leños,
cual enebradas perlas, arrastraban
una sarta de buques prisioneros.
Y esa ciudad altiva que ha paseado
por las llanuras de ese mar inmenso
las gules barras de Aragon triunfantes,
de gloria cuna, de heroismo ejemplo,
llevando á los confines más remotos
con su poder la fama de sus hechos,
¿quereis que soñolienta, aletargada,
hoy se deje arrancar por los perversos
sus santas libertades una á una?...
¿Quereis que con desdoro de este pueblo
hoy admita semilla de tiranos
ella, que nunca ha conocido siervos?...
No será, ¡vive Dios!... ¿Cuándo habeis visto
que el leon se preste á que le pongan hierros?

DESTOR. Tiene razon, don Ausias, yo lo fio.
De Barcelona el pueblo está dispuesto
á lidiar por sus patrias libertades,
formándoles un muro con sus pechos.

PALLÁS. Supuesto que es así, sea en buena hora.
El pendon de la patria enarbolemos,

y, al rayo de la aurora, que esté pronto
para ponerse en marcha nuestro ejército.
Dad vos mismo las órdenes, don Ausias,
pues sois mi capitan y consejero.
Decid á todos que al romper el alba,
del bélico clarin oirán los ecos,
y acaso les presente yo un caudillo
que pueda reemplazar al que ya ha muerto.

DESTOR. ¿Qué pretendeis?...

PALLÁS. Arcano es todavía.
Respetadme, don Pedro, mi secreto.
Y ahora pues, oid. Por la memoria
de nuestro amado príncipe juremos
vengarles y libertar á Cataluña
de los que quieren oprimirla fieros,
como leales venciendo en la batalla,
ó en ella pereciendo como buenos.
(*Descubriéndose y estendiendo su mano derecha.*)
¡Yo el primero lo juro por la patria!

AUSIAS. (*Descubriéndose á su vez y estendiendo tambien su diestra.*)
¡Yo por la libertad!

DESTOR. (*Tendiendo su mano derecha pero sin descubrirse.*)
¡Yo por los fueros!

(*La situacion de los personajes en este momento es la siguiente: Destorrents está en el centro. Pallás á su derecha y Ausias March á su izquierda. Permanecen todos con sus manos estendidas hasta que vuelve á hablar Destorrents.*)

PALLÁS. ¡Castigue el cielo al que á su voto falte!

DESTOR. ¡Y admita Dios la fe del juramento!

(*Destorrents y Ausias se van por la primera puerta izquierda.*)

ESCENA VII.

EL CONDE DE PALLÁS.

Debo hacerlo... No hay medio...
Mi conciencia y mi honor así lo exigen.
Reparar debo el mal que le hice un dia.
Si era duelo y tormento
lo que la patria entonces le exigia,
hoy mismo aquí mi acento
trocará su dolor en alegría.
(*Mirando hácia la segunda puerta de la izquierda.*)
Ella se acerca ya.

ESCENA VIII.

PALLÁS, Doña BRIANDA por la segunda puerta de la izquierda.

BRIANDA. Me habeis llamado,
y héme aquí pues.
PALLÁS. Señora,
perdonadme por Dios si vengo osado
vuestro dolor á renovar ahora.
Si á esta fúnebre estancia os he traído
y vuestra mente aquí, que el dolor mueve,
objetos de tristeza en torno mira,
es que mi voz aquí resonar debe,
pues el que yace allí mi acento inspira.
BRIANDA. El objeto de nuestra conferencia
no me atrevo siquiera á preguntaros.
PALLÁS. (*Señalando la capelardente.*)
Os traigo de su tumba á la presencia,

que en nombre de la patria vengo á hablaros.

BRIANDA. (*Con acento de dolor.*)
¡Su tumba!... sí, es verdad... Pálido, yerto,
mi esposo... nó, mi esposo nó... mi amante
descansa allí... Su corazon ha muerto...
Helado está su seno palpitante.
¡Y apenas á su tumba me he llegado!...
Ni siquiera mis lágrimas copiosas
á los ojos del mundo he derramado,
que esto solo le es dado á las esposas
¡y á las mancebas les está vedado!...

PALLÁS. Treguas dad al dolor por un momento.
Escuchadme, señora...
Guiado por noble intento,
como vine otra vez, yo vengo ahora.

BRIANDA. ¿Qué me exige la patria?

PALLÁS. Hoy quiere devolver á vuestro nombre
el brillo que por ella habeis perdido.
El pueblo catalan esta mañana
pendones alzará, de gozo henchido,
por la viuda del príncipe de Viana
y por vuestro Felipe tan querido.

BRIANDA. Mas, conde, reparad que eso es locura,
ilusion engañosa,
y os complace jugar con mi amargura,
que viuda no es la que no ha sido esposa.

PALLÁS. (*Sacando de su escarcela la bula del Padre Santo que doña Brianda le dió en la escena décima del primer acto.*)
Su esposa fuisteis, sí. Hé aquí la bula
que me disteis un dia.
Yo os la devuelvo.

BRIANDA. ¿Y á la patria mia
hoy quereis ver sumida en los horrores
que evitar antes vuestro amor queria?...
¡Inconsecuente estais!

PALLÁS. De ningun modo,
Hoy es preciso lo que entonces no era.
Para nosotros, para el pueblo todo,
el príncipe fué siempre una bandera.
Que lo sea á su vez el hijo suyo.
Con él saldremos á pelear mañana.

BRIANDA. La bandera del príncipe de Viana
era la libertad.

PALLÁS. Tambien la nuestra.
Mas, reparad, señora....

BRIANDA. ¡Es desvarío!
Inflexible seré. Ya que su padre
legitimar no pudo al hijo mio,
no lo ha de hacer, pues él murió, su madre.
Su esposa yo no he sido: su querida
me llama el mundo... sí, tal fué mi suerte...
Si este título de él no tuve en vida,
usurparlo no debo yo á su muerte.

PALLÁS. Dejad esas razones...
Señora, este papel.... vedlo... es un trono.
Yo os doy con él un pueblo de leones.
La catalana juventud guerrera
sabrá arbolar ufana
de vuestro hijo, señora, la bandera,
y morirá, si es fuerza, placentera
por el hijo del príncipe de Viana.
Argucias pues sofísticas dejemos.
Cuando seamos, señora, los más fuertes,
razon, no lo dudeis, razon tendremos.

BRIANDA. Y de estragos, de duelos y de muertes
la patria sembraremos.
Y la historia diria:
«El pueblo catalan alzóse un dia,
y combatió furioso y denodado,
y ante el mundo, asombrado con la nueva,
un trono levantó en sangre manchado

y sentó en él á un hijo de manceba....»
Nó, conde, no insistais; vos sois mi amigo,
y no olvideis lo que á mi vez os digo:
cuando un pueblo aguerrido se levanta,
y al enemigo á cruda lid provoca,
si la causa es del pueblo, es causa santa,
si la causa es de un hombre, es causa loca.

PALLÁS. ¡Por Dios! ¡por Dios! no destruyais demente
el porvenir de un hijo, yo os lo ruego.
Yo os lo demando en nombre de su padre.

BRIANDA. Y en nombre de su padre yo os lo niego.
Reina no quiero ser: quiero ser madre.
Yo quiero que mi hijo sea honrado.
No quiero yo en su abono
un título usurpado,
y de esa patria que le ofrece un trono,
pues rey no puede ser, será soldado.

PALLÁS. (*Alargándole el pergamino.*)
Por vez postrera, Brianda, yo os lo ruego.
Esta bula aceptad.

BRIANDA. (*Tomando el pergamino.*) Oidme, conde.
Un dia á mi vinisteis,
y en nombre de la patria me pedisteis,
para evitarla crueles sinsabores,
de este papel el no aceptar los lazos....
Para evitarla pues nuevos horrores,
hoy esta bula rasgo yo á pedazos...

(*Rasga el pergamino, y esparce sus fragmentos por el suelo.*)

PALLÁS. (*Con dolor profundo.*)
¡Señora!

BRIANDA. Yo á mi misma me lo exijo.
Pues bandera teneis sagrada y bella,
injusto fuera posponerla á mi hijo.
Santa causa teneis: pelead por ella!...
No quiero yo por una loca gloria
sembrar desdichas en la patria mia....

No quiero yo ser maldecida un dia
por la posteridad y por la historia.

PALLÁS. Señora, sabe el cielo
que admiro esa nobleza,
mas á la par profundo desconsuelo
ha producido en mí vuestra grandeza.

BRIANDA. Nó, conde. Yo he cumplido
como el deber más santo lo exijia:
mi conciencia tranquila me lo dice.
¡Segura estoy que de su tumba fria
el príncipe me aprueba y me bendice!
Y ahora id. Por mis amigos fieles
yo alzaré siempre á Dios mi humilde voto.
Id á la guerra á conquistar laureles...

PALLÁS. *(Como insistiendo todavía.)* ¡Señora!...

BRIANDA. *(Señalando los fragmentos del pergamino esparcidos por el suelo.)*
¡Está ya roto!..

PALLÁS. ¡Adios, señora!

BRIANDA. *Tendiendole una mano, que el conde besa con respeto.)*
¡Adios!

(El conde se va por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX.

DOÑA BRIANDA

(Luego que el conde ha salido, se dirige hácia la capelardente, y dice con reconcentrado dolor.)

¿Estás contenta,
preclara sombra de mi ilustre amante?..
¿Del cáliz de esas luchas de amargura
las heces he apurado ya bastante?..
¡Nó, ya lo sé, que otra terrible prueba
aun me reserva mi destino impío!

ESCENA X.

DOÑA BRIANDA, AUSIAS MARCH.

(*Ausias March entra en la escena por la primera puerta de la izquierda, y se detiene un momento en el umbral.*)

AUSIAS. ¡Señora!
BRIANDA. (*Ap.*) ¡Él es! ¡Dadme valor, Dios mio!
AUSIAS. (*Adelantándose.*) Pronto á partir, señora,
pues que el clarin guerrero
al despuntar de la rosada aurora
dictará su deber al caballero,
viene á cumplir con vos el fiel amigo.
BRIANDA. ¿Partís, don Ausias?
AUSIAS. Sí, para la guerra.
BRIANDA. Dolor profundo vuestro acento encierra,
AUSIAS. Es que siempre el dolor marchó conmigo,
mi compañero fiel siendo en la tierra.
Yo soy aquel, señora,
que, cuando el huracan con furia aleve
su cólera despliega asoladora,
descalzo voy sobre la helada nieve,
el furor de encontrados elementos
desafiando tranquilo en mi fiereza,
y desnuda entregándole á los vientos
para jugete suyo mi cabeza.
Yo soy aquel que de un amor extraño
sintiendo siempre el corazon nutrido,
en gozarme en su mal me he complacido,
pues que, cuanto mayor ha sido el daño,
mayor en cambio mi placer ha sido.
No son mis penas para mí fatales.
Cifro en mi mal mi mayor bien; de suerte,

que á mi dolor pudiendo darle muerte,
no se la doy por no acabar mis males.

BRIANDA. Mas, ¿por qué en ilusion engañadora
vuestros dolores á ese amor os ligan?..

AUSIAS. *Porque el amor que abrigo yo, señora,*
no es el amor que los demás abrigan.
Esto os dije yo un dia. Recordadlo.
Y, puesto que hoy me impele mi destino,
voy mi secreto á descubrir.

BRIANDA. Guardadlo.
El secreto no sé, mas lo adivino.
Presa de amor ardiente, inestinguible,
á una mujer amasteis
prendido de sus ojos en los lazos,
y al írselo á decir ¡ay! la encontrasteis
libando amor de un vuestro amigo en brazos.
Callasteis y sufristeis:
el amor escondisteis
de vuestro corazon en lo profundo,
y á vuestros labios ni una sola queja
oyó de entonces murmurar el mundo.
Ella, el secreto amor de vuestra vida,
perdió su protector, perdió su amante,
y al verla sola, pobre y desvalida,
á su lado volasteis anhelante....

AUSIAS. (*Apresurándose á interrumpirla.*)
Diciéndola: «Señora,
pues el hado inhumano
á vuestro protector os roba ahora,
yo puedo serlo, si aceptais mi mano.»

BRIANDA. Y ella esa mano rehusó.

AUSIAS. (*Aterrado.*) ¡Dios mio!

BRIANDA. Para deciros á su vez: «Mañana
dirá esa corte fiera y orgullosa:
–¿Veis de Ausias March el trovador la esposa?
¡Manceba fué del príncipe de Viana!»

AUSIAS. ¡ Señora !
BRIANDA. Sí, por Dios, que lo dirian ,
y al decirlo , Ausias March , razon tendrian.
AUSIAS. Señora, yo á la corte tengo en poco.
BRIANDA. ¡ Callad , callad , don Ausias !... ¡ Estais loco !
AUSIAS. ¡ Dura es mi estrella y á la par siniestra !
BRIANDA. De vos no puedo ser , porque seria
si vuestra dama , la deshonra mia ,
si vuestra esposa , la deshonra vuestra.
AUSIAS. ¿Hasta cuándo en mi mísero destino
ha de pesar , Señor , tu mano airada?
BRIANDA. Tambien , don Ausias , tengo yo mi síno.
Ya mi resolucion está tomada ,
y es distinto del vuestro mi camino.
Cuando al brillar la luz de la mañana
á la lid el clarin á vos os llame,
yo oiré sonar la voz de la campana
que, ofreciendo á mi fe puerto tranquilo ,
me abrirá misteriosa
de un monasterio el ignorado asilo.
AUSIAS. ¡ Señora !
BRIANDA. Desterrad del alma vuestra
la llama de ese amor hoy revivida
que crueles desengaños estinguieron.
AUSIAS. (*Con pasion.*)
Jamás , señora , la sentí estinguida:
viva y eterna la guardó mi pecho
á pesar de esos crueles desengaños,
con arrugas escritos en mi frente ,
como del cráter en el hondo lecho
viva y eterna siempre , años tras años ,
duerme la lava del volcan ardiente.
Mi amor vive en el alma , sí , señora ,
como cuando nació ..... puro y sagrado....
más bello que al nacer , pues que ha vivido
por las brisas de un sueño acariciado ,

por las delicias de un Eden nutrido,
por las flores del alma perfumado.
Le guardé de mi pecho en la clausura,
como la llama de sus patrios lares
eterna siempre, inestinguible, pura,
guardaban los gentílicos altares,
y hoy nace al mundo y á la luz del dia
á ostentar su candor y lozanía,
de su misma fragancia fuente hermosa,
envuelto en las primicias de sus galas,
como nace la amante mariposa
batiendo al sol sus deslumbrantes alas.

BRIANDA. Guardad pues ese amor en lo profundo
de vuestro pecho.

AUSIAS. ¡Por piedad, señora!

BRIANDA. Guardadle pues, y que lo ignore el mundo,
como ignorarlo pudo ya hasta ahora.
Nada ya de comun habrá en la tierra
entre los dos. Presté mi juramento.
Para vos los laureles de la guerra,
y para mí la celda de un convento.

AUSIAS. ¡Piedad de mí, señora!

BRIANDA. Lo he jurado.
Mas.... en recuerdo de ese amor profundo,
voy, Ausias March, á haceros un legado.

(*Se va por la segunda puerta de la izquierda y vuelve á salir en seguida con su hijo Felipe.*)

ESCENA XI.

AUSIAS MARCH, DOÑA BRIANDA, FELIPE.

FELIPE. ¡Madre!

BRIANDA. ¡Vén, vén, hijo mio!

FELIPE. ¡Dios del cielo! ¿Llorais, madre?

BRIANDA. (*Llegándose á Ausias March, que permanece inmóvil, abismado en su dolor, le presenta su hijo, y le dice con doloroso acento:*)

Don Ausias, os lo confío.
¿Quereis servirle de padre?

FELIPE. ¡Madre!

AUSIAS. (*Con vehemencia.*) Señora, sí á fe.
¡De corazon!

BRIANDA. ¡Que el Señor
santa recompensa os dé!

AUSIAS. Como un tesoro de amor,
señora, le guardaré.

FELIPE. ¡Separarme yo de vos!
¡Madre! ¡madre! ¿es desvarío?.....

BRIANDA. Un abismo entre los dos
média de hoy más, hijo mio.

FELIPE. ¡Me dejais!....

BRIANDA. Lo manda Dios.
Voy por su divino amor,
fuente de luces hermosas,
á sepultar mi dolor
entre las castas esposas
del divino Redentor.
Voy con ellas á entregar
mi amor al Omnipotente,
voy entre ellas á rezar
y á arrastrarme penitente
por las gradas del altar.

FELIPE. ¡Madre de mi corazon!

BRIANDA. Yo alzaré á Dios desde allí
cada dia mi oracion,
pidiéndole para ti
su sagrada bendicion.
Alza esa frente abatida
pues que ya eres hombre.

FELIPE. ¡ Madre !

BRIANDA. Tu debilidad olvida.
Recuerda quién fué tu padre:
sea tu ejemplo su vida.
(*A don Ausias.*)
Llevadle á la guerra vos,
y pues yo el convento elijo,
me acordaré de los dos...
Vuestro nombre y el de mi hijo
uniré en mi rezo á Dios.
Llevadle pues, y que vea
lucir un sol placentero.
Haced, don Ausias, que sea
en el consejo el primero
y el primero en la pelea.
De ese ejército arrojado
que el pendon va á sostener
por la patria enarbolado,
ya que el jefe no ha de ser,
que sea al menos soldado.
Y que aprenda á juzgar quiero,
su ejemplo teniendo en vos,
que el deber de un caballero
está en desnudar su acero
por su patria y por su Dios.

FELIPE. Madre, sí, teneis razon.
De orgullo mi pecho late...
Dadme vuestra bendicion,
y yo volaré al combate
con la fe del corazon.
De mi padre la memoria
mi valor alentará,
y acaso un dia en la historia
mi nombre se escribirá
con un recuerdo de gloria.

(*Suenan dentro confusos murmullos y grandes voces, entre las*

cuales sobresalen las de ¡ Muera la reina!)

AUSIAS. ¡Qué ruído es ese!

BRIANDA. ¡Qué voces!

ESCENA XII.

Dichos y DESTORRENTS por la primera puerta de la izquierda, seguido de un capitan y algunos soldados, que se quedan junto á la puerta esperando órdenes.

AUSIAS. ¡Destorrents!

DESTOR. Se armó el infierno.
Á Nogueras y á la reina
por fin ha encontrado el pueblo.
El cadáver de Nogueras
yace en la calle sangriento.

BRIANDA. ¡Dios mio!

AUSIAS. Pero ¿y la reina?

DESTOR. Por un milagro del cielo
conseguí en este palacio
hacerla entrar, y al momento
tras ella cerré las puertas,
pero ya furioso el pueblo
se va agrupando en la plaza.

(*Redoblan dentro los gritos.*)

¿Oís?... De cólera ciego,
las puertas va á derribar.
Decid, don Ausias, ¿qué hacemos?

AUSIAS. ¿Dónde está la reina?

REINA. (*Apareciendo en el umbral de la puerta de la izquierda*)
Aquí.

(*En el momento de aparecer la reina, que se va adelantando con majestad y soberbia, doña Brianda lanza un grito ahogado, y se retira con su hijo á un lado de la escena, como si quisiese protegerle.*)

ESCENA XIII.

Dichos, LA REINA.

AUSIAS. ¡Señora!
BRIANDA. ¡La reina! ¡cielos!
AUSIAS. Me asombra vuestra soberbia.
REINA. Soy quien soy. Soberbia tengo,
que ante el peligro jamás,
pues que el peligro desprecio,
ni palideció mi frente,
ni se estremeció mi pecho.
(*A Destorrents, con horrible sarcasmo.*)
¡Muy bien, señor conceller!
No sabia yo por cierto
que era de un pueblo asesino
jefe el *Consejo de Ciento.*
DESTOR. (*Con cólera.*) ¡Asesino el catalan!
REINA. (*Con energía.*) ¡Asesino!
AUSIAS. (*En un arranque al capitan de la guardia.*)
¡Que entre el pueblo!
DESTOR. (*Sorprendido.*) ¡Don Ausias!
AUSIAS. *Dirigiéndose de nuevo al capitan.*) ¡Abrid las puertas
y que entre el pueblo al momento!
(*El capitan sale á cumplir la órden, quedando los guardias en la escena.*)
DESTOR. (*A Ausias.*) Van á matarla aquí mismo.
Por Dios que no entren, pues veo
que con un borron de infamia
nuestra causa mancharemos.
AUSIAS. Dejadme á mí.
REINA. (*Con indefinible orgullo.*) ¡Sí, dejadle!
Quiere ver como mi pecho

rasga el puñal asesino.

AUSIAS. Señora, lo que yo quiero...

REINA. Es gozaros en mi muerte.

AUSIAS. Es, señora, que entre el pueblo.

ESCENA XIV.

Dichos, EL CAPITAN, BRANT, ROMADÁ, GABRIEL, y gente de pueblo, entre la cual van mezclados varios soldados.

(El pueblo se precipita en la escena como buscando á su víctima. Casi todos llevan espadas desnudas en la mano, y algunos, puñales ó dagas.)

ROMADÁ. Vedla allí.

(Señala á la reina, y van todos á arrojarse hácia ella, pero Ausias March se interpone dirigiéndose á ellos é imponiéndoles con su voz y ademanes.)

AUSIAS. Compañeros,
pues que veo lucir en vuestras manos
los desnudos aceros,
comprendo á qué venís. Quereis, hermanos,
la patria libertar de los tiranos...
¡Sagrado, sí, magnánimo deseo
que en vuestras frentes leo!..
Cumplida quedará vuestra esperanza.
Verán salir el sol de su venganza,
hoy, al nacer la luz de la mañana,
del santo mártir los sagrados manes.

(Se dirige al fondo, y descorre la cortina, apareciendo la capelardente. Rodeado de infinidad de blandones, se ve el féretro del príncipe de Viana sobre un lecho mortuorio cubierto de un paño carmesí y brocado de oro: á la cabecera se ve la cruz mayor de la catedral de Barcelona, y al rededor tres banderas, una con las armas de Aragon, otra con las de

Sicilia, otra con las de Navarra y Francia, y un gallardete con la divisa del príncipe la cual consistia en dos lebreles muy bravos que roian un hueso con el mote Utrimque roditur.)

¡De rodillas, catalanes!
Es la tumba del príncipe de Viana.

(*A estas palabras de Ausias March, pronunciadas con toda la solemnidad del caso, el pueblo entero se arrodilla descubriéndose todos con el mayor respeto é inclinando los aceros. Ausias March baja al proscenio y dice á la reina enseñándole el pueblo arrodillado.*)

Decid, ¿es pueblo de asesinos este?

(*La reina, que está cruzada de brazos con su soberbia de siempre, se encoge desdeñosamente de hombros. Ausias March se vuelve hácia Destorrents, y le dice señalando á la reina.*)

Que la guardia se apreste.
Vos mismo acompañadla,
y evitad, Destorrents, toda sorpresa.
No la dejeis, si en salvo no se halla.

(*Brant, que ha seguido con la vista á Ausias March leyendo su intencion de libertar á la reina, se dirige á él, y le dice:*)

BRBAT. ¡Señor! ¡señor!...

AUSIAS. (*Comprendiendo lo que quiere decirle, y señalándole el féretro del príncipe.*)
A víctimas como esa
se las venga en los campos de batalla.

(*Ausias March hace seña á la reina que le siga, y se dirige con ella y Destorrents hácia la puerta. El pueblo se levanta, y abre paso en silencio. La reina cruza la escena con la misma soberbia y altanería. Al llegar á la puerta, Ausias March hace salir á la reina, á Destorrents, al capitan y á los guardias, y en seguida se queda en el umbral, haciendo frente al pueblo, é impidiendo la salida de este.*)

AUSIAS. (*A la reina y á Destorrents.*) Partid.

(*Brant y detrás de él algunos hombres, entre ellos Romadá, tratan de salir precipitadamente tras de la reina, pero se*

encuentran con Ausias March en el umbral de la puerta de la izquierda cerrándoles el paso.)

ROMADÁ. (*A Brant.*) ¡Se nos escapa.!
BRANT. Venid pues.
AUSIAS. (*Tranquilamente á Brant.*)
¿Qué es lo que hay?
BRANT. Señor, ¡por Cristo!..
AUSIAS. Silencio, Brant. ¿Estás en ti?.. ¿Qué quieres?..
BRANT. (*Insistiendo en pasar con Romadá y los otros.*)
¡Señor!...
AUSIAS. ¿Cuándo se ha visto
que el catalan se ensañe en las mujeres?
Guardad para la guerra vuestros brios.
Ya que allí mostraréis vuestra pujanza,
dejadla pues partir, amigos mios,
que es ¡vive Dios! vuestra mejor venganza.
No empujeis la justicia omnipotente,
que un dia sin piedad y sin clemencia
caerá sobre ella, vengadora, ardiente...
¡Dejadle por castigo su conciencia!..
¡La mancha de Caín lleva en la frente!

(El pueblo retrocede como convencido, y se dirige en grupos al fondo.)

ESCENA XV.

AUSIAS MARCH, DOÑA BRIANDA, FELIPE, BRANT, ROMADÁ, GABRIEL, EL PUEBLO.

(*Doña Brianda, que durante toda la escena anterior y desde que Ausias March ha descorrido la cortina de la capelardente, se ha acercado á la tumba y ha orado ante ella, de rodillas con su hijo, se levanta, y baja con Felipe al proscenio. Ausias se ha quedado en pié junto á la puerta de la izquierda.*)

BRIANDA. (*A su hijo.*) De esa mujer altanera

me hiela el rostro sombrío.
¡Qué Dios aparte, hijo mio,
de tu camino á esa fiera!

FELIPE. ¡Oh! que no llegue á brillar
el albor de la mañana,
pues nos ha de separar.

(Dirige la vista á la ventana, ve la luz del alba coloreando los cristales, y lanza un grito.)

¡Ay!

(Oyese en esto el guerrero son del clarin.)

AUSIAS. ¡El clarin!

(Resuena la voz de la campana del vecino monasterio tocando á maitines.)

BRIANDA. ¡La campana!

AUSIAS. *(Con un vivo sentimiento de dolor á doña Brianda.)*
¿De mí no os compadeceis,
señora?

BRIANDA. El convento elijo.

(En voz baja y con marcada intencion á Ausias March.)

¡Qué más, Ausias March, quereis
cuando os he dado mi hijo!

(En voz alta á entrambos.)

Id la patria á defender,
idla entrambos á salvar.
Yo soy solo una mujer,
y á mí me toca rezar.
Para vosotros la gloria
y los plácidos ambientes,
y un laurel en vuestras frentes,
y un nombre escrito en la historia.
¡Para mí un pobre santuario,
una celda y un jergon,
un cilicio y la oracion,
en el claustro solitario!
Id pues de la gloria en pos.
¡Don Ausias, os le confío!

¡Dios vele por ti, hijo mio!..
Ausias March, ¡adios!... ¡adios!

(Se va por la puerta de la izquierda, después de haber abrazado con pasion á su hijo y haber dado á besar á Ausias March la mano, para lo cual el trovador ha doblado en el suelo una rodilla. Momento de solemne silencio después de su salida. Felipe esconde su frente entre las manos llorando. Ausias March, después de haber permanecido ensimismado un instante, se levanta, y dice con toda la posible valentía su relacion, dirigiéndose al pueblo que le rodea desde sus primeros versos.)

ESCENA ÚLTIMA.

AUSIAS MARCH, FELIPE, BRANT, el pueblo.

AUSIAS. *(Irguiéndose en un momento de desesperacion.)*

¡Catalanes, hermanos, compañeros,
á la lid! Vuestros pechos aguerridos
la muralla serán de nuestros fueros.
La causa de los pueblos oprimidos
es la causa de Dios. Nuestros aceros,
de tiranos en sangre enrojecidos,
dirán al mundo: «El catalan osado
su santa libertad ha conquistado.»
Un dia nuestros padres sus pendones
llevaban del Oriente á las riberas,
temblaban aterradas las naciones
al ver lucir al sol nuestras señeras,
y por do quier los catalanes leones
paseaban con orgullo en sus galeras,
del mar inmenso reinas y señoras,
el pendon de las barras vencedoras.
Ellos nos muestran el camino. ¡Hermanos,

su ejemplo seguiremos , lo confío !
Envíe Cataluña á los tiranos
la voz del somaten por desafío ,
y armas empuñen las crispadas manos.
(*A Brant.*)
Lleva mi lanza , Brant.
(*A Felipe.*)
¡Vén, hijo mio !

(*A todos , desnudando violentamente su espada y arrojando la vaina.*)

Ved que en la holganza se enmohece el hierro.
¡ Catalanes, á mí!... ¡ *Desperta ferro* !

FIN DEL DRAMA.

NOTAS

HISTÓRICAS Y ACLARATORIAS.

ACTO PRIMERO.

1.ª

ESCENA I.

Una galería en el castillo de Monzon.

Los lectores no han de hallar por demás algunos apuntes sobre s célebres castillo y villa de Monzon, villa que el erudito Qua-'ado ha llamado templo de las libertades aragonesas.

La villa de Monzon está situada entre Aragon y Cataluña y pró-ma al reino de Valencia. Quizá á su especial situacion topográ-;a debe el haber sido elegida muy á menudo para celebrarse en la cortes.

Sancho I de Aragon, acompañado de su primogénito Pedro, la mó á los moros en 1089, y luego que la hubo entrado, dió á su jo el título de rey de Monzon. Parece que volvieron á conquis-rla los moros, pero recobráronla los cristianos pasando á ser ñorío del esforzado caballero D. Pedro Tizon. Del señorio de este só al de Jimeno García, y de este á otros, hasta que fué cedida os caballeros templarios, estinguidos los cuales, la vemos bajo dominio del Castellan de Amposta.

En su recinto se han celebrado cortes muy frecuentemente, ndo las mas célebres las de 1362 convocadas en el mayor calor la guerra de Pedro IV contra Castilla; las de 1383 en que los presentantes del pais obligaron al mismo rey á destituir sus con-eros; las de 1389 en que Juan I tuvo que someterse á igual exi-ncia respecto á sus privados; y las de 1435 reunidas por la reina ª María para libertar á Alfonso V, cautivo en poder de genoveses. mbien celebraron cortes en esta villa los reyes de la casa de stria, entre ellos Cárlos V y Felipe II.

Por lo que toca á su castillo, en el cual tiene lugar la accion de e acto, tiene verdadera fama histórica consagrada por muchos tables hechos. Entre los mas descollantes hay que citar el ha-r sido educado en él por los caballeros templarios el rey D. Jai-I. Alli pasó este rey, famoso luego, parte de su infancia bajo cuidado del maestre Guillen de Monredon.

En este castillo se refugiaron y defendieron los templarios, ne-

gándose á la estincion de su órden en 1306, pero hubieron de ren-dirse por fin á las tropas reales.

En 1642 fue sitiado y tomado por los catalanes y franceses, re-cobrándolo por fuerza de armas al año siguiente Felipe V, contı el cual, ó por mejor decir contra su privado el conde-duque d Olivares, conculcador de las libertades catalanas, se habia levan-tado en masa el Principado.

2.ª

LA MISMA ESCENA.

Os nombre el rey capitan
de estradiotas.

Los soldados estradiotas eran de á caballo y llevaban las lanz de cierta forma con su empuñadura ó manija y acometian en ri tre. Para esto tenian en el peto un hierrecito donde encajaba cabo de la manija de la lanza haciendo fuerza en el pecho.

La guardia del rey D. Alfonso V se componia toda de estradiota De ellos proviene lo que se llama *montar á la estradiota.*

3.ª

LA MISMA ESCENA.

Podremos hoy despedir
los almogaváres que hay.
—Alli teneis su adalid.

Si quisiéramos hacer la historia de los almogaváres, llenariam un volúmen.

Eran como una especie de cuerpos de migueletes, acostumbr dos á vivir cuasi siempre del botin qne tomaban á los enemigo Prescindian de todo peligro, y para estipular mas y mas su arroj llevábanse consigo sus mujeres é hijos en cuantas campañas en prendian contra los sarracenos.

Segun Desclot, servian de cuartel general á los almogaváres l grandes bosques y montañas que existen frente á los puertos d Muradal, lugar confinante entonces con la frontera de los moros

Prestaron grandes servicios á los reyes de Aragon, eran reputados por hombres de grandes fuerzas y de valor á toda prueba y ocupan brillantes páginas en la historia de la corona aragonesa. Distinguiéronse muy particularmente en la época de Pedro *el grande* y en su célebre y famosa espedicion á Oriente, al mando de Roger de Flor. La historia de los almogaváres en aquellas apartadas regiones es una verdadera epopeya.

Su traje era adecuado á su manera de vivir. Vestian un camisote de malla ó de cuero, una redecilla de hilo de alambre ó un casco pequeño de cuero resguardaba su cabeza, calzaban abarcas de cuero, llevando brazos y piernas desnudos, llevaban un zurron ó morral al hombro, y en su cinturon de cuero, sujeto por una grande hebilla, el puñal y el esquero que les servia para prender fuego á las casas ó campamentos de sus enemigos.

Por lo que toca á sus armas tenian una favorita, por decirlo asi, caracteristica: era la *azcona*. Consistia en una especie de chuzo ó lanza corta de hierro muy agudo, que llevaban pendiente de una cadena que arrollaban á su cuerpo. Arrojaban esta arma á larga distancia, sirviéndoles como de dardo arrojadizo, y la cadena les servia para recojerla. Llevaban, á mas, un lio de venablos agudísimos que manejaban con suma maestría.

Montaner cuenta que en una de sus correrías por la costa de Calabria, un almogávar solo se defendió contra veinte ginetes, matando hasta cinco, y cayendo por fin acuchillado por los demás.

El mismo historiador refiere que Carlos de Anjou habia oido hablar tanto de la valentía de esa gente, que deseaba verlo por sus propios ojos. Logró por fin su anhelo. Hizo algunos prisioneros y entre ellos tres almogaváres. Parece que Carlos se sonrió con desden al verlos diciendo que no sabia porque habian de causar tanto pavor semejantes bárbaros. Oyóle uno de ellos y dijo que estaba dispuesto á lidiar con un ginete armado de todas armas, comprometiéndose á vencerle. Acepta Carlos la proposicion, ábrese liza y se presenta un ginete francés armado de pies á cabeza, con lanza, espada, maza y escudo. El almogavar se presenta con solo su azcona y su puñal. Arremete el francés y cae en seguida su caballo atravesado por la azcona, arrojándose al punto el almogavár, puñal en mano, sobre el ginete, el cual hubiera perecido si Carlos no se hubiese apresurado á gritar al vencedor que se detuviera, otorgándole la libertad que se le habia ofrecido como premio de victoria.

Por lo que toca á los *adalides,* eran los gefes, caudillos ó capitanes de los almogaváres. Segun Desclot, adalid deriva de la voz árabe *dalid* (guia).

El grito de guerra de las almogaváres era *desperta ferro* (Despiértate, hierro!)

El autor de este drama creyó espresar la índole y condiciones características de los almogaváres por medio de la siguiente poesía catalana que publicó en su obra *Amor á la patria.*

CANT DEL ALMOGAVAR.

Som atens, adalid. Porteunos á la guerra;
fatigas, plujas, neus, calors resistirem,
que si'ns abat la son, pendrem per llit la terra,
que si'ns presa la fam, carn crua menjarem.
Los crits dels enemichs seran nostras pregarias,
los pobles que cremen seran nostres llimarias;
ab osos dels finats sas sendras remourem;
del nostre front la suor, dels nostres peus lo fanch,
de sa foguera ardent al foch exugarem,
y si sentim la sed, tenim per béurer sanch.

Desperta, ferro! Anem! Depresa com lo llam
anem, almogavars, al camp del enemich:
qui arrive lo primer será lo primer rich.
Anem allí á fer carn! Las feras tenen fam!

Via fora l's adormits! Alsáu! Desperta, ferro!
Deixau vostres mullers á solas reposar.
Be prou que dormirem dempres del nostre enterro
La ascona es la muller del bon almogavar.
Aixis quens' veuen drets, son bec los corps netejan;
al veurens sols de lluny los pobles ja flamejan.
La guerra y lo saqueix, noy' ha millors plahers.
Carnisería y sanch, mort, estermini y foch....
¿quin' pit no bat de goig podent jugar eix joch?
¡Anem, almogavars!.... ¿Estau á punt, fossers?

Desperta, ferro! Anem! Depresa com lo llam,
anem, almogavars, al camp del enemich:
qui arrive lo primer, será lo primer rich.
Anem allí á fer carn! La feras tenen fam!

Som atens, adalid! Los fruits de las planuras
abs sols posari ls' peus arrancarem de arrel.

Feriu, esterminau, matau fins las criaturas,
mataulas sens pietat. ¡Los angelets al cel!
¿Que fem que no partim?... Lo negre corp espera
rodant sos ulls de sanch per la deserta esfera.
Deixau lo Muradal, abandonau lo amor....
De las donas los plors quens' troven sens pietat
com trovan sens pietat los camps la tempestat.
Un tros de ferro té lo almogávar per cor.

Desperta, ferro! Anem! Despresa com lo llam,
anem, almogavárs, al camp del enemich:
qui arrive lo primer será lo primer rich.
Anem allí á fer carn! Las feras tenen fam!

O tu la mes fidel, ascona seductora,
ets tu l' unich amor que te lo almogavár.
O tu quets' del meu pit la regna encantadora,
la nostre boda avuy anem á celebrar.
De ferro ets tu com jo: tu sola ets la que mimo;
amor dels amors meus, tu sola ets la que estimo.
A nostra boda ¿sens? jans' crida lo clarí.
Del enemich mes fort que veja jo brillar,
jot' jur' quet' donaré lo cráneo á mastegar.
La batalla será del nostre amor festí.

Desperta, ferro! Anem! Depresa com lo llam,
anem, almogavárs, al camp del enemich:
qui arrive lo primer, será lo primer rich.
Anem allí á fer carn! Las feras tenen fam!

4.ª

ESCENA II.

Amor, amor, un traje me he cortado etc.

Estos cuatro versos son traduccion de los cuatro siguientes qué se leen en las poesías de Ausias March (canto LII de amor).

Amor, amor, un habit m' he tallat
de vostre drap, vestintme l' esperit.
En lo vestir ample molt l' he sentit,
é fort stret quant sobre mi' s estat.

5.ª

LA MISMA ESCENA.

Unos ojos vi
con tanto poder etc.

Esta cancion ha sido inspirada al autor por algunas ideas esparcidas en las poesias de Ausias March. Dice por ejemplo este en su *canto III de amor.*

Jo viu uns ulls haber tan gran potensa
de dar dolor é prometre plaher,
y esmaginant viu sus mi tal poder
que' n mon castell era esclau de remensa.

Y en el canto CLXXXVII se lee este otro verso:

Jo so malalt tenint lo cor tot sa.

El autor ha aprovechado estas bellísimas ideas para componer su cancion poniéndola en boca del mismo Ausias.

6.ª

ESCENA III.

¿ Qué cantos, Brianda, son esos
que asi han venido á turbar
á mi Fernando en su sueño ?

Este niño Fernando fué despues el Fernando I rey de Aragon que casó con Doña Isabel *la católica,* uniéndose con semejante matrimonio los reinos de Aragon y de Castilla.

7.ª

ESCENA V.

Y acaudillar de nuevo las tropas como lo hice en el cerco de Aibar.

Cuando Navarra ardia en guerra, dividida entre los parciales del príncipe de Viana, que eran los que formaban el bando *Beamontés*, y los del rey D. Juan, que eran los del bando *Agramontés*, la reina Doña Juana salió á campaña á combatir contra el hijo de su esposo.

«La reina Doña Juana Enriquez,—dice un historiador,—mujer de ánimo varonil, que asi sabia seducir á su esposo con caricias de amante para traerle al cumplimiento de sus torcidos designios, como vestirse la armadura bélica y acaudillar las tropas, cercó, combatió y rindió á Aibar, que nuevamente seguia la voz de su entenado.»

8.ª

LA MISMA ESCENA.

Por medio de almenaras convenidas etc.

Dábase el nombre de *almenara* al fuego que se encendia sucesivamente en lugares altos para dar algun aviso en toda una provincia, costa, etc. Venia á ser lo mismo ó producia el efecto que nuestros telégrafos.

El nombre de *almenara* vino á estos fuegos porque se encendian comunmente en las almenas de las torres ó castillos edificados en pasages altos.

9.ª

ESCENA VII.

Soy el almogavár Brant.

Brant en catalan antiguo quiere decir espada, igual que la palabra italiana *brando*.

10.

LA MISMA ESCENA.

Al hombre de confianza del príncipe de Viana.

El poeta Ausias March y el príncipe de Viana eran efectivamente muy amigos, y lo confirman asi los historiadores todos.

Zurita dice que entre los literatos con quienes el príncipe cordialmente se correspondia, el principal en su estimacion fué el famoso vate Ausias March.

Pi dice que los lazos de la amistad unieron al príncipe de los príncipes (*Carlos de Viana*), con el príncipe de los trovadores de su tiempo (*Ausias March*).

Luis Cutchet dice: «Bien sabido es que Ausias March fué uno de los mejores amigos y valedores que tuvo el príncipe de Viana, sin que sea por cierto de estrañar que mediaran tan vivas simpatías entre los dos conocidos los bellos sentimientos y el carácter de cada uno. Pero Ausias March no era tan solo hombre de literatura, sino que era un valiente caballero.»

11.

LA MISMA ESCENA.

Fué en la batalla de Olmedo.

Célebre y encarnizada batalla que se dió entre las tropas del príncipe de Viana y las de su padre el rey D. Juan. La suerte de las armas favoreció á este. Obligado D. Carlos á rendirse no quiso hacerlo sino á su hermano bastardo D. Alfonso de Aragon á quien dió el estoque y una manopla, que el otro recibió apeado del caballo y besando al príncipe la rodilla. Carlos de Viana fué entonces encerrado por su padre en el castillo de Tafalla.

12.

ESCENA VIII.

¡El dia

en que nací, fué un dia maldecido!

Es una imitacion, ó a lo menos, es la idea de un verso del mismo Ausias March:

¡Malehit lo jorn que'm fou donada vida!
Cant XC de amor.

13.

LA MISMA ESCENA.

¡La querida del príncipe, Dios mio!

D.ª Brianda de Vaca fué efectivamente querida del príncipe de Viana, que tuvo de ella un hijo: D. Felipe, conde de Beaufort, que llegó á ser despues arzobispo de Palermo y maestre de Montesa, y murió en Baeza peleando contra los moros al servicio del rey don Fernando *el católico.*

14.

LA MISMA ESCENA.

¡Pluguiese á Dios matar mi pensamiento!

Idea imitada de la del siguiente verso del mismo Ausias March en su canto XXX:

¡Plagues á Deu que mon pensár fos mort
é que passás ma vida en durment!

15.

ESCENA X.

Del príncipe de Viana los parciales
abrigan la esperanza etc.

Suponen algunos que en los principales partidarios del príncipe

habia la idea de enlazarle con D.ª Isabel, princesa de Castilla, que fué despues la gran Isabel *la católica.*''

16.

ESCENA XII.

Si entre los reyes es conde,
entre los condes es rey.

Tal era la divisa de la noble casa de Cardona. En el epitafio de uno de los condes de Cardona, se lee:

Aquel que esta tumba esconde,
por ser varon de su ley,
entre los reyes fué conde
y entre los condes fué rey.

17.

ESCENA XIII.

Tal vez al pueblo mañana,
pues que le robais su bien,
convoquen de la campana
los toques del somaten etc.

El autor ha puesto en boca de Ausias March esta alusion á lo que mas tarde debia suceder á la reina. Habiendo venido en 1461 D.ª Juana á Cataluña, se la envió á decir qne se guardase de entrar en Barcelona. Vista la negativa de la capital, la reina se encaminó á Tarrasa con ánimo de quedarse allí á comer, pero los habitantes de la villa se alborotaron, cerráronla las puertas y tocaron las campanas á somaten, como era costumbre cuando salian á perseguir á los enemigos ó malhechores. Pasó la reina entonces á Caldas de Mombuy, y tuvo tambien que abandonar mas que de paso esta villa por haberse alborotado el pueblo contra ella. La reina fué verdaderamente arrojada de la provincia á los toques de somaten.

ACTO SEGUNDO.

18.

ESCENA 1.

Traidor
á la causa es Requesens,
en Lérida está Beaumont,
se halla ausente Marimon,
y el conceller Destorrents etc.

Personages históricos todos. Galceran de Requesens, que ya figura en este drama, era gobernador general del Principado en aquel entonces, y como la voz pública le señalaba por uno de los acusadores del príncipe, huyó de Barcelona, temeroso de la indignacion popular, el dia que se alzaron las banderas proclamándose el somaten. Fué sin embargo perseguido, preso en Molins de Rey y encarcelado en la corte del Veguer. A pesar de esto, cuando el advenimiento del príncipe de Viana al gobierno, Requesens, que sobre estar acusado de muchos crímenes y grandes daños hechos á las libertades de la provincia, era tenido por uno de los mas fogosos instigadores del rey contra su hijo, no sufrió otra pena que la de destierro. Esto prueba la tolerancia de los *rebeldes*.

El Beaumont que aqui se cita era D. Juan de Beaumont, gran prior de Navarra, antiguo ayo del príncipe de Viana, principal consejero en su gobierno, y gefe del bando de los *beamonteses*. Cuando D. Carlos partió á Nápoles para reunirse con su tio don Alfonso, *(véase la reseña histórica que se inserta al comienzo del drama)* dejó de gobernador y de lugar teniente general en Navarra á este mismo don Juan de Beamont, que mas tarde, hallándose en Lérida, fué preso por el rey juntamente con el príncipe.

Bernardo de Marimon era un ciudadano de Barcelona, ardiente partidario del príncipe de Viana.

En cuanto á Pedro Destorrents, ó Destorrent, era en aquel entonces conceller primero de Barcelona.

19.

LA MISMA ESCENA.

Que la paz firmóse ya etc.

Para comprender perfectamente este pasage debe leerse la *Reseña histórica* que va al frente del drama.

20.

ESCENA X.

Del conceller en cap á la presencia.

Cuando el rey don Jaime I, despues de la conquista de Valencia, resolvió dar á Barcelona un gobierno popular, que fuese segura garantía de sus leyes y privilegios, eligió cuatro magistrados municipales, especie de jueces de paz, con el nombre de *paeres*, con facultad de nombrar y asociarse cierto número de *conciliarios*, de cuyo nombre se derivó luego el de *concelleres*.

Mas adelante, el mismo rey concedió á Barcelona la prerogativa de tener para su gobierno político ocho concelleres y un senado de doscientos prohombres, cuyo número vino á quedar reducido á la mitad, siendo aquel celebrado y famoso *Consejo de Ciento*, que, con honra merecidísima, es citado en todas las páginas gloriosas de la história de Cataluña.

Tambien el número de los concelleres quedó reducido á cinco' siendo desempeñadas estas plazas del modo siguiente: las dos primeras por la clase de ciudadanos honrados y doctores en medicina y en leyes promiscuamente; la tercera por mercaderes, ó sea, comerciantes, banqueros y navieros; la cuarta por artistas, es decir tenderos, boticarios, cirujanos y cereros; y la quinta por menestrales.

Por lo que toca al *Consejo de Ciento* se formaba de treinta y dos ciudadanos honrados, comprendidos ocho medicos y ocho juristas; de treinta y dos comerciantes; de treinta y dos artistas, en los cuales quedaban comprendidos los mercaderes de paño, los especieros, los boticarios, los cirujanos y los cereros; y de treinta y dos menestrales sacados de los oficios mecánicos del pueblo.

Cada año eran renovados todos. Era un gobierno verdaderamente democrático y que produjo beneficios sin cuento al pais.

El nombre de conceller *en cap* se daba al conceller primero, y era el que solia cuidar en especial de la custodia de la ciudad y de las levas; el segundo de la provision de granos; el tercero del abasto de carnes; el cuarto de los salarios y cuentas de los oficiales y colectores de gabelas, y el quinto de los asuntos referentes á las cofradias y gremios de los artesanos.

Los concelleres gozaban de muchos privilegios y preeminencias y su traje consistia en una gramalla, especie de toga, encarnada, con mangas abiertas, golilla blanca, gorra de magistrado del mismo color de la toga, con una banda ó beca ancha de un palmo que desprendiéndose de la gorra iba á descansar sobre el hombro izquierdo.

21.

ESCENA XI.

En los Gelves y en Tripoli brillaron
victoriosas las armas catalanas etc.

Se refiere á las victorias y batallas alcanzadas por los catalanes y aragoneses en tiempo de Alfonso V.

22.

ESCENA XIII.

La ley del Princeps namque *venerada*
al pueblo catalan aqui congrega etc.

En los antiguos *Usajes* de Cataluña, célebre código mandado compilar por Ramon Berenguer I, habia uno llamado del *Princeps namque.*

Apresurémonos á advertir que era llamado, y es aun llamado asi por los historiadores, por ser las palabras *Princeps namque* las dos primeras de su testo.

Este *Usaje* previene que en el caso de hallarse sitiado el principe ó tener este sitiados á los enemigos, ó tenerse noticia de que otro rey viene á combatir con él, y haber llamado al pais en su socorro

por medio de cartas ó enviados, ó por los otros medios con que avisar se suele, es decir por fuegos ó almenaras, todos los hombres, caballeros ó peones, que tuviesen edad suficiente y aptitud para pelear, tan luego como oyeren, vieren ó á su noticia llegase el aviso, debian acudir en su socorro lo mas pronto que pudieran, advirtiendo que el que dejara de ayudar en esto al príncipe debia perder para siempre cuanto tuviese y poseyese.

Tal era el *Usaje* del *Princeps namque* famoso y célebre en nuestras cronicas y en nuestras guerras.

Espliquemos ahora el modo de poner en ejecucion este *Usaje* y tendremos esplicado el somaten.

El veguer de Barcelona era comunmente el encargado de ello.

Salia con su corte ó sea sus dependientes á recorrer las plazas públicas, y parándose en todas, á la luz de matas ó yerbas encendidas que aquellos llevaban en las manos, mandaba leer en alta voz el citado *Usaje*, y en seguida daba el grito de *Via fors* ó *Via fora*, equivalente en castellano al de *Afuera!* ó *al campo!* A este grito la multitud contestaba con el mismo, añadiendo *so metent*, es decir, *metiendo sonido*, *metiendo ruido* ó *propagando el rumor*, porque en aquel acto se echaban á vuelo, tocando á rebato, todas las campanas de la ciudad, públicas y particulares, hasta los mas diminutos esquilones ó campanillas.

Mientras tanto se encendian al rededor de la ciudad grandes humaredas, si era de dia, y grandes fuegos, si de noche, señales con que se avisaba á los pueblos inmediatos, los cuales efectuaban la misma ceremonia que los de Barcelona, enviando en seguida á todos los hombres que se hallaban en disposicion de manejar un arma á engrosar las fuerzas del somaten general.

23.

LA MISMA ESCENA.

Decidle al pueblo que del rey la ira
de muerte y de esterminio es mensajera.

Estas fueron, segun Zurita, las palabras que contestó el rey don Juan á los cuarenta y cinco embajadores que le envió Cataluña solicitando la libertad del príncipe de Viana.

Jaime Tió, cuya temprana pérdida todavia llora la literatura catalana, pone en su *Generosos á cual mas* estas mismas palabras en boca del rey D. Juan, al cual hace decir, contestando al protagonista del drama:

Ireme, mas no olvideis,
por si cambia vuestra suerte,
que *la colera del rey*
es mensajera de muerte.

GENEROSOS A CUAL MAS. Acto I. Escena XIV.

24.

LA MISMA ESCENA.

Tremole de San Jorge la bandera etc.

El dia á que se hace aqui referencia tomáronse en Barcelona por el *Consejo de Ciento* todas estas mismas disposiciones. A gran toque de trompetas se tremolaron sobre la puerta de la Diputacion la bandera de San Jorge y la Real; proclamóse persecucion y castigo contra los malos consejeros del monarca; se mandaron armar á toda prisa veinte galeras; cerráronse unas puertas de la ciudad y púsose guarda ó presidio en otras; los diputados y oidores del general de Cataluña se encerraron en su palacio con propósito de no salir de alli ó de estar en sesion permanente hasta la terminacion del conflicto, y tomáronse varias disposiciones conducentes á la salud de la república.

La bandera de San Jorge era blanca con una cruz colorada en el centro: la Real era amarilla con las cuatro barras encarnadas.

ACTO TERCERO.

25.

ESCENA I.

—¿Y la reina?
—Se ha quedado
en Villafranca.

Segun se dice ya en la *Reseña histórica* que precede á este drama, la reina llevó su hipocresía y su descaro, que otros nombres no les merece esta accion á los mas graves historiadores, hasta querer acompañar al príncipe. Se vino pues con él en direccion á

Barcelona, pero al llegar á Villafranca del Panadés se encontró con tres embajadores, uno de la Diputacion, otro del Consejo de Ciento y otro del Consejo de los veinte y siete, quienes intimaron á doña Juana, de parte del gobierno de Cataluña, que para escusar inconvenientes tuviese á bien no llegar por entonces á la capital.

Húbose pues de quedar la reina en Villafranca, adelantándose el príncipe solo, y cuando quiso salir de aquella poblacion dirigiéndose á Tarrasa, para de alli pasar á Barcelona, se tocó á somaten y fué rechazada de todas partes, segun se refiere en la nota 17.ª

26.

LA MISMA ESCENA.

O yo estoy loco
ó aquel es Nogueras.

Antonio Nogueras, á mas de ser protonotario del rey de Aragon, era su consejero privado y la persona á quien, segun Zurita, confiaba D. Juan lo mas arduo y secreto de los negocios de estado. Este fué el emisario elegido por el rey para pasar á Barcelona á dar cuenta de cierto mensaje, y he aqui como cuenta Zurita, y traslada Pi en sus *sucesos memorables,* la entrevista que tuvo con el príncipe de Viana.

«Llegó el emisario á Barcelona; y presentado ante el príncipe, este, despues de haber recibido su salutacion, y sin dejarle comenzar su mensaje, le dijo con tono áspero y duro, bien ajeno por cierto de su natural moderacion y mansedumbre:

«—Maravillado estoy, Nogueras. de dos cosas: una de que el rey, mi señor, no haya escojido persona mas grata que vos para enviarme; y otra, de que vos hayais tenido osadia de poneros en mi presencia. ¿No os acordais ya de que estando preso en Zaragoza, os atrevisteis á venir con papel y tinta á examinarme, y á entender por vos mismo que yo depusiese sobre las grandes maldades y traiciones que entonces me fueron levantadas? Quiero que sepais que jamás me acuerdo de este paso sin que me deje arrebatar de la ira: sed cierto que si no fuera por guardar reverencia al rey, mi señor, de cuya parte venis, yo os hiciera salir de aqui sin la lengua con que me preguntasteis y sin la mano que lo escribisteis. No me pongais pues en tentacion de mas enojo. Yo os ruego y mando que os vayais de mi presencia, porque mis ojos se alteran al ver un hombre que tales maldades pudo levantarme. Y

aun hareis bien que en este punto os partais de esta Ciudad sin deteneros en ella.

«Queria responder Nogueras para satisfacerle, y él le interrumpió añadiendo:

«—No me repliqueis, que no hariais sino soplar el carbon que está ardiendo.

«En mandar tal embajador á su hijo obró don Juan tan maligna como impolíticamente. Salió el protonotario de Barcelona el mismo dia, y se fué al Hospitalet; pero al siguiente permitió el principe, á ruegos de los diputados, que entrase otra vez en la ciudad y les dijese su embajada, aunque sin consentir que volviese á ponerse en su presencia.»

27.

ESCENA II.

Mañana mismo en persona
irá al Consejo de Ciento etc.

El príncipe de Viana fué recibido en Barcelona con un entusiasmo que rayaba en delirio. Fué su entrada un verdadero triunfo. Consta en los *Dietarios* de la casa de la ciudad que por la noche se iluminaron espontáneamente todas las casas de Barcelona, y consta tambien que el dia 14 de marzo, á los dos dias de haber efectuado su entrada, pasó á la citada casa de la ciudad, pronunciando en su salon de ciento un bello discurso, en catalan, de gracias á Barcelona y al Principado todo por el amor, valor y lealtad con que habian abogado en favor suyo.

28.

ESCENA IV.

Mi mismo pensamiento mi enemigo etc.

Es una idea del mismo Ausias March cuando dice, en su canto XXX:

Malament viu qui te son pensament
per enemich, sentli d' enuigs report.

29.

ESCENA VI.

Muera esta noche el príncipe de Viana etc.

Acaso se encuentre està escena muy violenta y se crea que es denigrante para la memoria de la reina D.ª Juana el pintarla con tan negros colores. Contestaré, sin embargo, que el carácter de la reina está en mi drama de acuerdo con la tradicion, con las memorias de la época, con las crónicas y con la historia.

Posible es que D.ª Juana no mandase envenenar al príncipe, posible es que se equivocase la opinion pública que le atribuyó á ella este crímen, posible es que hayan padecido equivocacion los historiadores que lo han afirmado y los que han dicho que lo sospechaban, posible es que el príncipe no muriese envenenado; pero es no obstante muy posible tambien que asi sucediese, atendido lo malvada que era D.ª Juana.

Y no se crea que me obliga á decir esto una cavilosidad de escritor parcial ó un arrebatamiento de catalanismo, nada de esto; todos los autores están de acuerdo en decir que la reina D.ª Juana Enriquez reunia á la hermosura del cuerpo la fealdad del alma.

Era una muger astuta, ambiciosa, hipócrita, altanera, malvada, de mal corazon, de índole perversa. Esto no lo dice el autor de este drama; lo dice la historia.

Por lo demás, para convencerse de que hay realmente fundamentos que inducen á creer lo del veneno, basta transcribir lo que dice el célebre Quintana en su *vida del príncipe de Viana.*

Hablando de la muerte del repostero del príncipe, que falleció á los pocos dias que él, y que se creyó habia muerto tambien envenenado, añade:

«Los cronistas antiguos de Castilla aseguran que murió de pleuresia (el príncipe) y que la acusacion de veneno es una fábula, como la de los milagros y de la aparicion del alma del muerto pidiendo venganza contra su madrastra; que, dicen ellos, fueron inventadas para alterar los pueblos y fomentar la sedicion. En acusacion tan grave no puede afirmarse nada sin una circunspeccion prudente. Pero estos cronistas eran pagados por el rey don Fernando el católico, que fué el que sacó partido de la ruina de D. Carlos: por otra parte, el rencor de la reina, la ambicion de que reinase su hijo, el enojo del padre, la rabia de tener que sol-

tarle de la prision á los clamores de los pueblos indignados, el no haber tenido dia ninguno bueno en su salud despues que salió del castillo de Morella, la costumbre que aquel tiempo hacia de esta alevosía infame, la muerte del repostero igual á la de su amo; todas son circunstancias que inclinan mucho á creer la acusacion: y si á ellas se añade la manera bárbara con que el rey trató á la princesa D.ª Blanca, su hermana, toman el carácter de una evidencia casi completa.»

Transcritas las anteriores palabras de Quintana, creo que nada debo añadir. De todos modos, aunque realmente el príncipe no fuese envenenado, cualquier hombre imparcial, en vista de los datos que arroja la historia de aquella época, puede y debe creer lo mismo á la reina, su madrastra, que al rey, su padre, capaces de cometer aquel crímen.

ACTO CUARTO.

30.

ESCENA II.

Dicen que ha muerto en olor de santidad etc.

La muerte del príncipe produjo gran consternacion. El pueblo, particularmente, que le amaba con delirio, vió en él un santo y un mártir. «¡Santo! ¡Santo! le apellidaban todos, dice un cronista, é impulsados por un ciego fervor, corrian de tropel á admirarlo, y el contacto de su lecho mortuorio era buscado por los enfermos.»

31.

ESCENA V.

Si antes de morir, al menos, hubiese el príncipe legitimado al hijo que ha tenido en D.ª Brianda.

Está fuera de toda duda que, durante la enfermedad del príncipe, al convencerse sus mas ardientes partidarios de que no habia ya remedio humano para él, concibieron el plan de suplicarle que celebrase casamiento con su antigua querida Doña Brianda

de Vaca, legitimando al hijo (Felipe, conde de Beaufort) que en ella habia tenido. Presentáronse pues al príncipe, y le rogaron encarecidamente que esto hiciese, pero Carlos de Viana se negó deseoso de no dar con ello motivo para nuevos disturbios.

En caso de que el príncipe hubiese consentido, el plan era proclamar al niño Felipe heredero y sucesor al trono.

32.

LA MISMA ESCENA.

Un ejercito con el conde de Pallás al frente etc.

D. Hugo Roger, conde Pallás, tomó una parte muy activa en el alzamiento de Cataluña, despues de la muerte del príncipe, habiendo sido nombrado capitan general del ejército que se formó para marchar contra las huestes del rey.

33.

ESCENA VI.

Á los Laurias, los Lanzas, los Moncada etc.

Es demasiado conocido el nombre de Roger de Lauria para detenernos á hablar de él. Fué uno de los mas grandes almirantes que ha tenido, no Cataluña, sino el mundo. Su historia asombra; su vida es un drama. Es una de las grandes glorias de la corona de Aragon.

Conrado de Llanza ó Lanza es tambien una de las glorias de nuestra antigua marina catalana. Era cuñado de Roger de Lauria, y murió á manos de este.

En cuanto al Moncada á que aqui se alude fué el que las crónicas llaman el *Neptuno catalan.*

34.

ESCENA X.

Yo soy aquel, señora,
que cuando el huracan con furia aleve etc.

Todo este pasaje le ha sido inspirado al autor por varios trozos de admirable poesía, esparcidos en las obras de Ausias March. Se insertan á continuacion, no para que puedan compararse, pues de seguro el autor del drama perderia mucho en la comparacion, sino para que se vea la fuente en que ha bebido estas ideas y para que el público juzgue si ha estado ó no acertado en la filosofía del carácter de ese célebre poeta.

He aqui los trozos de Ausias á que se alude:

Jo som aquell qué en lo temps de tempesta,
quant les mes gents festejen prop los fochs,
é puch haber ab ells los propis jochs,
vaig sobre neu, descals, ab nua testa!
Servint senyor qui jámes fou vassall
nel vench esment de fer may homenatje,
en tot leig fet hagués lo cort salvatje
solament diu que bon guardó nom fall.
Cant X de amor.

No diré may que siau lo mal meu,
car tot lo mal jol tinch en molt gran bé:
si mon amich semblant del meu mal té,
jo per son be voldria ans fos en creu.
Amor me fa lo carrech sostenir,
jol malabesch si per null temps me fall:
é si mon cos de sa virtut desfall,
no li don mort per son mal no finir.
Cant XII de amor.

Pocas palabras tiene que añadir el autor para dar fin á estas notas.

Tanto ellas, como la reseña histórica que se publica al principio, como el mismo drama, son un trabajo incompleto.

Para comprender todo lo grande de aquella causa santa,—que de otra manera no puede llamarse la causa del príncipe de Viana y por consiguiente la de Cataluña, en aquella época,—es preciso acudir á otras fuentes. El autor de este drama se atreve pues á recomendar á sus lectores que hojeen las pájinas de la historia, si quieren convencerse de la legalidad, de la justicia, de la abnegacion y del heroismo con que en aquellos tiempos procedió Cataluña.

Toda esta época, particularmente, está tratada con mucho detenimiento en la obra de D. Luis Cutchet que lleva por título *Cataluña vindicada*. No se lleva la intencion de elogiar en estas líneas la obra citada, que mal sentarian los elojios en boca del autor de este drama tratándose del trabajo de un escritor á quien quiere como á hermano, pero puede decirse, sí, que en las pájinas de *Cataluña vindicada* se mira el levantamiento del Principado bajo un nuevo y verdadero punto de vista, vindicándose y justificándose la causa de los catalanes con gran cópia de documentos oficiales, hasta el presente inéditos.

Algunos que han acusado mas ó menos embozadamente al autor de este drama de haber exagerado en sus producciones el espíritu liberal que reinaba en las antiguas constitucionales costumbres de Cataluña, pueden hojear la obra que se cita, y á buen seguro que han de hallar en ella pruebas suficientes y datos oficiales de sobra para convencerse de que la antigua Cataluña era uno de los paises mas libres de Europa por leyes y por costumbres.

A esta obra puede dirigirse todo aquel que desee tener una idea exacta del levantamiento de Cataluña por sus libertades, y de las causas que lo motivaron.

FIN.

ERRATAS NOTABLES.

Pág.	Lin.	Dice	Debe decir.
26	25	á juntarme.	á reunirme
46	32	á que he de tenerme yo	á que he de atenerme ya.
50	22	ó que soy loco he de inferir	ó soy loco he de inferir.
104	5	y fatigoso letargo	y tu fatigoso letargo

Barcelona.—Imp. Nueva, de Jaime Jepús y Ramon Villegas, Petritxol 14.—1858.